

Primero de abril

josé carlos blandino francés



Capítulo 1

UNA NOCHE DE ANGUSTIA

I

Antes de que amaneciera, apenas quince minutos después de que se lo llevaran, aún sin saber si alguno había quedado allí fuera, Soledad salió corriendo a la fresca noche dejando atrás las dramáticas advertencias de su tía, que quedó llorando en la sala de la pensión consolada inútilmente por varios de sus huéspedes, los únicos valientes que se habían atrevido a salir de sus habitaciones después de aquella espeluznante visita.

Corrió por la calle de la Abada hacia abajo, buscando la calle de la Salud. No podía dejarlo pasar y limitarse a rezar, como había dicho su tía. Merecía que hiciera algo más por él. Sabía que era incapaz de haber hecho nada malo en toda su vida y no merecía que pudiera acabar así. Cuando, frenética, comenzó a pensar qué podía hacer para ayudarlo, un único nombre aparecía en su mente. Esteban, era la única persona en quien ella podía confiar. Tenía que contárselo cuanto antes, dejarlo todo en sus manos. Él sabría qué hacer. Era su amigo, su mejor amigo y tendría que intentar salvarlo.

Aporreó la puerta con insistencia, inclemente a lo intempestivo de aquella hora. La canosa cabeza del padre asomó pronto por una de las ventanas. La familia vivía en el piso superior al taller y todas las ventanas se iluminaron casi al mismo tiempo.

— ¡Esteban! ¡Esteban!—respondió ella a la airada queja del hombre—. Necesito hablar con Esteban, por favor...

— ¿Qué ocurre? —preguntó el joven asomándose de inmediato por otra de las ventanas abiertas— ¿Eres Soledad? ¿Qué te pasa Soledad? No me alarmes...

— Baja, baja, por Dios, Esteban, baja... —le respondió gimiendo—. Es Carlos...

— ¿Carlos? ¿Qué le ocurre a Carlos?—preguntó alarmado mientras su cabeza desaparecía de la ventana y se oían las nerviosas preguntas del resto de la familia.

En cuanto abrió el portal, Soledad se derrumbó en sus brazos, llorando ya, derrotada.

—Se lo han llevado, Esteban, llegaron de madrugada y se lo llevaron ¡hasta en pijama! Ni siquiera lo dejaron que se vistiera—consiguió explicarle entre sollozos, haciendo que el rostro del joven demudara—. Eran tres o cuatro hombres. Se lo llevaron. Le dijeron a mi tía que eran de la Brigada de Información... pero esos hombres no eran policías, Esteban ¡No eran policías!

—Pero... ¿Dónde se lo han llevado? ¿Por qué?

—No lo sé... no lo sé—gimió la chica—. No dijeron nada... ¡Tienes que salvarlo, Esteban! Por lo que más quieras...

— ¿Qué demonios ocurre?—Preguntó el padre de Esteban, bajando también la escalera— ¡Son las cinco y media de la mañana...!

— ¡Se han llevado a Carlos, padre!—Le explicó Esteban—Dijeron que eran de la Brigada de Información... Pero ella dice que no eran policías

— ¡Oh!—Exclamó el hombre— ¡Pobre chaval! Pero ¿por qué?

—Tenemos que hacer algo, padre—instó el joven—. ¿Quiénes son esos hombres?

—Eso es imposible, Esteban—rechazó de inmediato—. He oído que han armado grupos civiles, de milicianos, para que descubran a los fascistas que queden en Madrid... No debemos implicarnos. Si lo hacemos, podemos caer en desgracia. Esa gente es muy peligrosa, quieren hacer una limpia. Si lo han cogido es porque tu amigo se habrá señalado. Si nosotros intervenimos, también lo haremos. Ni se te ocurra, Esteban.

—Yo no me puedo quedar de brazos cruzados, padre—se rebeló—. Carlos, es mi amigo. Tengo que hacer algo por él o no me lo podré perdonar en toda mi vida...

— ¿Y qué vas a poder hacer tú, desgraciado?—Se quejó el padre— Tú, no eres nadie. Para esa gente, nosotros no somos nadie...

—Pero conocemos a gente en los sindicatos, en el partido...—insistió él—. Podemos hablar con ellos.

—No, de ninguna forma—rechazó con un deje de tristeza en la voz—. He oído cosas... No podemos meternos.

—¿Qué vamos a hacer, Esteban?—Insistió Soledad con angustia, todavía apretada contra él— No podemos dejarlo.

—No, no lo dejaremos—le prometió bajando la voz—. Pero, ahora, vete con tu tía. No es bueno que la gente esté pendiente de nosotros. Mi padre tiene razón. Cualquiera podría denunciarnos y estaríamos perdidos. Yo me ocuparé. Iré a buscar al doctor Cano, él sabrá qué hacer. Conoce a mucha gente y aprecia de verdad a Carlos. Vete, Soledad. Vete antes de que puedas buscarte una ruina.

—¡Júramelo, Esteban!—Imploró ella—¡Júrame que lo salvarás!

—Haré lo que pueda—le respondió—. No puedo decir otra cosa.

Después de mirarse durante un momento en los ojos del herrero, Soledad volvió a cobijarse un instante entre sus brazos. Se separó de él y, sin volverse a mirarlo, salió corriendo hacia la pensión, dejando al joven contemplando angustiado como su silueta desaparecía en la noche. Tardó unos segundos en reaccionar, cerrando la puerta y enfrentando la escalera. El padre seguía allí, con expresión preocupada. Esteban, en silencio, pasó a su lado.

—¡Ojalá no tengas que arrepentirte, Esteban!—le dijo lacónico— ¡Y ojalá podáis salvar a ese desgraciado!

Se vistió a toda prisa, soportando estoico las continuas y angustiadas recomendaciones de su madre y la mirada preocupada de su padre. Sus hermanos pequeños, despiertos también por la tremenda aparición de Soledad, habían vuelto a sus camas a regañadientes. Salió de la casa teniendo que desprenderse de la mano de su madre que aferró su camisa en un postrero intento de retenerlo.

—¡No vayas, por Dios, Esteban!—Le rogaba— ¡Que te van a matar, hijo mío!

—No se preocupe, madre—intentó inútilmente tranquilizarla—. Yo nada he hecho y todos me conocen bien.

Salió de nuevo a la noche, encaminándose a la calle del Carmen mientras sopesaba mentalmente como advertir al médico sin llamar la atención del vecindario, como había hecho la pobre Soledad. A sus vecinos los conocía y pensaba que ninguno le iba a traicionar, al menos, eso esperaba, aunque en aquellos días nadie podía estar completamente seguro. Sin embargo, los del médico le eran completamente ajenos y, si no tenía precaución, cualquiera de ellos podría dar parte a los milicianos y

buscarles un problema.

El portal de la casa, de cuatro plantas, estaba cerrado a cal y canto y no sabía cuáles eran las ventanas del médico. Con dedos temblorosos encendió un cigarrillo y comenzó a fumar impaciente, ansiando que se hiciera de día, que alguien saliera o que algún golpe de suerte solucionara su impotencia. Se separó unos metros del portal para evitar alertar a cualquier desvelado inoportuno y comenzó a dar cortos paseos a lo largo de la fachada de la casa.

Empezaba a amanecer cuando el portal se abrió. Esteban había decidido afrontar el asunto abiertamente y se dirigió al soñoliento personaje que salió a la calle.

—Buenos días o buenas noches todavía, amigo—lo saludó, obsequiándolo con una sonrisa que quería ser tranquilizadora—. Por favor, podría indicarme en qué piso vive don Antonio, el médico. A mi madre le ha entrado algo. Se ha puesto muy malita. Necesito que vaya a mi casa para verla.

—En el segundo izquierda—le respondió el otro de inmediato, demostrándole que no debía ser del todo extraño que aparecieran buscándole con cualquier urgencia.

El hombre le sujetó la puerta para evitar que se cerrara, invitándole a entrar. Le deseó que hubiera mejoría y siguió su camino hundiendo los hombros a la resistente oscuridad.

Esteban subió los escalones de dos en dos y, tras esperar unos segundos ante la puerta para recuperar el aliento, llamó quedamente con los nudillos. Iba a golpear de nuevo la madera cuando escuchó movimiento tras ella. Por un pequeño resquicio apareció la soñolienta cara de don Antonio Cano, que no disimuló su sorpresa por encontrarlo allí.

—¡Esteban!—Exclamó, abriéndole por fin la puerta— ¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

—Es Carlitos, don Antonio, se lo han llevado—le explicó bajando la voz—. Han venido a por él de madrugada.

El médico, tras un instante de estupor, le tomó del brazo y lo introdujo en la casa.

—¿Qué ha ocurrido?—le urgió—. Explícamelo todo.

Esteban, ya más relajado por encontrar en quién depositar la responsabilidad, lo puso al corriente de cuanto sabía, compadeciendo a

aquel buen hombre, en cuyo rostro iba reflejándose la angustia.

—Esteban, tú eres su amigo—el doctor lo tomó por los hombros—. ¿Ha pasado algo? ¿Ha hecho Carlos algo que pueda provocar esta detención? Piénsalo, muchacho, de ello puede depender que podamos ayudarlo.

—Bueno...—dudó el joven—. Cuando estuvimos en la sierra...

Ante el asentimiento de don Antonio y después de dudar unos momentos, mirando una y otra vez al suelo, Esteban, se decidió a sincerarse con él.

—Allí ocurrió algo, pero juramos no decir nada—los ojos de Esteban, empezaban a enrojecer—. Cuando estábamos los dos un poco apartados, asustados, vigilando en lo alto de una loma. Ese tal Cuenca. El que dicen que mató a Calvo Sotelo, amenazó a Carlos con su arma, diciéndole que llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Yo creía que iba a dispararle y le hablé y... él se distrajo un momento... solo un momento, pero Carlos le disparó con el fusil que nos habían dado y le dio en el pecho. El primero que apareció fue un capitán de la Guardia Civil. Miró al fulano, que se moría en el suelo y después, a nosotros. Se encaró con todos los milicianos que empezaban a llegar y les aseguró que había sido un disparo de los golpistas. Todos rodearon a Cuenca, pero él no podía hablar y, cuando se murió, parecieron dar por buena la versión del Guardia. Todos se marcharon y él nos ordenó que no dijéramos ni una palabra. Yo no lo he hecho y Carlos estoy seguro que tampoco. Pero...

—Joder, Esteban, eso es muy grave—se quejó el médico, después de mirarlo unos momentos a los ojos, intentando asimilar el relato—. Si alguien ha sospechado...

—¿Qué podemos hacer, don Antonio?—le preguntó al fin, después de darle unos minutos al silencio que se había apoderado de la casa—. Yo iría a buscarlo, pero me da miedo...

—Es normal, muchacho, a mí también—le respondió sonriendo con pesar—. El problema no es ir a preguntar por él. Eso no nos serviría de nada y sería arriesgarse tontamente a ponerse en manos de esos animales. Lo que tenemos que hacer es sacarlo de allí. Nosotros no podremos, tenemos que buscar a alguien con verdadero poder...

—Entonces, yo de poco sirvo, don Antonio—se quejó lastimoso Esteban—. Yo, poderoso, no conozco a nadie.

—Yo, tampoco—le volvió a sonreír con tristeza—. No con poder en ese sentido, desde luego

—¿Y esa Margarita?—Exclamó de repente— Por lo visto ella conocía...

—A esa, ni la mencione...

—Pero ella debe conocer a muchos de esos...—se justificó el médico.

—¡Don Antonio!—Exclamó Esteban— Ni siquiera estoy seguro que ella no esté detrás de esto. No se me ocurre nadie que lo odie tanto. Si usted hubiera visto cómo le habló allí, en Somosierra...

Al médico, el razonamiento del joven lo dejó estupefacto. Alguna réplica murió en su boca, sin dejarla siquiera salir. Ante su gesto de estupor, Esteban se vio en la necesidad de narrarle el encuentro que tuvieron con la muchacha en aquel pueblo de la sierra y su iracunda irrupción cuando ya se disponían a marcharse.

—Realmente ¿crees que eso sería posible?—le preguntó al poco— No quiero creerlo, es demasiado... cruel.

—Piénselo, don Antonio. Ese tipo era su amigo. Carlos llevaba meses sin dejarse ver por esa gente, alejándose de ellos... Como le dijeron... Tendrían que haberse olvidado de él. Sin embargo, allí estaba ella jurando que lo mataría...

—Créame, será mejor que nos olvidemos de Margarita —pidió, tras hacer una breve pausa—. Si no ha sido ella, mejor que ni se entere... Además está lo de esa falangista...

Lo interrumpió la aparición por el pasillo de la esposa del médico cuya expresión de estupor podría haber resultado casi cómica. Se cubría con una fina bata rosa y en su rostro se dibujaba la preocupación.

— ¿Qué ocurre, Antonio?—preguntó con un hilo de voz.

—Se han llevado a Carlos—le confesó de inmediato su marido—. Lo han sacado de la pensión a media noche.

La mujer tuvo que apoyarse en la pared, llevando su mano a la boca para intentar ahogar el quejido de miedo que le agarrotó la garganta. Los dos hombres guardaron silencio, esperando hasta que pudiera asimilarlo.

—Voy a hacer café—anunció finalmente—. Tienes que salvarlo, Antonio ¡si no lo han matado ya! ¿Dónde vamos a llegar, Dios mío?... ¡Pobre Carlitos!

Se marchó sin sofocar ya su llanto, dejando a los dos hombres aún más acongojados. El médico advirtió a Esteban, en voz muy baja, que no mencionara lo ocurrido en la sierra. Después, la siguieron hasta la cocina,

mirándola en silencio trajinar con la cafetera mientras unas finas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Llama a Manolo Chaves—dijo de repente, sin volverse hacia ellos—. Tú no conoces a nadie que pueda ayudarlo y no voy a dejar que vayas allí. Manolo se codea con los del gobierno y le basta con llamar por teléfono.

—¡Es cierto! ¡Manolo!—Exclamó su marido— ¿Cómo no se me había ocurrido? Además, él lo conoce y el chaval le causó una gran impresión. Me voy ahora mismo al hospital para llamarlo.

Desapareció de inmediato dejando a su mujer a solas con el joven herrero.

— ¿Tú eres amigo suyo?—le preguntó, como si acabara de caer en la cuenta que no lo conocía de nada— ¿De qué conoces a mi marido? ¿De esa bodega donde se pasa tantas horas?

—Sí, de donde Samuel—le respondió sonriendo con timidez—. A Carlos, también lo conocí allí. Me llamo Esteban. Soy el hijo de Maqueda, el herrero de la calle de la Salud.

— ¡Ah! Sí, conozco a tu padre. Me arregló un candelabro de bronce—le sonrió mientras le servía una taza de café—. Me alegro que Carlos te tenga por amigo, Esteban. Gracias ¿Cómo te has enterado que se lo llevaron?

—Soledad, la sobrina de la dueña de la pensión, fue a avisarme—le explicó—. Fue corriendo hasta mi casa en mitad de la noche ¡Ella sí que ha sido valiente!

—¿Es tu novia?—le preguntó abiertamente— Se te han iluminado los ojos cuando la has mencionado.

—Bueno, ella...—respondió indeciso—. Ella... ella es especial.

—Ya veo que todavía no te has decidido. No esperes mucho, es tiempo de felicidad el que pierdes... Y no sabemos cuánto nos quedará...

Esteban asintió sonriendo justo antes de que don Antonio reapareciera excitado.

-Vámonos, Esteban -le exigió, apurando la taza de café que Lidia le ofreció-. Tomaremos un taxi...

- ¿Yo? -Se sorprendió el joven- Yo no conozco...

-No sé qué me van a decir... quizás puedas ser de ayuda... eres socialista ¿no? -lo interrumpió. Sonrió cuando Esteban asintió titubeante.

-Pues eso... -concluyó dándole un golpecito en el hombro-. Vámonos.

Se despidieron de la mujer, que los acompañó hasta la puerta, donde les deseó suerte mientras bajaban ya la escalera. Se dirigieron con paso vivo hasta la Gran Vía, donde pudieron parar un taxi casi de inmediato. La ciudad empezaba a despertar y el tráfico era todavía mínimo, por lo que pudieron circular con rapidez.

Esteban le confesó que jamás había estado en un hospital. Mirando por la ventanilla, el doctor le explicó cómo la reina Isabel II sufrió un atentado a manos del llamado "cura Merino", que intentó asesinarla clavándole un estilete en el abdomen. En agradecimiento a que ella y la princesa habían salido con vida, ordenó la construcción de aquel hospital en 1857. Acabó el relato justo cuando llegaron a la puerta. Era un gran edificio de tres plantas construido en fría piedra gris. Su fachada principal, a la calle Alberto Aguilera, estaba rodeada de una tapia enrejada.

Esteban lo miró durante unos minutos un tanto abrumado. Siguió a don Antonio al interior, comprobando como todo el mundo lo saludaba con afecto. Llegaron a su despacho, una pequeña habitación amueblada solo con dos mesas y unas pocas sillas. Algunos libros y papeles reposaban sobre ellas. El médico le pidió que se sentara en una y lo esperara. Cuando volvió unos minutos después, se le veía nervioso y expectante.

—Cuando se lo he dicho, Manolo ha quedado muy afectado—le explicó—. Le he pedido que hable con Azaña, pero me ha asegurado que el presidente poco o nada tiene que hacer con esa gente. Que van por su cuenta. Y que sería muy peligroso invocar la cercanía de algún político en concreto porque, a lo mejor, son de la facción contraria.

—¿Facción contraria?—Se sorprendió Esteban—¿Cómo de la facción contraria?

—Vamos, muchacho, lo sabes perfectamente. Largo odia a Prieto y a Azaña, estos odian a los comunistas y los anarquistas los odian a todos. Por tanto, si invocamos a alguno y resulta que son de los otros, poca ayuda le prestaríamos.

¿Y de quién son esos que se lo han llevado?

—No se puede saber. Hay varios grupos funcionando ya...

—Entonces ¿qué vamos a hacer? —Se interesó el joven— ¿Cómo podemos

saber quiénes son?

—Manolo va a llamar al comisario Lino para pedirle ayuda.

—¿Un policía va a intervenir?—se extrañó— No lo creo...

—Verás, según Manolo, hay un tal Atadell que ha sido incorporado a la Brigada de Investigación Criminal del comisario Lino, pero que ha formado su propia cuadrilla, igual que el comunista Méndez. Los dos, legalmente, están a su mando pero ya poseen más poder que él mismo. Incluso Lino y sus hombres están amenazados por el comunista. Manolo dice que a pesar de todo, el comisario tiene cierta ascendencia sobre Atadell, que parece que hasta lo respeta. Por eso ha pensado hablar con él... por si lo tienen ellos o si hay alguna otra cuadrilla... Esa es nuestra única oportunidad. Me llamará para ponerme al corriente de la respuesta de Lino.

—Entonces, ¿solo nos queda esperar y confiar en ese policía?—Esteban no parecía muy conforme— Me volveré loco sabiendo que, mientras, pueden estar...

—No te va a dar tiempo, Esteban—lo interrumpió el médico—. Manolo dice que, aunque no sepamos el motivo de la detención, tendremos que buscarle una coartada. Algo que lo identifique como leal a la República...

—Bueno, él estuvo en la Sierra conmigo peleando por la República...

—Bien, empecemos por ahí... tendremos que demostrarlo—le respondió animándolo con un gesto de sus manos—. Alguien podrá dar la cara por él...

—Supongo que Rogelio podría... —le respondió no muy convencido—. Es el responsable del partido socialista en nuestro distrito... Él nos reclutó.

-Vale, inténtalo... pero Esteban, necesitaremos más —le dijo el médico-. Es más que posible que esté allí por el tiro que le dio a aquel fulano. En ese caso, eso no serviría. Hay que demostrar que es de izquierdas...

-Pero Carlos no es...

—A partir de ahora, lo será. Tenemos que probar que lo es.

—Pero ¿cómo, don Antonio? —se desesperaba el herrero.

—Eso, te lo dejo a ti, amigo mío—resolvió el médico—. Tú eres el socialista. Tendrás que buscarle algún carnet, algún papel que lo justifique. Yo me quedaré en el hospital esperando que Manolo descubra dónde está. Cuando lo tengas solucionado ven a buscarme e iremos a por

él.

—Pero, yo... yo no tengo fuerza alguna en el partido—volvió a quejarse—. Llevo mucho sin ir... Tenía que salir hoy mismo otra vez para la Sierra... Si aparezco por allí, me llevarán y, si han salido ya, es posible que hasta me tengan por un cobarde o un desertor ¿Cómo voy a conseguirle un carnet?

—Si tú no puedes, busca a alguien que pueda. Ya conocerás a alguno que tenga algún carguillo.

—Pero no puedo fiarme de ellos, don Antonio —le aseguró suplicante-. Proponerles eso, sería jugármela. Ni siquiera lo conocen ¡hasta podrían denunciarme a mí!

—Piensa, Esteban, piensa...—le recomendó el médico mientras le abría la puerta-. Si lo han detenido por matar a aquel fulano, es más que posible que esa gente sea socialista... Entonces, deberíamos pedir el favor a sus enemigos. Habrá más posibilidades de que puedan ayudarnos y será más difícil de comprobar...

—¿A los comunistas o a los anarquistas?—le preguntó después de meditar un momento, tras lo que pareció comprender el razonamiento del médico—. Yo no conozco a ninguno...

—Seguro que sí, Esteban, piénsalo...

—¡Manolito Sánchez!—Exclamó de repente, sonriendo—. Él sí que está bien relacionado, es uno de los principales en el sindicato del metro ¡Y Manolito aprecia mucho a Carlos!

—Pues ya lo tienes—lo felicitó—. Ahora, ve a por él y... convéncelo. Pero, antes, cuéntame qué es eso de la falangista...

Esteban lo miró un instante, confuso. Casi había olvidado haberla mencionado.

-Su última novia... —le dijo un momento después, dispuesto a sincerarse-. Es falangista, don Antonio... Carlos incluso fue al cuartel de la Montaña aquel día a buscar al hermano, que se había encerrado allí... Tuve que sacarlos a él y a otro de los hermanos de la misma escalera...

-¡Este muchacho es único para complicarse la vida! —Exclamó el médico, interrumpiéndolo mientras negaba pesadamente con la cabeza-. No creo que nadie en Madrid haya opositado tanto a que lo detengan... Corre ya, Esteban. Tendremos que intentarlo al menos.

Se marchó satisfecho por tener algo que hacer. Regresó en tranvía hasta el barrio. El sindicalista vivía muy cerca de su propia vivienda y él conocía

bien a su esposa. Ya había amanecido por completo y quedó una mañana clara, luminosa y de un agradable frescor. Cuando Magdalena, la mujer de Manolito, le abrió la puerta lo miró sorprendida y, muy cautelosamente, le confirmó que su marido estaba en casa porque tenía turno de tarde. Con reticencias, accedió a llamarlo, dejando a Esteban plantado en el umbral de la vivienda. Apareció, ya completamente vestido y aseado, con un periódico en la mano y con gesto serio y contrariado.

—¿Qué te ocurre, Esteban?—Le espetó dirigiéndose a su encuentro— ¿A qué vienen esas urgencias?

—Tenemos que hablar, Manolito, es un asunto serio—le explicó, nervioso ante la actitud del hombre—. Pero no aquí.

Lo taladró con la mirada durante largo rato, intentando escrutar qué se proponía. Finalmente, se apartó del umbral, cediéndole el paso. Después de cerrar la puerta se dirigió al interior de la vivienda, indicándole que le siguiera.

La pequeña sala donde entraron era modesta y acogedora. Cerró la puerta tras él y se sentó en una de las dos mecedoras, ofreciéndole la otra. Una pequeña mesa de camilla, redonda, se interponía entre ambas. En el cenicero que había en el centro, un cigarrillo se consumía lacónicamente. Esteban, incómodo por no encontrar la forma de iniciar la conversación, fijó su mirada en el aparato de radio que ocupaba una pequeña mesita adosada a la pared junto a la puerta.

—Bueno ¿vas a empezar?—Se impacientó— ¿Qué pasa para que andes con tantos misterios? ¿Algo malo en casa?

—No, en casa, gracias a Dios, todo está bien, de momento—le sonrió tímidamente—. Se trata de Carlos...

— ¿El sevillano?—Se interesó— ¿Qué le ocurre?

—Se lo han llevado esta noche, Manolito—le soltó abiertamente—. Lo sacaron de la pensión. Dijeron que eran de la Brigada de Información... pero no eran policías.

—¡¡¡Joder!!! —Exclamó de inmediato el hombre llevándose las manos a la cabeza—. Entonces lo tiene mal el chaval. Si son quienes imagino, esa gente es peligrosa... Pero ¿por qué se lo han llevado? ¿Quién lo ha denunciado? ¿De qué lo acusan?

—No sabemos nada. No dieron ninguna explicación. Lo sacaron a empujones y se lo llevaron en pijama. Vino a buscarme, todavía de noche, la chica que trabaja en la pensión, sabiendo que éramos amigos. Fui a contárselo a don Antonio, el médico, y él ha llamado a no sé quién. Un tal

Manolo... ¿Chaves? No lo recuerdo. Por lo visto, este hombre iba a llamar a un comisario que se llama Lino, que, al parecer, tiene cierta influencia sobre ese Atadell...

—¿Sobre Atadell?—le interrumpió—. Sobre ese cabrón no tiene influencia nadie...

— ¿Tú lo conoces? —se sorprendió el joven.

—Ese Atadell es un socialista gallego—le explicó—. Un mal bicho, sin duda. Lo tienen para localizar a los fascistas... Le han dado carta blanca y han empezado a aparecer cadáveres por las afueras... Mala gente, Esteban, de la peor. No me cuadra que se interese en ese desgraciado, por lo que es evidente que hay denuncia de por medio. Y no se me ocurre otro motivo que la venganza. Va ser un asesinato por encargo.

—Vamos a intentar salvarlo, Manolito—le pidió Esteban, angustiado por la seguridad con que había hablado de la muerte de su amigo—. Vamos a...

—No seas loco, muchacho—le espetó—. Meterse con esa gente es buscarse la ruina. ¡Cómo vayas a buscarlo, os dan el paseo a los dos! De hecho, lo más seguro es que lo hayan matado ya... Mejor harías yendo a buscarlo al depósito. Si yo sé algo de cómo actúan esos canallas... lo habrán llevado directamente a las afueras y le habrán pegado un tiro en la nuca. Siempre...

Se calló, sorprendido ante los gruesos lagrimones que corrían por las mejillas de Esteban. Dudó unos momentos, guardando silencio.

—Perdóname, hombre, no me había dado cuenta que tú le tienes en gran aprecio—se disculpó—. He sido una bestia. No me hagas caso, chaval, seguro que está vivo todavía. Lo querrán interrogar... De todas formas, no veo la forma de que puedas ayudarlo. Pero, a lo mejor, solo se trata de un error y lo dejan libre cuando se den cuenta. Es un buen muchacho...

—Por eso, tenemos que salvarlo, Manolito—le urgió—. Tenemos que intentarlo al menos...

—Ya te he dicho que eso es muy peligroso, al que vaya a buscarlo le dan el paseo también.

-A don Antonio le dijeron que había también un grupo de comunistas actuando como ese Atadell... Un tal Méndez...

-Sí, eso he oído, pero yo no lo conozco... y supongo que será igual de peligroso.

—Yo voy a ir a por él, Manolito, pero necesito que me ayudes—le anunció resuelto.

—¿Que yo te ayude?—Se sorprendió— Mira, chaval, si tú estás loco, húndete, pero a mí no me involucres.

—Ese hombre con el que habló el doctor Cano—siguió Esteban, obviando su negativa—, nos dijo que necesitábamos ofrecerle una excusa, una prueba, para argumentar el error. El doctor dice que lo único que nos puede servir es demostrar que Carlos es de izquierdas.

—Si pretendes que yo vaya a garantizarlo, ya te he dicho que...

—No, Manolito, no voy a pedirte eso—lo tranquilizó—. Lo que queremos es un carnet.

—¿Un carnet?

—Sí, el carnet de algún sindicato. Lo siento, pero eres el único al que conocemos que puede ser capaz de obtenerlo.

—¿Quieres que yo vaya a mi sindicato a pedir que me hagan un carnet falso?—se indignó el hombre.

—Sí—le respondió seca y resueltamente.

—Tú estás loco—rechazó indignado—. Solo con proponerlo me pondría yo mismo en la lista negra. Vendrían a buscarme por traidor.

—Manolito, tú eres más listo que todo eso—lo halagó—. Estoy seguro que sabes cómo hacerlo... a quién pedirle el favor y plantear la excusa oportuna para que no te pase nada ¡Joder, si eres el que manda!

—¡El que manda...! Qué equivocado estás, muchacho—desechó, haciéndole un gesto de desdén con la mano.

—Él, también es tu amigo, Manolito.

— ¿Mi amigo? Es compañero de chatos, hombre. Es cierto que lo aprecio y que parece un buen chico, pero...

— ¿Sabes? Estoy absolutamente seguro que, si fuera al revés, si tú estuvieras en su lugar, ahora, Carlos, estaría haciendo lo imposible para ayudarte. Incluso poniéndose él mismo en peligro ¿Lo sabes, verdad?

—Espero que eso nunca ocurra y no tengamos que averiguarlo—descartó el otro—. De todas formas, yo no lo voy a hacer. Si estuviera solo... Pero tengo a Magdalena y los chicos. Ellos dependen de mí. No me puedo

arriesgar, lo siento, Esteban.

El joven lo miró ahora muy serio. El sindicalista, le aguantó la mirada solo unos momentos. Después, bajó los ojos hasta el cenicero y se apresuró a liar un nuevo cigarrillo.

—No importa—concluyó Esteban al fin, tras observarlo unos minutos en silencio y seguro ya de qué no obtendría nada de él—. Buscaré por otra parte. Y, si no encuentro nada, me iré a buscarlo directamente. Espero que, al menos, vayas a nuestro entierro.

Se levantó sin que el otro despegara los ojos del cenicero, afanándose con su cigarrillo. Salió de la habitación sin que lo mirara siquiera y se encaminó hacia la puerta. En el pasillo se cruzó con la mujer y, por la mirada con que lo despidió, comprendió que había sido testigo indiscreto de su conversación. Sin embargo, no encontró reproches en sus ojos.

Salió a la calle completamente hundido, convencido que el hábito de esperanza que habían encontrado en el hospital se acababa de esfumar. Sintió que le faltaba el aire y, desvalido, se apoyó contra el muro, clavando la mirada en aquel azulísimo cielo. Era incapaz de pensar más y se limitó a concentrarse en encontrar oxígeno con que llenar sus pulmones.

Ignoraba el tiempo que había transcurrido cuando una voz lo sacó de su abstracción.

—Voy a intentar conseguir ese maldito carnet ¿me oyes? Pero si lo sacas de allí, quiero que ese hijo puta se convierta en el más rojo del mundo ¿entiendes? ¡Y si desaparece de Madrid, mejor! ¡No, si desaparecéis los dos de Madrid!

Esteban quiso abrazarlo pero no encontró fuerzas. Se limitó a sonreírle y seguir sus rápidos y enojados pasos.

-Nos iremos los dos a la Sierra, a pelear por la República –le aseguró al cabo de unos minutos-. Te aseguro que se alegrará mucho de convertirse en comunista y no te decepcionará, Manolito.

-En comunista, no –rechazó de inmediato-. Yo no podría hacerlo. Solo hay una persona que puede...

- ¿Quién? –le preguntó escuetamente el joven ante la sorpresa que le produjo su aseveración.

-Melchor Rodríguez –le respondió sin volverse a mirarlo-. Es de la CNT. Un hombre de buen corazón. Es sevillano como tu amigo y el único que conozco con suficientes cojones para hacer una locura como la que ese

médico y tú pretendéis.

Capítulo 2

EL ÁNGEL ROJO

II

Esteban estuvo escuchando con mucha atención mientras Manolito le estuvo contando como lo había conocido años atrás, cuando ambos coincidieron como afiliados a la UGT. Pero aquello se les quedó pequeño y, mientras él se marchaba con los comunistas, don Melchor se afilió a un nuevo sindicato de corte anarquista, de donde ya pasó a la CNT.

-Es un hombre muy bien considerado en todo el mundo sindical –le aseguró-. Es el alma del grupo de “Los Libertos” de la FAI. No conozco yo a nadie que no respete y aprecie a don Melchor...Él es el responsable del Comité pro-presos de la CNT y se parte la boca por ellos. ¡No pocas veces ha estado el pobre en la misma posición que sus protegidos!

Lo condujo a la calle Duque de Rivas y, ante la sorpresa de Esteban, lo encaminó hasta la puerta de un enorme y bello edificio.

- ¿Aquí vive tu amigo? –Le preguntó antes de que Manolito llamara a la puerta- ¿En un palacio?

-Me dijeron que lo había incautado hace un par de días como Museo del Pueblo –le informó el otro-. Como todos los palacios de Madrid, Esteban, para que sirvan para algo útil de una puta vez.

Les abrió la puerta un hombre notable. Llevaba mono de miliciano, pero lo tenía impoluto y perfectamente planchado. En aquel sujeto parecía hasta elegante. Les hizo seguirlo a través del suntuoso recibidor hasta una sala más modesta, donde un hombre pequeño, con las gafas escurridas hasta la punta de la nariz, los miró por encima de las lentes. Se quedó mirándolos sin dirigirles la palabra cuando su guía se marchó, dejándolos frente a él. Los minutos que Manolito tardó en hablarle, a Esteban se le

hicieron eternos.

-Buenos días, podría usted anunciarnos a don Melchor –le dijo al fin, ante su falta de reacción.

-¿Para qué? –le respondió el hombre sin alterarse y sin dejar de observarlos.

-Quisiera hablarle de un tema de gran importancia para nosotros –le respondió, un tanto descolocado-. Fuimos compañeros hace unos años... quizás aún me recuerde.

-¿Quién digo que le busca? –le preguntó tras dejar, de nuevo, un tiempo muerto que atacaba los nervios de los dos visitantes.

-Manuel Sánchez –le respondió de inmediato-. Coincidimos en la UGT...

Sin decir ni una palabra más y dejando al comunista con la suya en la boca, el personajillo desapareció por un pasillo que se abría al fondo de la sala. Cuando se levantó, demostró que era aún más pequeño de lo que les había parecido en un principio.

Tardó unos minutos en reaparecer, durante los cuales los dos amigos cruzaron un sinfín de nerviosas miradas mientras examinaban los hermosos cuadros que decoraban las paredes.

El tipo no abrió la boca, ni se subió las gafas. Se limitó a colocarse en la entrada del pasillo, pegado a la pared. Manolito supuso que era una invitación para que pasaran y se dirigió tímidamente hacia él. Esperaba que sus inesperados nervios se debieran a la arriesgada petición que se proponía realizar, porque no se explicaba como aquel pequeño fulano le imponía tanto.

Había tres puertas en aquel pasillo. Solo una de ellas estaba abierta y Manolito se dirigió hacia ella, asomando la cabeza tímidamente. Reconocer a su antiguo compañero sentado detrás de la mesa, rodeado de papeles, pareció tranquilizarle.

- ¡Don Melchor, me alegro de verle! –le saludo afectuoso-. ¡Tiene muy buen aspecto!

-Gracias, hombre –le respondió levantando la vista. Esteban adivinó de inmediato que no recordaba en absoluto a su amigo. Al joven le sorprendió sobremanera su aspecto. Tenía cara de buena persona. Allí sentado, en mangas de camisa, con su discreta corbata y los oscuros tirantes, aparentaba más ser un pulcro trabajador de banco o un educado

funcionario, que un líder de los temibles anarquistas-. Ustedes dirán...

-Yo... nosotros... veníamos a pedirle un favor muy importante, don Melchor -le dijo Manolito un tanto decepcionado-. No sé si se acuerda de mí...

-Claro, claro... -le respondió, evidenciando que no lo recordaba en absoluto.

-Manuel Sánchez... de los tiempos de la UGT -se esforzó de nuevo en hacerle recordar-. Del gremio de empleados del metro...

-¡Hombre, sí, claro! -insistió, pero sin aparentar que fuera cierto- Pues usted dirá, don Manuel...

Manolito comprendió que ni le recordaba, ni pretendía hacer memoria y que sus asuntos le traían sin cuidado, por lo que estimó preferible no insistir para evitar cansarlo aún más. Había imaginado que tendrían una primera charla distendida, en la que hablarían de aquellos tiempos y de los viejos conocidos comunes, pero era evidente que no tendría esa oportunidad. Decepcionado, decidió plantearlo directamente.

-Verá, don Melchor -inició de nuevo tímidamente-. Se trata de un amigo nuestro... un joven sevillano...

-¡Hombre, un paisano! -exclamó el hombre, aunque no pareció animarse mucho con ello.

-Sí y muy buen muchacho también -le aseguró-. Y está metido en un serio problema... Esta misma noche han pasado unos hombres por su pensión y se lo han llevado, sin que sepamos más del desgraciado.

El rostro del anarquista, ahora sí, demostró atención. Incluso dejó que su cuerpo mostrara algo de interés, echándolo un poco hacia adelante, como invitándole a continuar.

-Es un muchacho al que tenemos en gran estima y su futuro nos preocupa mucho...

-Pero ¿qué ha hecho ese joven...? -Se interesó por fin el hombre- ¿Es algún fascista?

-No, no señor -se apresuró a rechazar Esteban sin poderse contener. Después guardó un abrupto silencio, temiendo haberse precipitado al intervenir. El hombre lo miró un instante, como esperando que continuara. Pero Esteban se limitó a mirar al suelo.

-A ver, señores, me consta que esas cosas están ocurriendo últimamente en Madrid -les reconoció-. Y hacen bien preocupándose si realmente

aprecian a ese joven, porque es un asunto muy serio. Muy serio y muy feo. Yo no lo apruebo en absoluto, pero, realmente, no sé qué pretenden de mí...

-Que nos ayude –le pidió Esteban, ante el silencio de Manolito y viendo que todo se perdía-. Manolito... don Manuel, me asegura que es usted el único que podría hacerlo... que se atrevería a hacerlo ¡Ayúdenos, don Melchor, por favor! Carlos no merece lo que le está pasando... Él no se ha metido nunca con nadie.

-Yo, poco podría hacer, joven –le respondió-. Me abruman con la confianza que demuestran en mí, pero no alcanzo a saber que esperan que haga. Estoy en disposición de poder asegurarles que esa gente no pertenece a mi sindicato...

-De eso no nos cabe duda, don Melchor... -intervino Manolito, excusándose de inmediato por si el hombre se había sentido ofendido.

-¿Entonces...?

-Verá... otro amigo, el doctor Cano, que también es paisano suyo, me dijo que la única esperanza del pobre Carlos podría ser que demostráramos que él es de izquierdas... -Esteban volvió a callar abruptamente ante la mirada de Manolito, completamente arrepentido por su nueva irrupción.

Don Melchor endureció levemente la mirada, clavándola en Esteban, que no pudo evitar bajar la suya de nuevo hacia el suelo. Después, la dirigió al comunista, que se veía aún más incómodo que el herrero.

-Bien, según me parece entender... –les dijo don Melchor levantándose por fin de su silla. Guardó un tenso silencio mientras se demoraba encendiendo un cigarrillo que sacó de la chaqueta-. Según me parece entender, ustedes han venido a proponerme que yo ofrezca cobertura a ese joven sevillano, fingiendo que pertenece a nuestro sindicato. Es decir que mienta, que falsee documentos...

Se volvió a mirarlos, pero ninguno pudo devolverla. La paseó entre ambos, por riguroso orden, una y otra vez, provocando una palpable tensión en los dos hombres. El silencio que guardaban evidenció que había descubierto su intención.

-Eso es muy grave, señores –les dijo-. No sé si serán conscientes que han puesto su propia seguridad en peligro... Su propuesta es un delito y mi obligación es denunciarlos.

-Don Melchor, por favor –se apresuró Manolito a intervenir-. No

pretendíamos ofenderlo ni cometer ningún ilícito, solo...

-Pues lo han hecho –le cortó tajante, dejándolo completamente aturdido.

Volvió a sentarse después de apagar el cigarrillo, guardando un silencio que los llenó de temor.

-Por eso me llama poderosamente la atención este asunto –dijo ahora sorprendiéndolos-. Tiene que ser muy grave para que no hayan dudado en poner en peligro su propia vida y la de ese doctor que han mencionado. Ese paisano mío debe ser una buena persona y un tipo interesante para que sus amigos lo tengan en tan alto aprecio... ¿Podrían contarme de una vez su historia y de qué le acusan? Pero cuéntenme la verdad, por favor, y con detalle...

Manolito y Esteban se miraron un momento sorprendidos, después se atrevieron ya a aguantar la del anarquista, pero sin atreverse a hablar.

-¿Y bien...? –insistió don Melchor.

-Es que... han sido muchas cosas... -titubeó Esteban-. Se ha metido en muchos líos sin querer...

-A ver, joven, explíqueme eso –le pidió apoyando la barbilla sobre la mano.

-Pero... ¿Quiere que empiece desde el principio? –se sorprendió.

-Por favor...

-Sería muy largo –le advirtió, permitiéndose esbozar ahora una leve sonrisa-. Y Carlos...

-No tenemos prisa, si su amigo sigue vivo estará a salvo hasta la noche –Sonrió también el anarquista-. Esa gente solo hace sus golferías durante la madrugada. Adelante, por favor...

Después de intercambiar una mirada con Manolito, que le animó a empezar, aceptó el gesto que le hizo don Melchor y se sentó frente a él. Entonces, después de permitirse un pequeño suspiro, comenzó a relatarle la historia de su amigo desde que llegó a Madrid. Don Melchor lo escuchó con creciente interés, encendiendo varios cigarrillos durante la narración de aquella particular odisea. Incluso Manolito la siguió con atención, evidenciando que varios pasajes también le eran ajenos. Esteban, tras sopesarlo un instante, se decidió por no confesar la verdadera muerte del pistolero, pero algo debió sospechar aquel sindicalista, porque, cuando Esteban acabó su relato y se dejó caer contra el respaldo de la silla, ya

por fin relajado, lo taladró con la mirada.

- ¿Todo eso es verdad? –le preguntó aparentando incredulidad- ¿Toda la verdad? No creo que deba ocultarme nada joven...

Manolito lo miraba también con interés después de la pregunta de su antiguo camarada.

-Bueno, la verdad es que... Carlos... realmente disparó a aquel maldito pistolero –acabó confesando. Después, se apresuró a justificarlo-. Pero él quería matarnos, se lo juro ¡Lo habría hecho, seguro, si él no se hubiera adelantado!

Melchor Rodríguez volvió a levantarse y se dirigió, con un nuevo cigarrillo, hasta la ventana del despacho. Se llevó un buen rato mirando por ella, dejando que los otros se comieran los nervios sin despegar la mirada de su espalda. Por fin se volvió a encararlos.

-Si toda esa historia es cierta, ese muchacho es digno de conocer –les dijo-. No me perdonaría dejar de hacer lo posible por intentar sacarlo de las garras de esa gente. Así que, díganme ¿cuáles son sus planes?

Esteban lo miró agradecido, dejando escapar una descansada sonrisa con la que también miró a su amigo. Después, se dirigió de nuevo al anarquista.

-Don Antonio ha estado hablando con un amigo suyo periodista, un tal Manuel Nogales, o algo así –Chaves Nogales, le apuntó don Melchor, interrumpiéndole un momento y arrancando un asentimiento del herrero-. Chaves Nogales, sí... Este le prometió hablar con un policía que intentaría enterarse donde lo habían llevado... es lo que sé. Don Antonio me espera en el hospital...

Don Melchor asintió lentamente con la cabeza, dándose por enterado. Después se levantó y se dispuso a ponerse la chaqueta.

-Pues vayamos a su encuentro –decidió.

- ¿No va usted a hacerle un carnet? –se sorprendió Esteban. El otro lo miró sorprendido.

-Yo no voy a cometer ningún delito –le advirtió tajante-. Ni por ese muchacho, ni por nadie. Ni voy a mentir. Iremos y escucharemos de qué lo acusan e intentaremos hacerles ver que se equivocan y que el chaval es inocente... Si lo conseguimos, bien. Si no lo logramos... ya se verá qué hacemos.

Lo siguieron por el pasillo y esperaron mientras hablaba con el pequeño recepcionista.

-Narváez, necesito un coche con cuatro hombres –le dijo-. Dígales que los esperamos en el hospital... ¿en qué hospital?

-En el hospital de la Princesa –se apresuró a responder Esteban, cuando el hombre se volvió a interrogarlo.

-Que los esperamos en el hospital de la Princesa –repitió al hombre, que lo apuntó en una libreta. Después, le advirtió-. Y, Narváez, que sean duros y que vayan preparados.

-Vayamos ahora a conocer a ese médico sevillano –invitó a los dos amigos, que lo miraban extasiados, aun sin creer que hubieran conseguido su propósito-. Siempre es agradable saludar a un paisano.

Caminaron hasta encontrar un taxi libre. Entonces, cuando ya abrían las puertas, Manolito decidió despedirse.

-Yo no puedo acompañarles –les anunció-. Que tengo turno de tarde y todavía he de almorzar ¡Ojalá tengan ustedes suerte!

No discutieron y los dos le estrecharon las manos. Esteban le dio las gracias con total sinceridad y don Melchor le aseguró que le había alegrado mucho haberlo podido saludar después de tanto tiempo. Manolito se despidió del hombre muy agradecido y esperó a que el automóvil se pusiera en marcha antes de regresar a su casa, deseando, secretamente, poderse tomar unos vinos que le templaran el cuerpo. No recordaba haberlo pasado peor en toda su vida.

Esteban estuvo todo el trayecto escuchando, sin oír, la conversación que el anarquista mantenía con el taxista. Absorto en sus pensamientos e intentando digerir sus nervios y su miedo, se le hizo cortísimo el viaje, sorprendiéndose cuando el coche paró en la misma puerta del hospital.

Intentó afrontar el pago por el viaje, pero don Melchor se lo impidió despidiéndose con afecto del conductor. El carácter y comportamiento de aquel hombre le sorprendía cada vez más ¡Era radicalmente distinto al que siempre había atribuido a los peligrosos anarquistas!

El doctor Cano los esperaba en su despacho. Sentado frente al médico, encontraron a un hombre alto y delgado, vestido con un traje gris y con una delgada corbata negra. Tenía el rostro alargado y, cuando entró, lo escrutó con atención. Ambos se sorprendieron al comprobar que

venía acompañado.

-¡Por fin! –exclamó el médico, poniéndose en pie.

-Don Antonio, le presento a don Melchor Rodríguez. Él nos va a ayudar –le anunció, con voz insegura. Después, dirigiéndose a su acompañante, le aclaró-. Es el médico que quién le he hablado...

-Me alegra verlo, don Melchor –saludó el invitado de don Antonio, adelantándose y ofreciéndole la mano al sindicalista-. Hacía tiempo que no coincidíamos...

-Igualmente, comisario –respondió sonriéndole.

- ¿Se conocían? –se interesó don Antonio de inmediato.

- ¡Claro! –respondió el policía sonriendo- Don Melchor es muy importante en los ambientes sindicales. A él le debemos un buen número de las huelgas de Madrid.

-Todas las que no he podido evitar –puntualizó el otro-. No soy yo muy partidario de ellas, pero...

- ¿Y cómo es que ha decidido ayudar a estos señores, don Melchor?

-Siempre que se trate de evitar una injusticia, me encontrará dispuesto, comisario –le aseguró-. Si la cosa es como me han comentado, intentaré salvar a ese muchacho... Tampoco me lo esperaba yo aquí.

-Pues ya ve, también yo estoy dispuesto a ayudar en lo que pueda por salvar a un inocente, si lo es... Aunque espero que no trascienda demasiado mi intervención.

-No se preocupe, que por mí no se sabrá y confío también en su discreción –le tranquilizó, asintiendo ante el gesto complacido del otro. Después se volvió hacia el doctor-. Así que somos paisanos... No sabe lo que me alegra que, además, sea usted médico. Siempre es bueno conocer a uno, sobre todo en los tiempos que corren.

-Quedo a su servicio, caballero –aseguró don Antonio, sonriendo y estrechándole la mano-. De Sevilla, entiendo...

-Del mismo barrio de Triana, sí señor –le confirmó devolviéndole la sonrisa-. De la calle San Jorge.

-Buen sitio...

-Y bien ¿tenemos noticias del muchacho? –preguntó el anarquista obviando seguir con los preámbulos.

-Pues sí, gracias al comisario... -le informó don Antonio.

-He podido averiguar que retienen al joven en la calle Marqués de Riscal –continuó el propio policía-. En el palacio que fue sede de Renovación Española. Lo han incautado y han montado allí una especie de unidad de información. Unos sesenta hombres de plantilla...

- ¿De quién dependen? –se interesó Rodríguez.

-Al parecer, del propio Galarza –le informó-. Le sirven también de escolta personal.

- ¿Galarza? –Exclamó sorprendido el sindicalista- ¡Menudo pájaro! Socialistas entonces...

-Sí –le confirmó el policía-, pero, al parecer, también cuentan con elementos de Izquierda Republicana... De hecho, uno de ellos es el que está al mando, por lo visto se hace llamar “Capitán Vázquez”. Yo no tengo el gusto.

-Ni yo, por el momento –comentó con sorna el anarquista-. ¿Sabemos de qué lo acusan?

-De eso, ya no me he podido enterar –le respondió el comisario, tomando el sombrero que había dejado sobre la mesa-. En fin, señores, yo me marcho ya, que poco más puedo hacer ¡Ojalá tengan suerte! Y si me necesitan, ya saben...

Se despidió estrechándole la mano a los tres y salió cerrando la puerta.

-Si es policía ¿cómo no puede ayudarnos? –Se sorprendió Esteban- Podría ir hasta allí y sacarlo...

-No seas ingenuo, chaval –le cortó don Melchor-. Esto es un tema político. No es de su competencia. Si intentara inmiscuirse acabarían con él de inmediato. No van a permitir a un policía meterse en sus asuntos.

-Bien, no nos demoremos más –decidió don Antonio empezando a despojarse de su bata-. Vamos a ver qué podemos hacer por nuestro Carlitos...

- ¿Dónde cree que va, doctor? –Le espetó don Melchor- A usted nada se le ha perdido en esa casa...

-No voy a dejar que solo ustedes corran el riesgo, además, a los médicos se nos respeta, sobre todo sabiendo lo que viene...

-No, no, doctor –rechazó rotundo-. Esto no es ningún juego y usted nada puede aportar. Si pudiera evitarlo, créame que yo tampoco iría. Mientras menos nos arriesguemos, mejor.

-Pero, ese joven es mi amigo –protestó el médico-. No puedo quedarme al margen...

-Pues esta vez así va a ser –concluyó terminante-. No hay más discusión.

-Les acompañaré al menos...

-No, doctor –volvió a rechazar-. Además, no cabe en el coche... ya nos acompañan unos amigos.

- ¿Unos amigos? –la pequeña sonrisa que le dirigió, le hizo comprender- Ya... unos amigos.

-Bien, no nos demoremos más, joven –decidió el hombre-. Como diría Shakespeare "El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos".

-Esperemos que no sea demasiado aciago –intentó bromear el médico.

-No se preocupe, doctor –le respondió de inmediato-. "Me apoderaré del destino agarrándolo por el cuello. No me dominará".

-Esa sí que es una buena frase –celebró el médico-. Me gusta...

-Desgraciadamente, no es mía, doctor. Fue a Beethoven a quién se le ocurrió primero.

Don Antonio los despidió en la puerta, viéndolos marchar por el pasillo aun con la sonrisa en los labios. Pensó que si, además, aquel tipo lograba salvar a su amigo, sin duda sería el hombre más genial que había conocido.

Cuando llegaron a la puerta del hospital, descubrieron de inmediato el coche que los esperaba. Esteban sintió un ligero estremecimiento cuando vio a los cuatro hombres que aguardaban a la sombra. Estos sí que parecían anarquistas. En mangas de camisa, con los antebrazos

descubiertos, corpulentos y contundentes. Morenos, de barbas cerradas, tenían la muerte en la mirada.

Saludaron con respeto a don Melchor y dirigieron una mirada escrutadora a Esteban como único saludo. El herrero se acomodó como pudo en el asiento trasero con tres de los hombres. El trayecto fue corto y el dirigente anarquista los estuvo poniendo someramente al corriente de la situación, imponiéndoles una única consigna: Si en quince minutos no habían salido, deberían entrar a buscarlos "a sangre y fuego". Los cuatro escucharon la orden en silencio y el herrero pudo apreciar cómo los dos que tenía a su lado asentían gravemente. Si por desgracia se diera el caso, supo que aquella gente daría su vida por ellos y que tampoco dudarían en quitar las que fueran necesarias para protegerlos.

Capítulo 3

ASESINOS

III

Don Melchor ordenó que pararan el coche a unos metros del palacio. Había dos fulanos con fusiles ante el gran portalón. Fumaban y charlaban tranquilamente, con la suficiencia que les daba su impunidad.

Ante la perplejidad de Esteban, siguieron al líder anarquista hasta un pequeño bar que estaba cerca de la esquina de la calle y se acomodaron en la barra, cerca de la puerta, desde donde controlaban perfectamente el hermoso edificio.

- ¿Qué vas a tomar, muchacho? –le preguntó acodándose en la barra.

-No me apetece beber, don Melchor –le respondió sin atreverse a urgirlo-. Quisiera ir ya a buscarlo...

-No seas impaciente, hombre –le respondió, dejándole caer la mano en el hombro-. Hay que ser prudentes. Es posible que esa gente no nos deje sacar a tu amigo por las buenas y hay que estar preparado para las malas.

-No le entiendo...

-Ese comisario nos dijo que el grupito es de sesenta hombres –le recordó-, supongamos que hacen turnos. Porque te aseguro que ninguno de esos elementos va a regalar sus horas a nadie. Eso nos lleva a que habrá ahora al menos veinte fulanos. Mis cuatro compañeros no podrían con tantos... pero llega la hora de la comida. Seguro que, en menos de media hora, buena parte de ellos saldrán para irse a cualquier tasca cercana. Ese será el momento. Mientras, cojamos fuerzas.

-Me tomaría un vino –le respondió ahora, mirándolo con admiración. Nunca se hubiera él parado a pensar en ello. Recordó entonces lo que dijo Carlos sobre que, en los momentos de peligro,

sobrevivían quienes mantuvieran la cabeza fría.

Pidió don Melchor una botella de vino y un guiso de papas con costillas y, mientras vigilaban discretamente aquella puerta, los seis dieron buena cuenta del ágape.

El tiempo dio la razón al anarquista y, rondando las dos de la tarde, vieron como un grupo de hombres, la mayoría enfundados en sus monos azules, salía del palacio y echaban a andar calle abajo.

-Este es el momento –le dijo, palmeándole el hombro-. Vamos allá... Compañeros, id a por el coche y esperadnos en la puerta. Y recordad, quince minutos...

-No se preocupe, don Melchor –le respondió uno de ellos mientras cruzaban ya la calle-. Si esa gente se equivoca, se tendrán que arrepentir.

Mientras el conductor se dirigía hacia el coche, los otros los escoltaron hasta la misma puerta. Los dos fulanos que la guardaban se volvieron interesados hacia ellos.

-Salud, camaradas –los saludó don Melchor-. ¿Quién está al mando?

-¿Quién lo quiere saber? –le preguntó uno de ellos, con el fusil terciado.

-Un compañero –le respondió-. De la CNT somos y venimos a interesarnos por uno que tenéis retenido.

Los miraron durante unos segundos no muy convencidos de sus intenciones. Esteban pensó que tampoco a aquellos dos, don Melchor les parecería un anarquista. Sin embargo, el aspecto de los otros tres debió despejar sus dudas. Al cabo de un momento, el de antes le contestó dando un paso hacia la puerta.

-Ahora no se puede. El responsable se ha ido a comer.

-Pero alguien habrá... –insistió don Melchor con su mejor sonrisa-. Solo venimos a preguntar por su situación. No nos hagáis volver, hombre, que también nosotros tenemos hambre.

-Alguien hay –le confirmó-, pero no creo que quiera visitas.

-Pregúntale –le pidió-. Dile que soy Melchor Rodríguez, de la CNT

de Madrid.

- ¿Don Melchor...? -Se interesó el guarda- A ver la cédula...

-Toma, la cédula y mí carnet del sindicato -le ofreció de inmediato, sacando la cartera del bolsillo interior de la chaqueta.

-Es verdad -admitió-. Pasé usted, don Melchor. Aldana, acompáñalo. Los otros se quedan aquí.

-Mi compañero tiene que venir -le advirtió, tomando a Esteban del brazo con suavidad-. Venimos a preguntar por un amigo suyo al que yo ni conozco.

-Está bien, pasad los dos... -Admitió tras un momento de duda- Pero los demás se quedan.

- ¡Claro! -Aceptó de inmediato. Después se volvió a sus hombres-. En quince minutos saldremos, compañeros.

Ninguna respuesta le ofrecieron y ninguna esperaba. Permanecieron impasibles, estudiando al portero a la espera del coche.

El tal Aldana llamó a la aldaba del portón y, de la puerta enclavada en él, asomó un fulano con una enorme mata de pelo saliendo del mono desabrochado. Tenía el entrecejo igual de peludo y sus diminutos ojillos parecían esconderse bajo él. Sin ofrecerle explicación alguna, se limitó a empujar la puerta para dejar el paso franco a los dos invitados. El portero los obsequió con una pequeña y absurda carcajada.

En silencio los llevó a través de un pasillo de desnudas paredes donde se adivinaban los rastros de los cuadros que alguna vez lo engalanaron. Llegaron a un amplio salón ocupado por varios butacones y una larga mesa llena de carpetas y papeles tras la que se sentaban tres hombres que los miraron sorprendidos cuando irrumpieron sorpresivamente sin llamar a la puerta. Delante de aquel trío, un hombre mayor, casi un anciano, se mantenía en pie, con el rostro demudado. En la pared del fondo se abría una hermosa chimenea enmarcada por una madera dorada primorosamente labrada. Seis o siete tipos con gesto de hastío se sentaban despatarrados en los sillones.

-A ver, Aldana -espetó a su guía uno de los tres sentados a la mesa-, ¿puede saberse a qué coño viene esto? ¿Quiénes son esos dos?

-Que vienen a preguntar por uno -le respondió Aldana, al que no parecía preocuparle mucho el tono desabrido del otro.

Esteban miraba aterrado aquella escena. Por el rostro pálido y sudoroso del desgraciado que permanecía de pie, con su escaso pelo blanco despeinado y las ropas sucias y arrugadas, que clavaba en ellos unos ojos suplicantes, como si la esperanza le hubiera renacido al verlos aparecer. Y por la absoluta indiferencia de aquellos tipos sentados indolentemente en los lujosos sillones, con sus pistolas y sus fusiles manchándolos de grasa. Y, sobre todo, por el olor. Le parecía que allí olía a miedo y a muerte. Y a orines.

- ¿Y a vosotros quién os ha dado vela en este entierro? –les preguntó, encarándose ahora con ellos.

-Verá, camarada –se apresuró don Melchor a responder, con voz amable y una sonrisa en su bondadoso rostro-, hemos tenido conocimiento que un amigo, paisano mío además, se encuentra retenido en estas dependencias... Obviamente, debe tratarse de un error, porque nuestro amigo es un fiel servidor de la República sin que haya hecho nunca nada por lo que merezca ser investigado...

-Todos los que aquí se encuentran merecen ser investigados –le espetó el otro sin perder los malos modos-. Y cuando digo todos, digo todos. Así que os vamos a detener un ratito hasta que acabemos con don Fulgencio. Después charlaremos con vosotros...

-Es de la CNT –le advirtió Aldana-. Un cargo...

-Así que de la CNT... -repitió el hombre, haciendo que sus ojos se convirtieran en estrechas ranuras-. Esto se pone interesante... ¿Qué hace un anarquista interesándose por un faccioso?

-A ver... no venimos a interesarnos por ningún faccioso... -intentó aclarar don Melchor.

-Todos los que aquí están lo son –le interrumpió el otro.

-Pues entonces... o nos hemos equivocado nosotros y él no está aquí... o se están equivocando ustedes y él no debería estar aquí.

-Trae la cartera de ese –le ordenó a Aldana, después de contemplar un momento a don Melchor, que ya empezó a mirar su reloj.

-Melchor Rodríguez García... -leyó el fulano antes de volver a clavar la mirada en el anarquista-. He oído hablar de ti, pero te esperaba más viejo.

-Son muchos años de lucha ya los que llevo, camarada –le respondió don Melchor sonriendo-. Pero tampoco me agradan las peleas absurdas, por eso me gustaría que me dijera claramente si querrá

informarnos de la situación de nuestro amigo. De no ser así, mejor será que nos marchemos y tengamos la fiesta en paz... no vayan nuestros compañeros a ponerse nerviosos.

-Hay tres esperándolos fuera -Informó Aldana ante la mirada interrogadora del otro-. Gente bragada...

-Cuatro -Puntualizó don Melchor Rodríguez y el fulano escrutó durante unos instantes su impasible sonrisa-. Paco, había ido a recoger el coche.

Debió decidir que no merecía la pena provocar que cuatro anarquistas entrasen allí pegando tiros, porque acabó preguntándole a quién buscaba.

-Carlos Peñaranda... -le informó Esteban, atreviéndose por fin a intervenir.

-¡Coño, el puto sevillano! -exclamó, mirando a sus hombres. Esteban comprobó cómo un par de ellos se incorporaban levemente, pero no reconoció a ninguno de ellos.

-Está aquí entonces...- se congratuló don Melchor-. ¿Y podemos saber...?

-Me temo que estaba -lo interrumpió el otro casi riendo-. Creo que han llegado tarde. Ha habido un accidente. Su amigo se cayó y se golpeó la cabeza... ha muerto.

No pudo dormir ni un solo instante, era demasiado el miedo que lo invadía para poder hacerlo. Sentía pasar los minutos con terror, consciente que con ellos se le iba escapando la vida. La forma en que aquella gente lo trató, las hirientes palabras que le dirigieron, su mofa... evidenciaba que iban a por él. No sabía quiénes eran ni lo que pretendían, pero se lo podía imaginar. Desde aquel día en el cuartel de la montaña, sabía que aquello podría pasar. Con esa gente armada, rezumando odio por cada poro de su piel, nadie estaría a salvo en Madrid. Y él, menos que nadie.

El joven que se acurrucaba cerca de él permanecía quieto y en silencio. Como el resto de aquel enorme caserón. Solo lo rompía, en aisladas ocasiones, alguna destartalada y agónica llamada o algún grito que exigía la liberación. También risas. Burdas y groseras risotadas que se escuchaban en ocasiones por el pasillo y que hacían que se le erizara la

piel mientras se acercaban a la puerta.

No sabía cuánto tiempo había pasado, cuando escuchó la voz de su compañero de destino. Tenía que haber amanecido, pero ninguna luz se filtraba por la ventana del cuartucho, sellada a conciencia con tablas clavadas a la pared. Solo le parecía adivinar un hilillo de claridad bajo la puerta.

- ¿Me harías un favor? –le preguntó con voz temblorosa.

-No sé si podré –le respondió intentando sonreír.

-Me llamo Fernando Hogaruzza Blanco –le respondió obviando su comentario-. Vivo en la calle Guzmán el Bueno... si me matan, dile a mis padres que los quiero... y a mis hermanos, que los cuiden y que...

No pudo ya seguir, rompiéndose en sordos sollozos. Quiso consolarlo, darle ánimos, pero comprendió que no podría hacerlo. Que no quería hacerlo. Se limitó a estrechar con más fuerzas sus piernas y a guardar silencio.

No dejaba de maldecir haberse quedado allí, embrujado por los ojos verdes y la inocente pasión de aquella niña. Y recordaba su infantil convencimiento de que todo lo que pudiera pasarle habría merecido la pena, con tal de haber estado a su lado. No era verdad. Pero lo había comprendido demasiado tarde. Cuando ya no podría volver a ver a los suyos.

Lo miró con ojos aterrorizados cuando se lo llevaron. Lo vio pasar junto a él a pesar del daño que la luz del pasillo causó en sus ojos. Entraron con brusquedad, provocándoles un sobresalto y un grito de terror que no tenía claro de qué garganta se escapó. Los insultaron con ásperas voces y al pasar a por el joven, lo apartaron con una patada. Le apenó alegrarse porque se lo llevaran a él, pero no lo pudo evitar. Después esperó que volvieran a buscarlo, pero no lo hicieron. Se marcharon con el muchacho y volvieron a dejarlo en silencio y a oscuras, mirando angustiado hacia la puerta y abrazando su maltrecho costado. El dolor era punzante y le dificultaba respirar. Supuso que la bota de aquel mal nacido podría haberle roto alguna costilla.

Allí dentro no había tiempo y no supo cuánto tardaron en volver, pero le pareció una eternidad. Volvieron solos y volvieron a por él. Lo levantaron con brusquedad sin darle tiempo a reaccionar, agarrándolo por el cuello del pijama que se rasgó al mismo tiempo que su piel, por unas uñas que le arañaron con saña.

Lo sacaron a empujones y lo condujeron por el mismo pasillo que había recorrido antes, no sabía cuándo. La luz era fuerte todavía por lo

que comprendió que no había pasado tantas horas encerrado. Lo llevaron a un salón lleno de gente. Unos de pie, otros sentados en butacones. Intentó encontrar algún rostro amigo, pero toda aquella gente parecía tener la misma cara. Pelo negro y sucio, barbas cerradas y ojos huraños. Lo situaron frente a una larga mesa tras la que se sentaban tres hombres que parecían menos mugrientos y que, le pareció, lo miraban con cierta curiosidad.

-Así que tú eres el sevillano –le dijo uno de ellos, el que se sentaba en el centro.

-Sevillano, sí que soy –se escuchó responder sin que le temblara la voz y sin comprender cómo pudo hacerlo a pesar del nudo que sentía en la garganta.

Lo miraron un tanto sorprendidos. El fulano que había hablado, después de unos segundos, dejó escapar una leve carcajada.

- ¡Sí que es chulo el hijo de puta! –exclamó mirando hacia el de su derecha.

-Ya se le acabará la chulería –respondió el otro con los ojos clavados en el joven.

- ¡Seguro! –volvió el otro a exclamar. Después se puso a examinar unas hojas de papel que había frente a él-. A ver... ¡Tienes una buena colección! Dicen aquí que fuiste tú quien mató al cubano... Y que eres un falangista que estuviste pasando información. Dicen también que intentaste unirte al enemigo y que eras de la pandilla de los Estella. Además de tener una novia falangista... Difícil lo tienes, sevillano, pero si tienes algo que decir...

-Es todo mentira –se atrevió a afirmar. Supuso que verse perdido, le había insuflado ánimos. O, quizás, el deseo de que aquellos zafios no lo vieran temblar.

- ¿Todo? –Se sorprendió el otro soltando una risa- ¡Con dos cojones, sevillano! A ver, a ver, explícame eso... ¿No te cogieron pasándote al otro bando?

-Supongo que se referirá a cuando me pararon ayer en Leganés... ya les dije que iba a pasar el día en el campo. Creía que todo se había aclarado...

-Pues ya ves que no –le respondió de inmediato-. ¿También niegas haber matado al cubano?

-No sé quién es ese, pero a los únicos que he matado fueron dos o tres desgraciados facciosos el otro día en Somosierra...

-Ten cuidado, sevillano, que quien te denuncia es de fiar –le advirtió-. No lo empeores.

-No creo que pueda empeorarlo –replicó-. Me vais a matar, así que nada tengo que perder. Pero quién me acusa, miente.

- ¿Te has enterado, Antonio? –Formuló la pregunta mirando a alguien a su espalda. Aquello sorprendió a Carlos que se volvió para descubrir a quién se dirigía- Tu amigo dice que mientes...

No pudo girarse por completo. El golpe le restalló en pleno rostro volteándole la cabeza hacia atrás. Intentó mantenerse en pie, pero la oscuridad se ciñó a su alrededor estallando en cientos de pequeñas y brillantes lucecitas.

-¡Joder, pero mira que eres bruto, coño! –fue lo último que pudo escuchar, sintiendo como su vejiga se vaciaba mientras se sumía en un profundo abismo.

No fue consciente de cómo lo levantaron del suelo, ni escuchó la discusión que se generó mientras se lo llevaban. Tampoco sintió el golpe de su cuerpo y su cabeza contra el suelo del cuartucho cuando lo arrojaron allí dentro como si fuera un fardo inútil.

A don Melchor se le borró por fin la sonrisa y Esteban tuvo que apoyarse contra la pared, sintiendo que le fallaban las fuerzas.

-Chaval, sal y diles a los compañeros que todo está bien –le dijo al herrero-. Que saldremos en otros quince minutos... porque supongo que, aquí el camarada, además de dejar que nos llevemos su cuerpo, no tendrá inconveniente en explicarnos que pasó...

-Claro que no, hombre –le respondió-. De todas formas, lo tenía crudo... había muchos cargos en su contra.

-Anda, sal, Esteban –le pidió de nuevo, poniéndole la mano en el hombro para insuflarle algún ánimo.

Se fue acompañado de Aldana. El hombre había calculado bien, porque cuando llegó a las puertas de la casa ya estaban los cuatro anarquistas preparándose para entrar. Lo miraron con evidente desconfianza, pero Esteban se esforzó en tranquilizarlos, confesándoles que su amigo había muerto, por lo que difícilmente habría ya conflicto.

Aquello pareció acabar de convencerlos.

-Si dentro de quince minutos no aparece don Melchor por la puerta, ni siquiera tú saldrás con vida de esa casa –le advirtió uno de ellos cuando ya se retiraba.

Esteban se volvió y dudó responderle. Decidió que mejor era dejarlo estar y volvió a seguir a Aldana hasta el salón. Se habían llevado al anciano y don Melchor estaba ahora sentado en uno de los sillones. Con las piernas cruzadas, se le veía sereno y dueño de la situación.

-A ver, Esteban, que me interesa dejar las cosas claras a pesar de todo –le dijo cuándo lo vio aparecer-. Dicen estos compañeros que tu amigo Carlos mató a ese que llamaban “el cubano” y que era un espía de los falangistas... explícales la verdad, anda.

-Eso es mentira –Estalló Esteban, tras una pequeña duda inicial, hablando con rabia, encolerizado por su muerte sin sentido-. ¡Ni mató a ese hijoputa, ni era espía de nadie!

-Tenemos un testigo que dice todo lo contrario –lo replicó el otro-. Un testigo de plena confianza...

-¿Testigo? –Le espetó el herrero- El único testigo que vio aquello, fui yo ¡Y el que diga lo contrario, miente! El primero en llegar fue Marqués, el capitán de la Guardia Civil, y él dio su informe exculpándole. Puede preguntar a Rogelio Martín, el responsable socialista del distrito Centro. Él también estaba allí. ¡Y nunca fue espía de nadie! Carlos defendió la República en la sierra, donde había que hacerlo. Luchó y mató por ella...

-Hay testigos que lo vieron visitar a los Estella, esos putos facciosos...

- ¿A los Estella? –Se sorprendió un momento- Ese loco iría a darles el pésame. Él mismo mató a uno de sus hijos. Yo estaba allí cuando el desgraciado le pidió que fuera a decirle a su padre como había muerto... Lo único que hizo fue cumplir la palabra que le dio a un moribundo al que él mismo había disparado.

La furiosa retahíla del joven provocó un incómodo silencio en el salón. Los milicianos lo miraban serios y hoscos.

-Es sabido que se reunía con los falangistas –insistió el otro-. Lo vieron con ese Conde del demonio. Con ese...

-Foxá, sí, lo vieron con Foxá –le replicó-. Porque fue a pedirle disculpas porque un falangista le rajó la cara cuando se enfrentó con ellos

por querer quemar "el Socialista"... Ellos le piden disculpas y vosotros lo matáis...

-Bien, creo que ya basta... ya no sirve de nada, desgraciadamente -le interrumpió don Melchor, sorprendido también por la furiosa defensa del herrero-. Ahora, si son tan amables, nos gustaría hacernos cargo del cuerpo.

-Creo que deberíamos esperar a que volvieran el capitán y Antonio -intervino otro de los hombres que se sentaban tras la mesa.

-No -rechazó el jefe del Tribunal-. Que se lo lleven y nos quiten el problema... Aldana, llévalos a que lo recojan.

Don Melchor se despidió con una inclinación de cabeza y tomó del brazo a Esteban para que siguieran al otro, que ya había salido por otra de las puertas del salón. Los llevaron por un pasillo estrecho y bajaron por una escalera que los condujo a otro aún más estrecho, lleno de puertas. Un sujeto les salió al paso.

- ¿Dónde has dejado al sevillano? -le preguntó Aldana.

No le contestó. Se limitó a dar la vuelta hasta detenerse ante una puerta. La abrió y se apartó. Esteban se precipitó hacia ella, soltándose de la mano con que don Melchor intentó detenerlo. Se paró en seco en la puerta cuando descubrió en la penumbra de la estancia el cuerpo desmadejado, roto y ensangrentado de su amigo. Ya no pudo más y comenzó a llorar.

Don Melchor lo apartó y penetró en el cuartucho. Tuvo que sacar su impoluto pañuelo blanco de la chaqueta para taparse la nariz. Después se acercó hasta el cuerpo y se agachó junto a él. Acarició el pelo del joven y se sobrecogió ante aquel rostro tumefacto y cubierto de sangre. La palpó, manchándose los dedos y se los miró detenidamente. Lentamente se puso en pie y encaró a los otros.

-Este joven es muy corpulento -les dijo-. No podremos llevárnoslo. Mejor será que avise a mis compañeros para que nos ayuden.

Tomó del brazo al herrero y lo guio por el pasillo sin esperar ya a Aldana. Esteban se dejó llevar mansamente. Hundido por completo. Cuando pasaron por el salón los advirtió de sus intenciones, limitándose el jefe de aquel simulacro de Tribunal a asentir levemente con la cabeza.

Llegaron hasta el coche cuando los otros empezaban ya a activarse, relajándose cuando vieron aparecer a su jefe. Dejó al herrero

allí en compañía del conductor y se dispuso a partir con los otros tres.

-Tranquilo, chaval -le dijo antes de marcharse mostrándole sus dedos manchados-. Los cadáveres no sangran...

Esteban lo miró con ojos que pugnaban por escapar de sus órbitas mientras se marchaba sin llegar a comprender que le había querido decir, pero deseando aferrarse a aquel pequeño halito de esperanza que vio en sus ojos.

Despertó lentamente, sorprendiéndose de seguir vivo. Sentía un espantoso dolor en la cabeza y ni siquiera pudo abrir el ojo izquierdo. Tampoco podía mover el brazo y le costó comprender que lo tenía inmovilizado bajo su cuerpo. No pudo liberarlo. Moverse era un doloroso suplicio. Tenía la boca hinchada y con sabor a sangre. Parecía que su lengua la ocupara por completo. Intentó revisar mentalmente el estado de su cuerpo, pero acabó perdiendo de nuevo la conciencia tan lentamente como la había recuperado. Se alegró al comprenderlo. En unos pocos minutos había sentido más dolor que en toda su vida.

Volvió a tomar conciencia pero el sufrimiento no había disminuido. Tampoco la sensación de tener todo el cuerpo inflamado. Quiso hablar pero no pudo. Consiguió ahora mover algo su cuerpo hasta liberar el brazo. Al moverlo un rayo se lo recorrió clavándose en su cerebro con inquina. Ligeramente acomodado sobre el frío y duro suelo, cerró su ojo derecho y antes de que pudiera darse cuenta volvió a sumirse en la oscuridad y el silencio.

Lo despertaron ahora unas voces que se le aproximaban e intentó mantenerse consciente por si entraban allí. Se concentró para poder hablarles si aparecían, pero cuando sintió la puerta abrirse, comprendió que no podría. Aquella lengua no dejaba hueco ni a las palabras. Decidió comunicarse de alguna forma, pero cuando tiraron de sus brazos para moverlo, todo se desvaneció en una estridente e insoportable explosión de dolor.

Cuando llegaron al portón, a indicación del otro vigilante, Aldana intentó desarmar a los anarquistas, pero se quedó inmóvil cuando el primero de ellos lo miró a los ojos.

-El que tenga cojones, que intente quitarme el fusil -le dijo despacio y con voz ronca. El otro dudó un momento y acabó apartándose. Su compañero no protestó por su decisión, limitándose a verlos entrar en

el edificio.

Cuando irrumpieron en el salón, todos los que allí había se sobresaltaron al verlos entrar armados y alguno empezó a aferrar el fusil.

-Tranquilos, camaradas –advirtió de inmediato don Melchor, regalándoles una serena sonrisa-. Vamos a recoger a nuestro amigo...

Recorrieron el salón sin perder de vista a los otros, caminando uno de ellos incluso de espaldas. Cuando salieron, pudieron escuchar la bronca que le dedicaban al tal Aldana por dejarlos entrar armados.

El tipo del sótano se apartó de inmediato cuando los vio aparecer y don Melchor descubrió miedo en sus ojos. Se permitió golpearle levemente en el brazo al pasar junto a él, tranquilizándolo. La puerta permanecía abierta y se apresuró a indicarles el cuerpo que tenían que recoger.

-Con cuidado –les advirtió don Melchor cuando comprobó cómo tiraban de él para alzarlo. No pareció que su orden surtiera efecto, porque lo sacaron de allí sin miramientos.

Cruzaron el salón en silencio mirando desconfiados a los otros, saliendo a la calle cargados con el joven sevillano. Esteban se hizo de inmediato cargo de él, procurando acomodarlo en el vehículo, ansioso por comprobar si lo que don Melchor había insinuado era cierto. Su amigo estaba frío, pero no helado, ni rígido, como él esperaba encontrar a un cadáver. Palpó su pecho y, cuando sintió sus lentos latidos, se dejó caer junto a él permitiendo que la cabeza ensangrentada descansara sobre su hombro.

Justo cuando estaban subiendo al coche, regresaron los que habían salido a comer. Los miraron con curiosidad, pero no se dirigieron a ellos. Don Melchor pidió a sus hombres que se apresuraran en salir de allí y, mientras uno de los anarquistas se alejaba caminando, el vehículo saltó hacia adelante con un estruendoso chirriar de ruedas.

Escucharon el grito cuando ya se alejaban. Esteban volvió la vista atrás y comprobó cómo un tipo corría tras ellos vociferando. A pesar de la distancia, le pareció familiar, pero no supo identificarlo.

Cuando volvió a recobrar el sentido, pensó que ahora sí debería haber muerto porque veía a su amigo Esteban que lo miraba sonriendo y que parecía angustiado. Intentó hablar otra vez, pero tampoco pudo. Su amigo le dijo algo que no entendió. Había más gente con él, pero no los veía ni los escuchaba, tan solo los presentía. Tenían que estar ya fuera del

cuartucho porque todo se había inundado de luz. Le pareció que estaba en un coche, por el movimiento, pero no hubiera podido asegurarlo. Esteban le hablaba, pero él no lo escuchaba. Quería volver a refugiarse en la oscuridad, pero su amigo no se lo permitía. Le hablaba sin parar, sin dejar que se fuera.

Salió de su espesa modorra cuando empezaron de nuevo a trajinar con su cuerpo. Escuchaba ahora un tumulto de urgentes voces y lo movían continuamente, provocándole un intenso dolor. De repente, el rostro de don Antonio Cano se dibujó sobre él, provocándole una gran calma. Su amigo no dejaría ya que nada malo le ocurriera. Y se dejó ir con una mueca sonriente entre sus tumefactos labios.

Llegaron pronto al hospital porque a esa hora de la tarde había muy poco tráfico en la ciudad. Esteban vio al doctor en la puerta, conversando con don Higinio. Le sorprendió descubrir allí al guardia, incluso de uniforme, y supuso que Manolito se había encargado de que la noticia corriera como la pólvora por el barrio.

Pararon justo frente a ellos y don Melchor se apresuró a advertir al médico del estado de su amigo. Entonces, con el estupor reflejado en el rostro, el doctor Cano se activó de inmediato. Llevaron una camilla, donde acomodaron al joven y, apresuradamente, lo llevaron al interior del hospital.

Don Melchor paró a Esteban cuando pretendía seguir la camilla.

-Bueno, muchacho, ya nos retiramos –le advirtió-. Espero que mi paisano tenga suerte y pueda recuperarse. Si lo hace, dile que tiene suerte de tener un amigo como tú. Y dile también que haga por verme. Me gustaría conocerlo. Pero, sobre todo, adviértele que tenga mucho cuidado. Si esa gente viene a enterarse que sigue vivo, me temo que volverán a ir a por él. No saben perder.

-Don Melchor, no sabe cómo le agradezco lo que ha hecho por nosotros –le aseguró-. Nos ha salvado del desastre. Es usted la mejor persona que yo haya conocido. Muchas gracias, de todo corazón...

-No te pongas tierno, hombre –le dijo riendo abiertamente-. He hecho lo que había que hacer. Nada más. Además, soy yo quien tiene que daros las gracias. Me habéis hecho tomar conciencia de la realidad. De los terribles planes que esa gente tiene entre manos y ante los que no me puedo quedar impasible.

Sorprendido por sus últimas reflexiones, los vio marchar

saludándolos con la mano, emocionado y profundamente agradecido.

-¿Cómo habéis conseguido la ayuda de los anarquistas? –la voz del guardia civil, le sorprendió. No se había dado cuenta que se había acercado hasta él- Este grupo nuestro no deja de sorprenderme...

-Fue Manolito, don Higinio –Le respondió-. Él me llevó hasta don Melchor. Convencerle para que nos ayudara, realmente no fue difícil. Ese hombre es muy humano.

-Eso había oído –le confirmó-. No tengo el gusto de conocerlo... Solo de oídas.

-Ojalá algún día pueda hacerlo, porque merece la pena –le aseguró-. ¿Dónde lo han llevado? ¿Lo sabe?

-No, lo han metido en las entrañas del edificio. Mejor será que vayamos a esperar las nuevas al despacho de nuestro amigo.

Asintió y ambos se encaminaron hacia allí, confiados en que la pericia del médico acabara salvando a su amigo. Por el camino, tuvo que poner al guardia al corriente de su periplo.

-Si sale con bien de esta, deberíamos empezar a plantearnos la posibilidad de escribir las andanzas de nuestro joven amigo –sentenció el guardia cuando el herrero acabó el relato-. Sus peripecias lo merecen.

Don Antonio tardó más de una hora en aparecer y los dos se dirigieron ansiosamente a su encuentro.

-Está mal –les advirtió-. Le han fracturado el cráneo. Todo el lado izquierdo del cráneo. El temporal, el frontal, el esfenoides, el cigomático... todos. Incluso el lagrimal y el malar. Y por supuesto la nariz. No sé con qué le han dado, pero le han reventado la cabeza... Y además tiene, al menos, un par de costillas rotas. Afortunadamente, son fracturas cerradas y no creo que hayan afectado ningún órgano, pero hasta que no despierte no sabremos si hay algo más.

-Pero... ¿se recuperará, don Antonio? –Se interesó nervioso Esteban- ¿Verdad que se recuperará?

-No lo sé, Esteban, no lo sé –le respondió pesaroso-. Son muchos los daños. Ni siquiera sé si le ha afectado al cerebro. Ese golpe... Es posible que lo haya dañado... muy posible, ciertamente. Y el ojo izquierdo... tampoco sé si habrá perdido la visión. Han estado a punto de estallárselo.

Los tres se miraron durante un momento muy afectados. Sin hablar más, don Antonio se volvió para marcharse.

- ¿Cuándo se sabrá? –le preguntó don Higinio antes de que se alejara.

-No lo sé... cuando despierte, si despierta del todo, podremos ir viendo. Hasta ahora, solo balbucea un poco, sin fijar la conciencia.

- ¿Qué podemos hacer, don Antonio? –le preguntó ahora el herrero.

-Ahora, ya, nada –le aseguró-. Lo que tenías que hacer, lo has hecho brillantemente. Solo te queda esperar. Marchaos a casa. Ya os tendré al corriente.

-Pero...

-Aquí no haces nada, Esteban, y tu gente también merece que la tranquilices –le razonó-. Y, sobre todo, a esa valiente joven... ve y cuéntale.

Ahora sí se marchó dejándolos solos. Se permitieron quedarse aún unos minutos en silencio.

-Lleva razón, como siempre, nuestro amigo el galeno –confirmó por fin el guardia-. Mejor será que nos vayamos. Ya vendremos más tarde. He traído el coche, si no te importa que te vean en un vehículo oficial de la Guardia Civil, te llevaré a casa.

Esteban siguió dócilmente a don Higinio hasta la salida con la mirada clavada en el suelo, terriblemente cansado de repente y desentendiéndose de cuanto ocurría a su alrededor. Hasta que aquella voz lo sacó de su abstracción, haciendo que todo el cuerpo se le pusiera en tensión. Buscó de inmediato su origen y lo descubrió apoyado en el mostrador de la recepción hospitalaria. Era él, sin duda. Aquel maldito fulano renegrado y canijo que estuvo con ellos en la Sierra. Pudo reaccionar a tiempo de evitar que lo viera y, aferrando el brazo del guardia, lo llevó hasta un pasillo próximo.

-Es él, don Higinio, es él –espetó al guardia, completamente atribulado-. Ese maldito hijo de puta es el que lo acusó, allí en la Sierra, de matar a aquel canalla. Tiene que ser él quien está detrás de todo esto. Ahora lo comprendo ¡Y la puta de su amiga!

Don Higinio lo había mirado sorprendido y lo había escuchado interesado. Le ordenó guardar silencio y, dejándolo allí, se acercó al fulano, que seguía en el mismo sitio avasallando a la mujer que se

ocupaba de la recepción. Se colocó discretamente tras él, simulando que guardaba su turno. Los dos tipos que acompañaban al otro lo miraron con desconfianza, pero el guardia les devolvió una inocente mirada.

-Ya le digo que no aparece ningún ingreso con ese nombre –escuchó que le decía la mujer-. Y si no aparece en esta lista, es que no está en el hospital.

-Pero tiene un amigo que es médico aquí –insistía el otro-. Es posible que lo haya ingresado sin que usted tomara nota...

-Ni médico, ni ministro –rechazaba la mujer-. Aquí no entra nadie sin que se anote...

-Compañera, haga el favor de averiguarlo –le ordenó ahora el otro, mirándola con fiereza-. Esto es un asunto oficial de la Brigada de Información. Si resulta que estaba aquí, tendrá usted un serio problema. No se sorprenda si venimos a buscarla para aclararlo. O si aparecemos en su casa...

La mujer iba a replicar, pero debió pensarlo mejor después de mirarse en aquellos ojos pequeños y negros.

-Bien –le dijo, levantándose-. Voy a recorrer personalmente el hospital para asegurarme, pero ya le digo que ese hombre no está aquí.

El tipo se volvió satisfecho después de verla partir. Miró a sus dos compañeros, a los que dirigió una mueca despreciativa que les hizo sonreír. Afortunadamente ninguno echó de menos al guardia civil. Habían seguido con atención la discusión del otro y no se habían percatado de su discreta y apresurada retirada.

Después de poner al corriente al herrero, corrieron en busca del médico para advertirle de la irrupción en escena de aquella gentuza. Era evidente que lo sabían todo del pobre sevillano y que, como dijo don Melchor, no iban a dejarlo escapar con tanta facilidad.

Sintió el agua cayendo sobre el rostro, pero solo le causó dolor. Entonces vertieron algo en su boca y el tremendo escozor que sintió y que le recorrió todo el cuerpo, le hizo reaccionar levemente.

-Carlos, esa gente quiere matarte –escuchó por fin que le decían-. Tengo que llevarte a algún sitio donde no puedan encontrarte ¿Sabes de alguien que pueda acogerte en su casa? ¿Alguien del que no puedan

sospechar? Vamos, amigo, ayúdanos...

Había urgencia en su voz pero él no podía pensar, ni siquiera entendía qué le pedía. Poco a poco sintió que empezaba a reaccionar, que volvía a tomar conciencia de estar vivo. Y se sintió arder. Tenía un tremendo calor en todo el cuerpo. Su amigo seguía urgiéndole, pidiéndole un lugar donde esconderlo. Pero aquello era absurdo. Seguía en Madrid. Allí no conocía a nadie y nadie le quería. Salvo sus amigos. Era inútil. Cerró los ojos intentando huir de aquel dolor inmisericorde, pero le agitaron los hombros para mantenerlo despierto.

Cuando volvió a abrir los ojos era don Antonio quién lo miraba ansiosamente. Intentó sonreírle, pero no sabía si lo había conseguido. Le era indiferente. Lo único que quería era seguir durmiendo.

-Carlos, escúchame –Le ordenaba el médico. Aquello hizo que intentara prestarle atención-. Tienes que decirnos algún sitio donde podamos llevarte. Alguien que pueda acogerte...

-Usted... -le pidió.

-No, yo no puedo, desgraciadamente –le respondió sonriéndole-. Ni Esteban, ni don Higinio... nadie con el que puedan relacionarte. Tiene que ser alguien del que ellos no puedan sospechar. Esa muchacha con la que estuviste relacionado... la falangista ¿Te acogería ella?

-No...-le susurró. Empezaba a comprender qué pretendían. Aquella gente podría volver a buscarle-. Ellos... la conocen.

- ¿Y aquella otra mujer? La que te buscó el empleo...

-No... -Le seguía costando gran esfuerzo hablar. La más pequeña frase le hacía jadear-. No es de fiar...

-Pues piensa, muchacho, alguien habrá –No pudo evitar que la presencia de don Higinio allí le sorprendiera. El hombre lo miraba preocupado. Vestido de uniforme impresionaba-. Vamos, esa gente está aquí buscándote...

Aquello le hizo por fin reaccionar. El miedo, le insufló algo de fuerza, de sentido. No podía permitir que volvieran a cogerle. No podía volver allí...

-Lali... -consiguió murmurar ahora. El nombre le había surgido de repente, como una luz. Recordó sus ojos tristes y su sonrisa cálida y quiso ir con ella. Nada le apetecía más.

- ¿Lali? –se sorprendió el médico. Esteban negó con la cabeza cuando don Antonio lo miró- ¿Quién es Lali? ¿Dónde vive? ¿Te acogerá, Carlos?

-Eulalia... ella es buena... ya me salvó una vez –cerró los ojos un momento, intentando recordar su dirección. La leyenda que le contó le vino de repente a la memoria-. La calle del Sombrerete... casa diez, planta tres, puerta cinco... allí está mi casa.

-Está en Lavapiés –la contundente voz de don Higinio fue la última que escuchó antes de volver a cerrar los ojos.

Lo sacaron a escondidas por una de las puertas traseras. Con la cabeza completamente vendada, lo llevaron casi en volandas, sedado e incapaz de caminar. Se apresuraron en llegar al automóvil del guardia para escapar de allí. Vieron el coche negro con las siglas de UGT pintadas en la puerta con grandes letras rojas y al fulano que aguardaba sentado sobre el capó. Afortunadamente tenía la atención puesta en dos enfermeras que charlaban en la puerta del hospital y pudieron introducir al joven rápidamente en el vehículo, donde lo ocultaron bajo un sombrero y la propia chaqueta de don Antonio. El compañero de don Higinio los miró estupefacto y alertado, pero obedeció las urgentes órdenes de su superior y arrancó el coche con premura. Pasaron tras el automóvil negro sin que pareciera que su conductor los descubriera. Don Antonio suspiró cuando atravesaron las verjas del hospital. Don Higinio se volvió en su asiento delantero y lo miró sonriendo.

-Nos ha ido de poco esta vez –le dijo.

-Nos ha ido de poco, otra vez, don Higinio –le respondió, puntualizando-. ¡Jodido muchacho! Va a hacer que nos maten a todos...

-Al barrio de Lavapiés –ordenó don Higinio a su compañero-. ¡Y, Amalio, como si tuviéramos prisa!

Capítulo 4

EULALIA, LA CIGARRERA

IV

Estuvieron varios minutos contemplando la destartalada casa de vecinos sin que nadie se decidiera a actuar, sopesando qué hacer. Cómo irrumpir en la vida de aquella mujer y pedirle que lo arriesgara todo por un desgraciado con el que apenas había tratado.

Ninguno la conocía, pero sí recordaban que Carlos les había comentado cómo una compañera de Margarita le había ayudado en el enfrentamiento que mantuvo con el pistolero, advirtiéndole sobre él. Suponían que aquella mujer era a la que ahora pretendía encomendarse.

-Bien está -se decidió al fin don Antonio-. No vamos a conseguir nada mirando esa maldita casa... Vamos, Esteban, supongo que se sentirá más cómoda ante un tipo joven y guapo como tú.

- ¿Y qué le vamos a decir, don Antonio?

- ¡Yo que sé! -Le respondió resoplando- La verdad, supongo...

-Mejor será que yo no les acompañe -se excusó el Guardia-. Este uniforme resaltaría en esa casa como una mosca en la leche.

-Estoy totalmente de acuerdo, don Higinio -confirmó el médico-. Y cuide usted de él. Esos tipos son capaces de aparecer otra vez...

Se decidieron a bajar del vehículo, estacionado discretamente a varias decenas de metros de la casa y se encaminaron hacia ella en silencio, sopesando cómo encarar a aquella mujer cuando les abriera la puerta... si la llegaba a abrir.

Afortunadamente, el calor todavía mantenía a la mayor parte de la población de aquel barrio en sus casas. Sin embargo, se convirtieron en el

centro de atención de los pocos valientes que desafiaban la tórrida tarde. Además, fueron varios los curiosos que asomaron sus rostros por las escuetas ventanas conforme ascendían por una decrepita escalera de gastados escalones.

Se plantaron, por fin, ante la puerta que el joven les había indicado, esperando que su memoria de opositor no le hubiera traicionado. La ventana estaba abierta, cubierta por una fina cortina que velaba el oscuro interior de la vivienda.

Pasaron lentos los segundos desde que don Antonio se decidió a golpear la débil puerta con los nudillos. Cómo si le costara girar sobre sus goznes, la puerta acabó abriéndose lentamente, descubriendo a la mujer que se escondía tras ella. La mirada que les dirigió era más de miedo que de sorpresa.

-Buenas tardes –la saludó don Antonio con su mejor sonrisa-. ¿Es usted Eulalia?

La mujer se limitó a ofrecerles un levísimo asentimiento sin llegar a separarse de la puerta, como si fuera su famélico escudo.

-Señorita, tenemos un asunto urgente y grave que comentarle... si pudiéramos entrar un momento –le rogó el médico inseguro-. Ya comprendo que esta irrupción está completamente fuera de lugar y que haría muy bien no fiándose de nosotros, dos completos desconocidos, pero le aseguro que no estaría haciendo esta locura si no fuera absolutamente necesario...

La mujer continuó mirándolos muy seria, sin demostrar que la explicación le hubiera provocado el más mínimo interés.

-Verá... me llamo Antonio Cano, soy médico del Hospital de la Princesa –siguió intentando convencerla y bajando cuanto pudo la voz-. Este joven es Esteban Maqueda, ambos somos muy amigos de Carlos Peñaranda, al que creo que usted sí conoce...

Ahora sí, la mujer demostró un súbito interés, abriendo algo más la puerta y dejando ver el hombro cubierto escuetamente por una fina tiranta.

- ¿Le ha pasado algo a Carlos? –les preguntó finalmente.

-La verdad es que sí –se apresuró a responder- Y ciertamente grave... si nos permitiera entrar... no es cosa de contarlo aquí...

Los miró todavía más detenidamente, evidenciando la duda que persistía en sus ojos. Acabó cerrando la puerta para abrirla un minuto

después, franqueándoles el paso. Se había puesto una fina bata azul que cerraba con sus propios brazos cruzados. A pesar de ello se la veía apocada y temerosa. Ya no era ninguna jovencita, pero tenía una llamativa inocencia en los ojos.

Entraron en un pequeño saloncito, con una mesa, un par de sillas y una vetusta mecedora. Un par de sencillos cuadros, además de la cortinilla, conformaban toda la decoración de la estancia. En una estantería, reposaban tres o cuatro novelillas y los retratos amarillentos de una pareja y el de una joven, que muy atildada, debía ser la propia Eulalia. A su lado, ostentoso y en silencio, reposaba un aparato de radio.

-Si pretenden algo raro, les advierto que gritaré y pueden estar seguros que estas paredes son muy delgadas...

-No se preocupe, señorita -intentó tranquilizarla el médico-. Nada malo queremos para usted... Más bien al contrario, venimos a rogarle un enorme favor.

- ¿Qué le ha pasado? -se limitó a reiterar la mujer.

-Es largo y complejo de explicar -titubeó. Después, casi en susurros, se decidió a contarle todo abiertamente-. Creo que será mejor que se lo resuma y vaya al grano para no cansarla... Hay gente que quiere matarlo... de hecho, hemos conseguido salvarlo por poco. Aun así, está muy herido, señorita, le han golpeado en la cabeza con algo... no sabemos con qué... y se la han destrozado. Ni siquiera estoy seguro que vaya a sobrevivir. Pero lo cierto es que siguen buscándolo. Hemos tenido que salir huyendo del hospital porque incluso allí aparecieron. Nos tienen a todos controlados... a todos sus amigos y conocidos. Ignoro porqué ese interés desmedido hacia ese desgraciado, pero le puedo asegurar que no exagero. Nos vemos en la necesidad de ocultarlo en algún sitio que esté fuera de las sospechas de esa gente... por si pudiera llegar a sobrevivir... él mismo nos ha dado su dirección. Dijo que ya una vez le había salvado usted del desastre... que era la única persona en la que confiaba...

Le dieron tiempo para que asumiera toda aquella estafalaria historia. La mujer se había mostrado muy afectada cuando don Antonio le describió el estado en que lo habían dejado, llevando su mano a la boca para ahogar la dolorosa queja que se reflejó en sus hermosos ojos, cada vez más brillantes.

-Pero... qué puedo yo hacer, pobre de mí -dijo la mujer al fin, sentándose en la vieja mecedora-. Yo... no sabría qué hacer con él. Esta casa es tan pequeña... los vecinos... Yo no puedo, no podría...

Los dos hombres la miraron comprensivos. Era una barbaridad lo que habían ido a pedirle. Esconderlo allí, además del evidente peligro que

suponía, significaría, no ya una evidente incomodidad para la mujer, sino destrozar por completo su reputación. Esperaron en silencio, obviando cualquier tipo de presión. No sería justo insistirle.

- ¿No tienen otro sitio? –Les suplicó- ¿Nadie más puede apiadarse de él...? Yo solo lo he visto un par de veces... No sé nada de él. Parece un buen muchacho, pero... ¡Por Dios, no me hagan esto...!

-Señorita, siento mucho la situación en que la colocamos... -don Antonio se veía realmente compungido-. Lleva usted razón. No es justo lo que hemos hecho. Olvídelo. Ya encontraremos algún sitio para ocultarlo. Vámonos, Esteban. Es una barbaridad lo que pretendíamos... hemos debido pensarlo mejor antes de venir a complicarle la vida a esta buena mujer.

Esteban asintió mansamente y siguió al médico hasta la puerta. Se limitaron a despedirse con una comprensiva sonrisa.

-Esperen... -les advirtió ella cuando ya cerraban la puerta-. ¿Tan mal está? ¿Tanto daño le han hecho?

-Sí, Eulalia, le han hecho mucho daño –respondió el médico-. Pero no se preocupe, lo sacaremos adelante. Si lo desea, ya le traeremos noticias tuyas.

-¿Dónde lo ocultarán? –Insistió ella apretando aún más los brazos alrededor de la cintura-. ¿Estará a salvo?

-Lo procuraremos... aunque, ciertamente, ahora no tengo ni idea de dónde podremos llevarlo. ¡Ya se nos ocurrirá qué hacer con él! –acabó ofreciéndole una sonrisa que quería ser divertida.

Volvió a detenerlos cuando ya se marchaban, esta vez aferrando el brazo del herrero cuando ya el médico se encontraba en el pasillo común. Ambos se volvieron hacia ella y la contemplaron en silencio. Los ojos de la mujer revelaban la dura pugna que tenía lugar en su interior.

-Esperen –se decidió finalmente-. Lo haré. Cuidaré de él...

-No –rechazó el médico-. No puedo permitirlo. Estoy muy arrepentido de haber venido. No voy a ponerla en peligro, Eulalia...

-Escuche usted... es mi decisión –le rebatió-. Si él ha dicho que me necesita, lo ayudaré. Por primera vez en mi vida me siento útil... ¿Sabe? Tengo treinta y cuatro años y estoy sola. Llevo sola... Sé que soy una buena persona y que la gente me aprecia, pero mi vida se reduce a ir a la fábrica cuando amanece y trabajar todo el día respirando aquel aire viciado. Mis padres murieron, igual que yo moriré, sin haber hecho nada

en la vida... ¿Ven aquella radio? Es el único lujo que me he podido permitir. Gasté en ella todos mis ahorros. Y lo hice para no sentirme sola. Para que alguna voz se escuchara en esta pobre casa. Y ahora, alguien me necesita... Sí señor lo cuidaré.

-Señorita, créame, se va a jugar la vida –le advirtió don Antonio muy serio ahora-. Esa gente es muy peligrosa...

-Lo sé... -le replicó de inmediato-. Mire, el único día emocionante en toda mi vida fue cuando lo arranqué de aquel Valeriano... Le aseguro que pasé mucho miedo, pero cuando llegué a casa me sentía estupendamente porque había hecho algo realmente bueno por alguien. Ahora es igual. Si me matan, al menos, mi vida habrá tenido algún sentido... salvar la suya.

-Pero, no podemos meterlo aquí –se resistió el médico-. Es usted una mujer sola...

-No se preocupe por mi buena fama, señor. Soy soltera y así seguiré. Se me pasó la edad de preocuparme por esas cosas. A los hombres que yo pueda interesar, le aseguro que les da igual mi reputación.

Don Antonio miró a Esteban preocupado. El joven, tras un momento de vacilación, asintió levemente con la cabeza.

-Quiero verlo –les dijo decidida-. ¿Dónde está?

-Lo tenemos en un coche ahí al lado, Eulalia –le respondió el médico-. Pero, piénselo bien...

-Ya lo he pensado y lo tengo claro –le respondió-. Quiero verlo. Iremos a por él y lo subiremos, diré a los vecinos que es mi primo... que lo han herido en el frente y que ha pedido que lo traigan aquí para que yo lo cuide.

-Señorita, es usted increíble –se sorprendió el médico-. Lo ha resuelto todo en un momento... ¿Lo ha planeado mientras discutíamos?

-No –rechazó ella-. Lo hice mientras me decidía...

Tardó apenas unos minutos en ponerse un cómodo vestido y los siguió hasta la calle obviando las curiosas miradas que los siguieron. Don Antonio tuvo que apretarle levemente el brazo cuando la joven se detuvo al ver a don Higinio dirigirse hacia ellos.

-No se preocupe –la animó, regalándole una sonrisa comprensiva-.

Es un amigo.

Volvió a llevarse las manos a la boca cuando descubrió a Carlos inconsciente, con la cabeza oculta bajo las vendas.

-¡Pobre Carlos! –Exclamó ahogadamente mirando al médico- ¿Con qué le han golpeado?

-Con algo muy duro... -le respondió lacónico-. Y muy grande... el golpe abarca medio rostro.

-Me decanto por una bolsa de arena húmeda –aventuró don Higinio-. Si está bien prensada, es como una piedra y cuando impacta, es demoledor.

Don Antonio lo miró sorprendido durante un instante.

-Por eso ha dañado todos los huesos –concluyó-. Se amolda al rostro... No se me había ocurrido.

-Usted no tiene una mente tan retorcida –le aseguró el guardia-. Usar algo así es de canallas.

-Subámoslo a casa, por favor –pidió Lali, que seguía mirándolo espantada.

Esteban y el médico se apresuraron a cargar con él camino de la casa. Subieron la escalera con dificultad. El joven seguía sin recuperar del todo el sentido y su corpulencia dificultaba mucho el traslado.

Una mujer, del mismo pasillo que Eulalia, acabó saliendo a la puerta al paso de la comitiva. Ella se apresuró a ofrecer la explicación que ya les había adelantado.

-¡Ay, Patro! –Exclamó melodramática- Es mi primo Genaro, del pueblo, que lo han herido en la Sierra y que ha pedido que lo traigan a mi casa, el pobre...

-Pues si está muy grave, mejor estaría en el hospital, niña –le respondió la mujer, mirando curiosa a los tres hombres.

-No sé... –le respondió titubeante-. Si me lo han mandado...

-Eso es mala señal, Lali –vaticinó la vecina, que permaneció en el umbral de su vivienda hasta que los cuatro entraron en la casa.

Lo dejaron tumbado sobre la cama. En el hospital habían sustituido la ensangrentada chaqueta del pijama por una camiseta blanca, pero el

pantalón estaba mugriento de sangre y suciedad. Algunas de las vendas se veían ya rojizas. Don Antonio comenzó a retirarlas.

-Es usted una actriz muy buena –la felicitó el médico.

La mujer se limitó a devolverle una tímida y escueta sonrisa.

-Vaya preparándose, Eulalia –la previno un momento después, cuando las vendas empezaban a descubrir el rostro-. Su aspecto no es muy agradable. Creo que las fracturas, salvo la de nariz, han sido sin desplazamiento, por eso lo único que podemos hacer es no tocarlas y esperar que suelden. La nariz se la he procurado colocar y espero que haya quedado bien...

Acabó de retirar el vendaje, dejando al descubierto el tumefacto rostro del sevillano. Eulalia lo miró consternada, sin que pudiera evitar que unas lágrimas rodaran por sus mejillas.

-Tiene fiebre –le dijo el médico, poniéndole sus manos en los hombros-. Le voy a dejar unas aspirinas y unos antibióticos por si tuviera infección. Sería conveniente que le colocara paños de agua fría en el rostro... ¿Hay alguna tienda cerca que venda hielo?

La mujer tardó en responder. Toda su consternada atención estaba en el rostro del sevillano.

Sí, en la calle del Amparo hay un ultramarinos que lo vende. Pero es caro...

Don Antonio le sonrió comprensivo y pidió a Esteban que fuera en busca de la tienda. Después sacó su cartera y ofreció un billete a la mujer que lo miraba sin comprender.

-Con las incomodidades no podemos ayudarle, Eulalia –le dijo el médico suavemente-. Pero deje que lo hagamos con los gastos... Carlos no va a poder comer durante un tiempo, por lo que debería hacerle caldos y zumos. Y darle leche y agua... mucha agua con azúcar...

Eulalia dudó durante unos instantes, pero acabó aceptando el billete de veinticinco pesetas que le tendía. Era evidente que se sintió incómoda, casi avergonzada.

-Es que mi sueldo es bajo...

-No tiene que excusarse, Eulalia, por Dios –la disculpó de inmediato-. Ya es bastante con el problema que le hemos metido en casa... Buscaremos la forma de hacerle llegar las cosas de Carlos sin que

esa gente pueda sospechar.

-Pero... ¿Por qué? –le preguntó al borde de las lágrimas- ¿Por qué quieren matarlo? ¿Qué les ha hecho?

-Al parecer, el otro día en la Sierra, disparó contra ese matón –le respondió-. Lo mató...

-¿Carlos ha matado al cubano? –se sorprendió ella-. ¡Dios mío! ¿Carlos...?

-Según Esteban... el tipo apareció buscándolo para acabar con él –le explicó-. Carlos se adelantó.

-Pero ¿Por qué? Él no había vuelto a molestar a Margarita...

-No lo sabemos, Eulalia –le aseguró-. Nadie sabe por qué lo odiaba tanto.

Se mantuvo el silencio. La mujer se había sentado al borde de la cama, con la vista fija en el herido. Don Antonio, incómodo, comenzó a ojear las novelillas que poseía la mujer. Después, examinó la fotografía.

-¿Son sus padres? –le preguntó, mostrándosela.

-Sí –le respondió ella sonriendo-. Es lo único que me queda de ellos. Murieron hace años. Primero mi madre. Le entró una cosa mala y se nos fue en unos pocos días... ella siempre había estado malita... ¡pero era tan fuerte y tan alegre! Mi padre aguantó muy poco sin ella y cuando lo enterré, me dije que no podría seguir en el pueblo... ¡sin ellos, no! Como no tenía hermanos ni nadie que me retuviera, vendí nuestra casita y me vine a Madrid... y aquí estoy.

-Afortunadamente para mi amigo –le dijo, mirándola con simpatía-. ¡Es usted una gran mujer, Eulalia!

Los golpes en la puerta la interrumpieron cuando iba a responder. Los dos se miraron sobresaltados.

-No se preocupe, debe ser Esteban –intentó tranquilizarla el médico, aunque sin convicción.

Abrió la puerta tan desconfiadamente como antes, pero descubrir en el umbral al herrero le hizo dejar escapar un suspiro de alivio.

-Os había asustado ¿eh? –Sonrió el joven- No os preocupéis, don

Higinio monta guardia...

Después de desprender un trozo de hielo, colocaron el pequeño bloque restante en un cubo de metal que Eulalia guardó en una pequeña alacena de la cocina. Cubrieron el hielo con agua y mojaron en ella un paño que pusieron sobre el sudoroso rostro de Carlos. En cuanto sintió su contacto se revolvió levemente y abrió lentamente su único ojo sano, que se quedó prendido en los de la cigarrera.

-Hola, Lali –susurró entre dientes intentando sonreír. Un momento después volvió a cerrarlos. La mujer se volvió ansiosamente al médico, que asintió satisfecho.

-La ha reconocido de inmediato –advirtió-. Eso es una muy buena señal... No creo que tenga daño cerebral. Este canalla es hasta capaz de sobrevivir...

El alivio se reflejó en los otros dos, que incluso se atrevieron a reír el comentario. Más tranquilos, no tardaron en dejar sola a la mujer, reiterándole don Antonio los cuidados que precisaba. Los despidió en la puerta sintiéndose más sola de lo que lo había estado jamás a pesar del hombre que yacía en su cama.

Restregándose las manos, llevó una de las sillas al dormitorio y se sentó junto a él, mirándolo asustada por la responsabilidad que aquellos hombres le habían endosado.

Pasó lo que quedaba de tarde y buena parte de la noche pendiente de él, refrescándolo con paños helados y deseando ver alguna reacción en el joven. Pero, salvo algún involuntario estremecimiento que la hacía reaccionar con ansiedad, seguía completamente inmóvil. El sueño acabó vencéndola ya de madrugada, en la misma silla en que se había sentado aquella tarde. Despertó sobresaltada cuando ya la luz del amanecer se filtraba por los visillos de la ventana. En la penumbra, le aterrorizó descubrir al sevillano con la mirada fija en ella. Durante unos segundos lo miró espantada sin saber reaccionar.

-Gracias, Lali –le susurró entonces el joven. Tras una pausa, añadió: ¿Podrías darme un poco de agua?

-¡Claro! –le respondió ella también en voz baja, sin poder evitar el llanto.

-No llores, por favor –le pidió él.

-Es de alegría, Carlos, es de alegría –le respondió tomando el vaso

y acercándose a los labios.

Bebió con dificultad, con un evidente gesto de dolor. Ella intentó ayudarlo, aguantándole la cabeza. Tenía el pelo mojado, pero su piel ya no ardía. Lo dejó descansar de nuevo y él cerró los ojos de inmediato. Aun estuvo pendiente, durante unos minutos, de que tuviera alguna reacción, pero el joven volvió a quedar inmóvil. Tenía que irse a trabajar, pero no se atrevía a hacerlo. Tampoco podía pedirle a ninguna vecina que lo cuidara. Desde que entró en la fábrica no había faltado ni una sola vez a su puesto de trabajo, acudiendo incluso cuando estaba enferma, pero aquel día era distinto. No podía dejarlo solo... todavía no. Ya se le ocurriría algo con qué justificarse al día siguiente... pero ¿y si él no mejoraba? Faltar dos días a trabajar podría traerle problemas.

Pasó toda la mañana nerviosa, vigilando a cada instante el estado del sevillano. Este despertaba en ocasiones para beber, pero volvía a caer en un sueño que cada vez era más agitado. Seguía teniendo fiebre, pero le parecía que ya no era tan alta. El sofocante calor que iba envolviendo el piso no la ayudaba. Le lavó todo el cuerpo para procurar enfriarlo y, también, para desprenderlo del olor y la suciedad que tanto la incomodaban desde que lo llevaron a su casa.

No era el primer hombre desnudo que veía, pero no podía evitar que el cuerpo rendido del sevillano la pusiera nerviosa. Lavó con esmero el pijama y los calzoncillos y los puso a secar, deseando poder vestirlo cuanto antes. Lo había cubierto con una toalla blanca, pero aun así, seguía sintiéndose alterada.

No tenía nada en casa para preparar el caldo o los zumos que el médico le había pedido. Ni siquiera leche tenía, pero no podía dejarlo solo para ir a comprar. Ella era frugal en la comida y su despensa escasa.

Los quedos e inesperados golpes en la puerta le hicieron saltar en la mecedora, donde, mirando hacia la habitación, descabezaba intranquilos y pequeños sueños.

Tardó en abrir la puerta, intentando ocultar el miedo que la atenazaba. El hombre, ya veterano, que encontró tras ella la dejó perpleja.

-Buenas tardes, señorita –la saludó con una amable sonrisa-. Soy Ulpiano Rodríguez y vengo de parte de unos amigos para interesarme por su primo...

Ella lo miró sorprendida, sin llegar a comprender el mensaje.

-También le traía unas cosillas que me han entregado –insistió el

hombre-. ¿Podría pasar a ver al enfermo? Me envían para ayudarla...

Por fin comprendió y le franqueó la entrada. El hombre le entregó la bolsa con que cargaba. Sin mirar aun su interior, permaneció esperando alguna nueva explicación.

-Yo conozco al joven Carlos de la pensión de doña Gracia –le confesó quedamente, comprendiendo la indecisión de la mujer-. Han pensado que un viejo como yo no levantaría sospecha si alguien estuviese vigilando... No tenía ni idea del peligro que acechaba a ese joven y me parece increíble lo que pretenden hacer con él. Tranquilícese, señorita, soy de los buenos.

Eulalia, convencida, se permitió por fin dejar escapar un aliviado suspiro y sonrió al hombre. Ahora sí, examinó la bolsa, congratulándose de encontrar en ella un bote de leche, unas naranjas y dos sustanciosos muslos de pollo. También había un paquetillo de azúcar y un par de limones.

Agradecida por la compañía llevó a don Ulpiano hasta la habitación. Que descubriera al joven desnudo la incomodó aún más.

-¡Pobrecillo! –Exclamó el hombre ante el magullado rostro de Carlos- ¿Qué le han hecho a este desgraciado?

Se quedaron ambos mirándolo en silencio, consternados por su aspecto.

-He tenido que lavarlo –se excusó Eulalia con timidez al cabo de unos instantes- Olía tan mal por el sudor... y su pijama estaba muy sucio. Se está secando.

-Veo que este joven sigue siendo afortunado –le respondió el hombre sonriendo-, hasta para encontrar enfermeras.

Ella le devolvió la sonrisa dejándolo con él y dirigiéndose a la cocina, aliviada por tener algo que hacer.

-La próxima vez le traeré sus ropas –le dijo el hombre-. Me dijeron que no debería cargar con demasiadas cosas para no llamar la atención...

-Usted... ¿usted podría venir mañana temprano? –Le preguntó ella- Tendría que ir a trabajar... y no quiero dejarlo solo.

-¿Temprano? Por supuesto, cuando usted me diga –le confirmó-. Yo ya no tengo nada que hacer, querida, pero sigo levantándome como si

tuviera que arreglar el mundo.

Don Ulpiano estuvo acompañándola hasta las dos de la tarde, en que se despidió dándole las gracias por haberse ocupado del joven y asegurándole que estaría allí puntualmente a las siete y media de la mañana. Aquella visita fue un bálsamo para ella. Poder compartir durante un par de horas su responsabilidad y, sobre todo, escuchar la amena conversación del viejo maestro, aliviaron su tensión y su miedo.

Se decidió a intentar despertarlo y consiguió hacerle tragar una taza de caldo ofreciéndoselo con una cucharilla. Después volvió a dejarlo dormir. Se dedicó a limpiar todo el pequeño pisito, aprovechando el sueño relajado de él. Siempre lo tenía reluciente, pero se dijo que, con su debilidad, tenía que desinfectarlo por completo.

Despertó cuando ya empezaba a oscurecer y, tras unos momentos de desconcierto, intentó volver a sonreírle. Le congratuló comprobar que, por fin, la miraba con algo de vivacidad.

-¿Cuánto llevo aquí, Lali? -le preguntó con dificultad, moviendo apenas los labios.

-Poco más de un día -le respondió ella con suavidad-. ¿Cómo te encuentras, Carlos?

-Me duele todo el cuerpo... no sé qué han hecho conmigo... La cara... la cara sobre todo... y el brazo.

-Ese médico amigo tuyo me dijo que te habían roto los huesos de la cara... del brazo no me dijo nada. Lo que más le preocupaba era... tu cabeza.

-Ya... que el golpe me hubiese afectado al cerebro ¿no?... no lo creo. Lo tengo muy pesado, pero creo que sigue ahí...

-¿Con qué te dieron, Carlos? -se interesó ella.

-No lo sé... solo recuerdo el golpe. Estalló todo a mí alrededor... ¿Cómo me sacaron de allí?

-No me lo contaron... no tengo ni idea de cómo se las apañaron.

-Creí que iba a morir -le confesó cerrando los ojos-. Pasé mucho miedo, Lali...

Ella lo miró mientras cerraba los ojos y le apenó ver las dos lágrimas que comenzaron a correr por sus hinchadas mejillas. Supuso que

solo el recuerdo de aquellos momentos, volvía a angustiarse.

Lo dejó dormir un par de horas antes de volver a despertarlo para hacerle tomar otra taza de caldo. También consiguió que bebiera un poco de agua con azúcar y limón. Su piel seguía caliente, pero, aunque no le quedaba hielo, la fiebre ya no era tan alta. Había cumplido escrupulosamente con las indicaciones del médico y era evidente que sus medicinas estaba ganando la batalla. Su mejoría le permitió descansar en la mecedora y dejarse caer en breves ráfagas de sueño.

Don Ulpiano cumplió con su palabra y a la hora comprometida tocó quedamente en la puerta. Eulalia estaba ya vestida y preparada para salir. Vivía muy cerca de la fábrica, pero siempre se jactaba de llegar la primera. Nerviosa, se entretuvo un momento recordándole las medicinas que habría de darle y señalándole donde encontraría el caldo y los zumos.

-Váyase ya, señorita –le pidió el hombre riendo-. Y váyase tranquila, mujer, que a su paciente no le faltará de nada.

Le costó separarse de él. Hubiera dado lo que hiciera falta por no tenerse que ir, pero sabía que tenía que acudir a trabajar. Por nada del mundo podía permitir que alguna de sus compañeras fuera hasta la casa preocupada por su ausencia. Ante la mirada complacida de don Ulpiano, no pudo evitar besar a su protegido suavemente en la frente antes de salir corriendo de la casa.

-Volveré lo antes posible –le prometió-. Cúidelo bien, don Ulpiano... Por cierto, le he dicho a mi vecina que es usted el padre de un compañero de mi primo, que también cayó herido pero que no sobrevivió. Que vino a interesarse por él y viendo lo apurada que estaba, se ha ofrecido a cuidarlo mientras voy a trabajar... Espero que no le importe.

-En absoluto, señorita –le respondió divertido-. Es usted muy hábil.

-Y, ahora, se llama Genaro, no sé si se lo había dicho...

-Pues no, no me lo habían advertido ¡Genaro! Me parece perfecto –le confirmó riendo.

Capítulo 5

CUIDADOS INTENSIVOS

V

Se enfrentó a la fresca mañana ansiosa y preocupada con la posibilidad de encontrarse con Margarita. Desde que la guerra había estallado, no había vuelto a aparecer por allí, pero temía que lo hiciera, precisamente, aquella mañana. Los sindicatos se habían hecho cargo de la fábrica, sin que hubieran vuelto a ver a sus antiguos jefes. Aquello provocó un pequeño caos y buena parte del personal había dejado de acudir o lo hacía irregularmente. Algunas de sus compañeras, como Margarita, tampoco habían vuelto al trabajo.

Don Ulpiano se hizo dueño pronto de la situación. Comprobó que el herido seguía dormido y llevó la mecedora hasta la habitación, abrió su libro y comenzó a leer fumando su vieja pipa.

A las ocho en punto le hizo tomar la medicación con un vaso de zumo de naranja que la mujer había dejado preparado. El sevillano abrió los ojos y se quedó estupefacto al verlo allí.

- ¿Cómo se encuentra hoy, joven? –Le preguntó sonriendo cálidamente- No puede decirse que se le vea demasiado guapo, pero tiene mejor aspecto...

- ¿Don Ulpiano? –Preguntó sorprendido con un ronco susurro- ¿Qué hace aquí?

-Pues ya ve... me han incorporado a la causa –le respondió el hombre mostrándole la pastilla.

Se dejó medicar mansamente y consiguió beber casi medio vaso de zumo, después se dejó caer cansadamente sobre la almohada.

-¿Qué le han contado? –le preguntó al rato, sorprendiendo al veterano maestro que había vuelto a la lectura, pensando que estuviera dormido de nuevo.

-Pues verás, joven Carlos –le respondió recostándose en la mecedora-, la buena de Soledad acudió a mi habitación... ese amigo suyo la había puesto al corriente de su situación, explicándole que lo habían traído a la casa de esta pobre mujer para esconderlo de esa partida de rufianes y que necesitaban alguien que pudiera ayudarlos a estar en contacto con ella sin levantar sospecha... Y la muchacha pensó que nadie iba a prestar atención a lo que hiciera un viejo como yo.

-Me cameló asegurando que solo se fiaba de mí –le explicó tras una pausa-. Que no se atrevía a contárselo a nadie más... ¿Y qué iba yo a hacer? Pues venir a ver qué estaba pasando... ¿Cómo iba a perderme una historia como esta?

-Le aseguro que no es nada divertida, don Ulpiano –se quejó el joven.

-De eso estoy seguro, don Carlos, pero no podrá negarme que emocionante sí es...

- ¿Emocionante...?- replicó intentando esbozar una escueta sonrisa- ¿Cómo me sacaron de allí?

-No tengo ni idea, mi joven amigo- le aseguró-. Soledad no quiso darme detalles. Ignoro si ella lo sabía... pero estoy deseando enterarme. Esto es mejor que una de esas películas americanas.

Volvió a dormirse escuchando la socarrona risa del maestro, sin despertar hasta que le volvió a ofrecer un vaso de caldo. No quería dormir más, le asustaba aquella modorra invencible, pero no podía evitarlo, era un sopor y un cansancio insoportable. El dolor se había mitigado, salvo en la boca. Hablar, comer... se le hacía insufrible.

Estaba despierto cuando Eulalia regresó y le consternó la ansiedad con que la mujer lo miró. Para procurar tranquilizarla, se esforzó en sonreírle a pesar del dolor.

-Hola, Eulalia –le dijo-. Me alegro de verla.

Ella rio sorprendida y se volvió de inmediato hacia don Ulpiano.

-Está mucho mejor ¿verdad? –le preguntó ilusionada.

-Ya lo creo, hasta me ha hecho contarle cómo va la guerra –le confesó el

hombre, haciendo que la sonrisa de ella se incrementara.

Don Ulpiano se marchó, asegurándole que podría volver a contar con él la mañana siguiente. La mejoría que había advertido en su protegido la animó a poner la radio y se sentó a su lado para escucharla. Él se despertaba cada vez con más frecuencia y siempre la encontraba pendiente. Se esforzaba en sonreírle y ella se lo agradecía acariciándole la mano. Escucharon juntos el parte de las nueve, en que se ofrecieron animosas proclamas sobre la marcha de las batallas que se libraban a lo largo del país y se aseguraba la normalidad en todas las zonas controladas por el gobierno.

Se dispuso a volver a pasar la noche en la mecedora a pesar del dolor que sentía en todo el cuerpo después de aquellas dos noches pasadas en una cansada duermevela.

Cuando lo despertó para darle las medicinas, el sevillano descubrió su gesto de dolor al inclinarse sobre él. Mientras la mujer marchaba a la cocina, se esforzó en moverse hacia un lado para dejar libre parte de la cama.

-Eulalia, por favor, tumbese en la cama y descanse –le pidió procurando que su voz sonara animosa-. No vuelva a pasar la noche ahí sentada...

-De ninguna forma –rechazó ella-. Podría lastimarlo y...

-Si no lo hace, me obligará a levantarme y la verdad es que no me apetece en absoluto.

-Ni se le ocurra –le advirtió la mujer alarmada.

Sin embargo, con un evidente gesto de dolor, el joven hizo amago de incorporarse.

-Estese quieto, por favor –le pidió ella poniendo la mano en su hombro.

-No puedo permitir que siga sacrificándose así por mí -se quejó él-. O se acuesta o me levanto...

La amenaza acabó por convencerla porque descubrió determinación en sus ojos.

-Es usted tremendo, don Carlos –consintió finalmente, dejándose caer suavemente a su lado-. Pero seguro que aquí dormiré aún menos, temiendo lastimarlo.

A pesar de ello, agotada, no tardó en sumirse en un profundo sueño del que no despertó hasta que estaba ya amaneciendo. La cara no había

dejado de dolerle pero aguantó como pudo para no despertarla. Cuando abrió los ojos, tardó aun unos momentos en tomar conciencia. Entonces se alarmó y se volvió inmediatamente hacia él, que intentó sonreírle para tranquilizarla.

-Buenos días, Lali –le dijo apenas en un susurro-. Ahora sí me tomaría uno de esos calmantes...

-Maldito loco –exclamó ella, levantándose precipitadamente-. ¿Por qué no me despertó? Hace horas que debería haberlo tomado.

-Necesitaba usted descansar, Lali –se excusó-. Yo he estado bien. Me siento mejor...

La mujer le calentó un poco de leche y se sentó junto a él para hacerle tomar todas las medicinas. Cuando el calmante empezó a hacerle efecto, suspiró agradecido y se dejó llevar por el sueño.

Despertó cuando ella le lavaba el rostro con agua fresca. Se dejó hacer, agradeciendo la suavidad con que ella le trataba. Le reconfortó comprobar que podía ya ver algo con su ojo izquierdo, que empezaba tímidamente a asomarse bajo el tumefacto párpado.

Cuando don Ulpiano llegó, había vuelto a dormirse y la mujer le aseguró en un susurro que estaba mejorando mucho.

-Hizo usted muy bien inventando esa historia –le dijo al despedirla-. Ayer, cuando me marchaba, un par de mujeres me dieron el pésame al pie de la escalera.

- ¡Sabré yo lo cotillas que son! –le respondió con desenfado- Seguro que somos la comidilla de todo el barrio...

La despidió sonriéndole desde la puerta y después se acomodó en la mecedora para volver a velar su sueño. Seguía teniendo el rostro totalmente desfigurado y, aunque quizás se le viera menos inflamado, no advirtió la mejoría que la pobre Eulalia le había pregonado.

Sin embargo, pronto cambió de opinión. Absorto por la lectura, no advirtió que el sevillano lo estudiaba desde el lecho hasta que llegó la hora de la medicación.

-Caramba, joven, ha podido usted avisarme que volvía de los dominios de Morfeo...

-Se le veía entretenido en su lectura, don Ulpiano –se justificó-. ¿Qué está

leyendo?

-Pues... uno de sus libros –le respondió un tanto confuso-. Espero que no le moleste. Hoy he traído algunas de sus ropas y la joven Soledad ha incluido un par de ellos... me llamó la atención el título de este y no me he resistido a hojearlo...

El hombre le mostró su ejemplar de Chaves Nogales "La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja" y Carlos asintió cerrando los ojos complacido.

-Espero que le guste –masculló entre dientes-, a mí me encantó...

-Me está pareciendo muy ameno, divertido e instructivo –le confirmó sonriendo-. Mucho más estimulante que esos viejos clásicos que componen mi escueta biblioteca.

Carlos se mantuvo despierto un buen rato, conversando con el viejo profesor sobre literatura. Procuraba hablar lo menos posible, limitándose a preguntarle por los libros que más le gustaban de los que había leído. Era agradable escucharle hablar de ellos. Era un hombre sabio que, de los que él también conocía, le descubría aspectos que le habían pasado desapercibidos. Aunque el sueño acababa vencién­dole una y otra vez, sus ausencias empezaban a ser menos pesadas y largas.

-¿Ha conseguido enterarse cómo pudieron sacarme de aquella casa?- volvió a interesarse. Pensaba continuamente en ello cada vez que despertaba.

-Nada –rechazó el hombre-. Esa muchacha no suelta prenda. Y ese médico amigo suyo, tampoco. Asegura que, mientras menos sepa al respecto, más seguro estaré... Y vaya si me fastidia tanto secretismo. Cuando se recupere y se lo cuenten, le ruego que me ponga al corriente.

- ¿Vio a don Antonio?- se sorprendió- ¿Le dijo, al menos, cuánto tiempo piensa que tardaré en recuperarme?

-Pues sí, ayer mismo lo vi, ya le digo–le informó-. Soledad me pidió que me pasara por la tasquilla esa que usted frecuentaba, porque su paisano deseaba que le informara de cómo lo había encontrado... Aunque no quiso entrar en detalles, me aseguró que era optimista. Que era usted un tipo fuerte y que se recuperaría...

-Pero... ¿cuánto tiempo? –le insistió.

-Eso, no puede saberse, joven, depende solo de usted –le aseguró-. Me dijo que los huesos acabarán soldando más pronto que tarde... la mandíbula era lo que más le preocupaba... Y el daño cerebral, claro, pero

eso casi lo podemos descartar, vista su evolución.

Carlos cerró los ojos resignado. Tendría que tener paciencia, pero estaba deseando salir de allí para evitar seguir poniendo en peligro a Eulalia.

El cambio de guardia se efectuó con rapidez, pues el profesor aseguró que estaba hambriento.

-Tanto trasiego de calditos me ha abierto un apetito voraz –les informó-. Mis viejas tripas llevan rugiendo toda la mañana.

Eulalia lo despidió en la puerta, como siempre, agradeciéndole su ayuda. Como el día siguiente era viernes, le aseguró que el sábado no precisaría que acudiera, porque presentaría alguna excusa, para no ir a trabajar.

-Créame, señorita, no me supone ningún esfuerzo –le dijo-. De hecho, me agrada tener algo útil que hacer para variar. Aunque no vaya a trabajar, puede tomarse la mañana libre para irse a pasear y descansar un rato.

Los dejó solos sin que ella acabara de decidirse. Después de pasar aquellas dos mañanas ansiosa por estar junto a él, difícilmente renunciaría a velarlo el sábado.

Merendó escuchando el parte de las seis, mientras miraba a Carlos descansar. La voz del locutor aseguraba plena normalidad en Madrid y en todas las poblaciones controladas por la autoridad legítima de la República. Afirmando que funcionaban todos los servicios públicos, los comercios, los bares y los espectáculos.

La mujer negó pesarosamente con la cabeza. Ella... todos sabían que aquello era totalmente incierto. Ignoraba si era por especulación o por escasez, pero desde el inicio de la guerra las tiendas apenas mostraban género y los precios habían subido desmesuradamente. Según habían comentado algunas de sus compañeras, los milicianos y sus familias entraban en los bares y los restaurantes y se marchaban sin abonar la cuenta, aportando vales y pagarés de los sindicatos y de los grupos que nacían a su amparo.

Cuando acudió al lado del herido le sorprendió encontrarlo despierto y, al parecer, atento a la radio.

- ¿Cómo van las cosas? –le preguntó entre dientes- ¿Se ha acabado ya la guerra?

- ¡Ojalá, Carlos! –Le respondió sonriendo- Pero, de momento, parece que no... Dicen que la situación de los rebeldes es desesperada en su Sevilla, que ya no habla el general ese por la radio y que están preparándose para huir a Portugal... A ver si te coge despierto el de la noche y lo escuchas tú

mismo, que ya está bien de dormir, holgazán.

-Lo intentaré –le prometió asintiendo muy ligeramente con la cabeza-. ¡Estoy harto de dormir! ¿Por qué no me lees un rato?

- ¿Yo? –Se sorprendió la mujer- Ni lo menciones, Carlos... ¡si apenas sé!

-Ya será menos... y me entretendría...

Eulalia dudó un momento, mirándolo sonriente. Se decidió por fin, tomó el libro y acercó la mecedora. Pasó la tarde leyéndole "Crimen y Castigo". Lejos de lo que había asegurado, la mujer leía con soltura y muy buena entonación y Carlos pasó el mejor rato del que había disfrutado en mucho tiempo, sin que apenas se concediera un par de cortas cabezadas.

Consiguieron escuchar el parte juntos y en silencio. Aseguraban que la aviación republicana había batido a los facciosos en distintos frentes cogiéndoles abundante material de guerra y que las tropas organizadas por la Generalidad marchaban hacia Zaragoza.

También anunciaban la toma de un hotel en San Sebastián ocupado por fuerzas desleales, rindiéndose finalmente la ciudad al gobierno, marchando ahora las tropas hacia Vitoria, proclamando que el Gobierno era dueño de la situación en Santander, Gijón, Oviedo y Bilbao.

- ¿Será verdad? –le preguntó a Eulalia cuando el locutor finalizó su relato.

-Cualquiera sabe... -le respondió ella encogiéndose de hombros.

-Mintieron tanto al comienzo, que ya dudo todo lo que cuentan –reflexionó el sevillano.

-Lo único que quiero es que se acabe de una vez –concluyó ella-. Me da igual quién gane, lo mismo me van a dar...

Consiguió que tomara un vaso de caldo y otro de zumo con sus medicinas y lo miró sonriéndole cálidamente.

-Te vas a recuperar muy pronto, Carlos, ya lo verás –le dijo satisfecha.

Accedió a leerle de nuevo durante un rato antes de acostarse. Ella intentó volver a dormir en la mecedora, pero él se negó con rotundidad, esforzándose en hacerle sitio. La mujer acabó cediendo, tumbándose a su lado. Carlos tomó su mano y, con esfuerzo, la llevó hasta sus labios y la besó suavemente.

-Gracias, Eulalia. Te debo la vida. Otra vez.

-Si te duele, me despiertas –se limitó a responder, sonriéndole, antes de darle la espalda.

Don Ulpiano fue aquella mañana y también el sábado. Don Antonio Cano le había dicho que le pidiera a la mujer que pasara por el hospital para poder hablar con ella sin peligro.

El mismo martes se habían presentado tanto en el hospital, como en la herrería y la pensión. Pero no consiguieron nada. Don Antonio se mostró amable con los dos personajes que comparecieron en su despacho, mostrándose sorprendido con sus preguntas. Ignoraba si alguien en el hospital le había traicionado, pero se limitó a negar que su amigo hubiera estado allí. Reconoció que le habían comentado la detención de Carlos, pero aseguró que desconocía cualquier otra circunstancia al respecto.

- ¿Y dónde estuvo ayer por la tarde? –le preguntó uno de los tipos con una media sonrisa helada que dejaba ver un horrible diente dorado.

- ¿Por la tarde?... pues me marché caminando hasta casa y allí estuve –le respondió de inmediato-. Tomé alguna cervecilla por el camino... hacía calor.

No se dejó amilanar por las miradas de aquellos dos a pesar de la inquina con que lo escrutaban. A pesar de ello, cuando se marcharon, se permitió dejar escapar un profundo suspiro mirando a su compañero, el doctor Ignacio Rodríguez, que, afortunadamente, no lo había dejado solo.

En la herrería habían tenido aún peor suerte. Esteban había marchado temprano a ponerse a las órdenes de Rogelio y nada sabían de él cuando aparecieron. Doña Gracia, en la pensión, poco pudo aclararles. Soledad no le había contado nada y, cuando los vio aparecer, se escondió de ellos. La mujer los acompañó a la habitación del sevillano sin poner objeción y los despidió en la puerta sin haberse llegado a enterar muy bien qué pretendían. Incluso se atrevió a preguntarles si lo dejarían volver pronto. La miraron enojados, pero su inocente expresión acabó por convencerles.

-Muy pronto –le respondió uno, haciendo una mueca a su compañero-. Antes de lo que él piensa.

En el barrio, atentos todos tras los últimos incidentes, andaban con absoluta cautela, mirando sobre el hombro y por las esquinas. Descubrían fulanos sospechosos a cada instante, pero nunca volvieron a ver a aquellos dos tipos.

Eulalia apareció puntualmente y fue cálidamente recibida por el médico que le estrechó la mano con cariño. Lo puso al corriente de la evolución de

Carlos y se congratuló por su evidente mejoría.

-Se queja mucho del brazo y del pecho cada vez que se mueve –le informó-. Y de la boca...

-Esas dos costillas rotas le van a doler durante un tiempo –le explicó-. El brazo no me dio tiempo a explorarlo, pero no creo que esté roto... Algún ligamento, supongo. En cualquier caso, si el cerebro le funciona, todo lo demás sanará con el tiempo. La mandíbula es la que tardará más. Procure que hable poco y puede empezar a darle papillas cuando pasen unos días... ¿Podrá hacerlo?

-Me las apañaré –le aseguró-. Nunca tuve niños... ya era hora.

-Es usted genial, Eulalia –celebró el médico después de soltar una carcajada.

La despidió en la puerta del despacho. Le hubiera gustado invitarla a tomar un café, pero no se atrevía a dejarse ver con ella. Le deseó suerte y le pidió que dijera a Carlos que todos estaban pendientes de él y deseando verlo. Le había entregado una bolsa con comida y con una botella de vino, obsequio de Samuel.

Cuando regresó a casa, Eulalia se quedó estupefacta al encontrar a Carlos sentado en la mecedora. Se había afeitado y aseado a conciencia y se había vestido con ropa de calle. Tenía buen aspecto. La inflamación del rostro iba cediendo, dejando en su descenso un llamativo rastro púrpura.

-Pero... ¿Te has vuelto loco? –Le recriminó ella- ¡Puedes empeorar! Y usted ¿Cómo lo ha permitido?

-No te enfades, Lali –le pidió suavemente-. Estoy mucho mejor y estaba harto ya de estar tumbado como un inútil. Lo he hecho todo despacio y con cuidado y don Ulpiano me ha ayudado...

Después de mirarlos con desazón, se metió en la cocina para repartir las viandas que le había entregado el doctor y las que ella misma había conseguido camino de la casa. Los dos hombres se miraron divertidos después de la reprimenda y don Ulpiano, tras dejar pasar unos minutos, aprovechó para despedirse.

-Viendo que ya no son necesarios mis cuidados, será mejor que me marche –le dijo en el umbral de la escueta cocinilla- A menos que usted mande alguna cosa...

-No, puede usted irse, don Ulpiano –le respondió ella ya con voz serena-

Perdone por lo de antes... es que me ha sorprendido verlo levantado.

-No se preocupe, Eulalia –la disculpó de inmediato el hombre-. Cualquier reprimenda suya, siempre será justificada.

-No creo que sea necesario ya que venga a cuidarme –intervino Carlos-. Creo que podré sobrevivir solo durante unas horas...

Lo miraron ambos sorprendidos y, después, Eulalia se limitó a encogerse de hombros.

-En cualquier caso, el lunes, si me lo permiten, volveré temprano –propuso el maestro-. Al menos, para comprobar que siguen bien y poder informar de ello a su equipo médico.

-Usted siempre será bienvenido a esta casa, don Ulpiano –le aseguró la mujer con una sonrisa, acompañándole hasta la puerta y despidiéndole agradeciendo su ayuda.

-Bueno, aunque te hayas levantado sin esperar la autorización del médico, tu amigo me ha encomendado que hables lo menos posible porque, si no, nunca se te curará la mandíbula ¿Serás capaz de hacer eso al menos?

Iba a responder, pero se calló a tiempo, limitándose a asentir con la cabeza, llevando la mano al pecho. Ella no pudo evitarlo y comenzó a reír mientras volvía a la cocina, explicándole desde allí todas las novedades que le había dado don Antonio.

La noticia de que Esteban había regresado al frente, consternó al sevillano.

-Ese joven es fuerte y listo, Carlos –le intentó reconfortar ella-. Ya verás como sabe cuidarse bien.

Sin embargo, una sombra de pesar había caído sobre el sevillano que lo dejó profundamente preocupado.

Cuando don Ulpiano regresó el lunes, comprobó que, realmente, ya no sería necesario que volviera a cuidar de él. Aún con dolores, podía desenvolverse relativamente bien en la casa. En cualquier caso, haciéndole compañía durante toda la mañana, esperó el regreso de la mujer para poder despedirse de ella.

-Ciertamente, nuestro joven amigo ha mejorado lo suficiente para poder dejarlo solo –le dijo cuando Eulalia llegó-, pero no he querido marcharme hasta poder reiterarle lo mucho que todos le agradecemos lo que está haciendo por él y asegurarle que ha sido un auténtico placer conocerla. Y ya sabe que me tiene a su disposición... cualquier cosa que necesite, no

tiene más que pedirla.

Tras la marcha del viejo maestro, la vida de Carlos se limitó a esperar los regresos de Eulalia. La mujer volvía a mediodía para comer con él. Ella, consciente que acabarían enterándose, se había decidido a anunciar en la fábrica que tenía bajo sus cuidados a un primo del pueblo, herido en el frente. Alguna compañera le ofreció inmediatamente su ayuda, pero ella pudo rechazarla gracias a la presencia de don Ulpiano, cuya supuesta historia también relató con lujo de detalles. Aquello le dio cobertura para acudir a mediodía y pasar el tiempo de la comida con él, dado que la casa distaba apenas unos minutos de la fábrica.

Los primeros días pasaban tan lentos como sus propios movimientos. Cuando ella se marchaba, permanecía en la cama aprovechando el relativo frescor de la mañana. Pero al volverse el calor asfixiante, se levantaba, se aseaba y se refrescaba antes de sentarse en la mecedora, donde dejaba pasar el tiempo. Releer sus novelas, sin la voz de Eulalia, no tenía gracia y se entretenía con las que la mujer atesoraba en su casa. Pero eran de un amor cursi y tedioso que lo acababan cansando muy pronto. Se arrepintió de haber despedido al profesor porque empezó a echar tremendamente de menos sus interesantes conversaciones.

Comía con Lali. Cuando llegaba se afanaba en triturarle los alimentos para evitarle masticar. Pero, de esa forma, se convertían en aburridos e insípidos. Volvía a tumbarse cuando ella se marchaba y procuraba sobrevivir al calor de la tarde ahorrando cualquier tipo de movimiento. Solo se animaba cuando la mujer regresaba y la escuchaba charlar mientras jugaban a las cartas.

Las noches suponían para él un compromiso cada vez mayor. A medida que mejoraba, más intensa era la reacción de su cuerpo a su proximidad y aquello lo incomodaba sobremanera. Procuraba retrasarse al ir a la cama deseando encontrarla dormida. En las ocasiones en que la encontraba despierta tenía que esforzarse para controlarse y, cuando no lo conseguía, intentaba disimular. Pero nunca estaba seguro de conseguir su propósito.

Casi siempre estaba ya despierto cuando ella se levantaba. El dolor de la mandíbula y del brazo se hacían especialmente crueles al amanecer y lo arrancaban despiadadamente del sueño. No obstante, fingía seguir dormido para evitar hacerle perder tiempo con sus cuidados. Tampoco podía evitar espiar a la mujer cuando se vestía. Le hacía sentir mezquino aquella pequeña traición, pero acababa inevitablemente abriendo los ojos para observarla.

Al principio, ella, pudorosamente, tomaba sus ropas y se encerraba en el aseo. Sin embargo, seguramente confiando en su fingido sueño, acabó cambiándose en la propia habitación. La imagen de su cuerpo cuando se deshacía del sencillo camisón, lo perseguía después durante todo el día.

No tenía una silueta exuberante, pero la sencillez de sus formas lo fascinaba y hacía que todo su cuerpo se enervara.

Pasaban los días y sus heridas se aliviaban con rapidez. La inflamación del rostro descendía y el dolor del costado no era ya tan lacerante. Solo el brazo y la mandíbula parecían haberse estacionado y seguían mortificándolo. Y una terrible jaqueca que aparecía de improviso y que lo dejaba completamente postrado durante muchos minutos.

Pasaban también las noches y Eulalia pareció acostumbrarse a su compañía porque ya no guardaba ese cuidado exquisito en evitar su cuerpo que mostraba los primeros días. Su sueño se volvía más inquieto y, en no pocas ocasiones, acababa adosada a él, transmitiéndole un calor que le hacía pensar que pudiera estar enferma.

La noche del sábado ocho de agosto, la mujer lo esperó despierta. Habían pasado todo el día juntos, salvo el pequeño rato en que ella salió para buscar el hielo con que seguía cuidando sus heridas por encargo de don Antonio. Se lo colocaba, envuelto en una toalla, tanto en el rostro como en las costillas fracturadas. También les servía, después, para refrescar el agua. Aquel día, él se había sentido especialmente animado y se había atrevido a intentar cocinar una paella en una gran sartén que Eulalia pidió a su vecina. Con un muslo de pollo y unos trozos de carne de cerdo consiguió que tuviera un aroma y un aspecto muy apetitoso. Añadió algunos garbanzos, explicándole que así se preparaba en Alicante, según le había enseñado una amiga de sus padres, natural de Jijona.

Fue un auténtico éxito y él se atrevió a comerla en pequeñas cucharadas, desmenuzando la carne y destripando los garbanzos. El vino que le había enviado Samuel fue el contrapunto perfecto.

Durmieron juntos la siesta y estuvieron charlando un buen rato en la cama, muy juntos. Después pasaron la tarde jugando a las cartas hasta que llegó la hora del parte de las nueve que escucharon con atención a pesar de que nada nuevo aportaba. Las victorias continuaban cayendo del lado gubernamental, asegurando que la rendición estaba próxima. A pesar de ello, la guerra no acababa.

Después, se demoró como siempre en la mecedora, simulando leer una novelilla y esperando que ella se durmiera. Sin embargo, cuando ya se había acostado, Eulalia se volvió hacia él y lo miró con sus enormes y brillantes ojos antes de rozarle dulcemente los labios haciendo que se le erizara toda la piel. Un momento después comenzó a esparcir un reguero de cálidos besos por todo su cuerpo. Solo cesó cuando descubrió la evidencia del placer que le habían producido sus labios y el deseo que había estado acumulando por ella durante todos aquellos días.

Lo amó despacio, muy suavemente, de una forma completamente nueva para él. Cada vez que intentaba tomar la iniciativa y participar en aquel sensual juego, ella le colocaba la mano en el pecho y lo obligaba a tumbarse, susurrándole que no podía hacer ningún esfuerzo.

-Y, sin embargo, no dejo de hacerlos –le aseguró, haciendo que, tras un momento, la mujer comenzara a reír desmadejadamente sobre él.

Todo cambió desde aquella noche. Eulalia aprovechaba cualquier momento para besarlo y acariciarlo y él no podía apartar los ojos de ella. Le hacía el amor continuamente, evitándole cualquier movimiento brusco y todos los esfuerzos que no fueran los indispensables para el placer, inventando infinidad de nuevos juegos en la exhaustiva exploración de sus cuerpos desnudos.

Ahora, cada mañana, Carlos la contemplaba abiertamente mientras se vestía y ella le mostraba su cuerpo con evidente satisfacción. No veía el momento de irse, demorándose a su lado cuanto podía y regresando desde la puerta una y otra vez para besarlo. Y, cuando por fin se marchaba, dejaba al sevillano tan abatido que pareciese que la hubiera perdido para siempre.

A medida que su estado mejoraba, aquel pequeño piso se iba convirtiendo en una jaula ardiente y asfixiante. Sin otra cosa que hacer que leer y escuchar los escasos programas de radio, acabó ocupándose de la limpieza de la escueta vivienda y de la comida, dedicándose a triturar con paciencia sus propias raciones a la expectante espera de su regreso. Mil veces estuvo tentado de salir a la calle, pero le refrenaba la posibilidad del daño que podrían hacerle a ella si alguien acababa reconociéndolo.

Ya apenas precisaba medicación, porque el dolor, salvo en contadas ocasiones, era ciertamente soportable. Solo las cada vez más esporádicas jaquecas y algunas ocasionales punzadas en la mandíbula le obligaban a tomar algún calmante. El brazo solo dolía al amanecer y cuando llevaba a cabo algún movimiento reflejo.

Era completamente feliz al lado de Eulalia, pero aquella felicidad también tenía sombras. Mientras estuviera a su lado, estaría poniéndola en peligro y aquello lo angustiaba. Ansiaba recuperarse de una vez para poder salir de aquella casa y escapar de aquella maldita ciudad.

-Nos iremos a Sevilla –le decía por las noches-. Buscaremos una casita cerca de la mis padres y viviremos allí tranquilos para siempre. Me dejaré de tonterías y trabajaré en los bares y ganaré lo suficiente para que podamos salir adelante y podamos tener hijos.

-Yo soy muy mayor ya para tener niños –le rebatía ella-. Ese tiempo se

me pasó...

-¡No digas tonterías, Eulalia! La mujer es fértil por lo menos hasta los cuarenta años...

-Pero yo ya voy de camino...

-Pues, por eso, tenemos que darnos prisa –le decía, atrayéndola hacia él, haciendo que la mujer riera con ganas.

Capítulo 6

LA BOMBA

VI

Don Antonio Cano apareció el sábado siguiente en la casa acompañado de su mujer. Aquella visita, por inopinada, los dejó completamente aturcidos.

-¡Don Antonio! –Se sorprendió el sevillano cuando Lali los hizo pasar.

-¿Cómo estás, amigo? –lo saludó el médico con una sonrisa, ofreciéndole a la mujer una bolsa que ella llevó al dormitorio.

-¿Cómo es que ha venido? –Le preguntó- Han podido seguirle...

-No lo creo, chaval –Lo tranquilizó-. Yo creo que ya se han olvidado de ti. Bastantes problemas tienen... hace días que no vemos ya a nadie sospechoso por el barrio. Además, acompañado por Lidia, lo que menos podrían imaginar es que vamos a visitar a un prófugo.

Lo examinó durante un buen rato, sin dejar de referirle todos los parabienes que le enviaban sus amigos.

-Ha hecho un buen trabajo, Eulalia –la felicitó por fin, sentándose satisfecho-. Ha mejorado mucho. Pienso que en unos días podrá ya librarse de él.

-Bueno, él realmente no me molesta –le aseguró ella, intentando disimular la sorpresa que le causó el anuncio-. Es un buen muchacho. Se porta muy bien y procura no molestar... ¡Me he acostumbrado ya!

-¡Ya veo! –Le respondió el médico tras un momento, después de mirarla suspicaz- Sí, sin duda nuestro Carlos es un buen muchacho... Pero no debe usted exponerse más de lo necesario. Salvo por la mandíbula, las fracturas del rostro creo que ya están consolidadas. Las costillas, también... Así que, cuando se acabe la inflamación de la cara y no llame la atención, le pondremos un cabestrillo y procuraremos buscarle algún otro

sitio donde guardarlo hasta que encontremos la forma de sacarlo de Madrid.

Un corto pero espeso e incómodo silencio siguió a la decisión del médico.

-La verdad es que tienes mucho mejor aspecto del que había imaginado –intervino Lidia-. Antonio me había descrito que estabas...

-Lo estaba, señora –le aseguró Carlos, sonriendo-. Los cuidados de Lali han obrado el milagro.

-Debe ser eso –le devolvió ella la sonrisa-. Porque se te ve muy bien. Con el miedo que habrás pasado...

-Eso sí que no se lo puede ni imaginar...

-No sé si te has enterado –terció ahora el médico-. Como casi siempre tú has ido de adelantado... lo que te pasó a ti se ha vuelto costumbre en Madrid en estos días. Han proliferado las patrullas nocturnas y las detenciones se han multiplicado. Las afueras de la ciudad, cada amanecer, aparecen llenas de cadáveres... Al pobre Jacinto Pellón no hemos vuelto a verlo. Anda escondido, asustado, según me aseguró su esposa cuando me interesé por él.

-Pero ¿está bien? –se alarmó Carlos.

-Bien, obviamente no –le respondió-. Pero está vivo al menos y por el momento. Ha habido otros que no han tenido tanta suerte...

- ¿Y Esteban, don Antonio? –se apresuró a preguntarle ansioso. Acababa de recordar que había marchado al frente y se sintió mal, al no haberse interesado por él- ¿Sabe algo de él?

-Que sigue vivo, que ya está bien –le respondió con gravedad-. ¡Al menos, hasta la última vez que apareció por su casa! Anda en un batallón de esos, uno de socialistas, pero no sé cuál es... les han puesto nombres tan absurdos... ¡Tan pretenciosos!

- ¿Han puesto nombre a los batallones? –se sorprendió el joven.

- ¿Qué si les han puesto nombres? –rio ahora don Antonio- “Los lince de la República”, “Los leones rojos”... no sé qué de Espartaco... una auténtica estupidez...

-Y... ¿Cómo se dice que va la guerra, don Antonio? –Le preguntó- Pero de verdad... los partes de la radio son todos iguales y parece que va a acabarse al día siguiente... Supongo que don Higinio tendrá una idea más

real de lo que está pasando...

-Mal, Carlos, mal –le dijo lacónicamente-. A pesar de lo que diga la radio y de lo que aseguran los derechistas, que están seguros que el gobierno caerá en breve, don Higinio piensa que se va a hacer larga y dura. Los bloques se han estabilizado, como aquí mismo, en la Sierra... Los sublevados hubieran fracasado de no ser por la aviación alemana e italiana, que han transportado el grueso del ejército de Marruecos a la península. Con ese respaldo... El gobierno controla la armada, pero la mayoría de los mandos han sido depuestos o ejecutados y, sin ellos, poca efectividad tiene. Hubieran bloqueado el paso de las tropas por el Estrecho, si no hubiera sido por los aviones... Se pelea en todo el país. Unos y otros bombardean las ciudades. Eso nunca había pasado, Carlos. Nunca se habían atacado las retaguardias llenas de civiles, pero ahora se está haciendo con saña... Los sublevados ganan terreno. Queipo está ampliando su dominio en Andalucía y el ejército que venía hacia Madrid, al mando de un tal Yagüe, se desvió hacia Extremadura. Tomaron Almendralejo y Mérida y después se encaminaron a Badajoz. La batalla, al parecer, ha sido encarnizada, pero el gobierno ha acabado perdiendo la plaza también y las represalias de los legionarios han sido de una ferocidad que no quiero ni imaginar... Los políticos y los mandos huyeron a Portugal, pero miles de milicianos han caído en las calles, en combate o fusilados. Una sangrienta escabechina, Carlos... Y ahora vienen hacia Madrid.

Todos, espantados, miraban al médico mientras les narraba la verdadera historia de la guerra, tan alejada a la panfletaria propaganda radiofónica.

-Los miles de extremeños que llegan a Madrid huyendo de la guerra –continuó don Antonio-, cuentan atrocidades de los legionarios y de los moros... vienen aterrados, aunque supongo que también habrá que contar con que puedan estar exagerando... Me temo que son imparables e implacables y que, mientras más cara se le plante, más cruel será la represalia.

-Pero, don Antonio, la radio dice que se les está frenando... incluso que se les hace retroceder –protestó el joven-. Que el ejército republicano...

-Mentiras, Carlos, mentiras –le aseguró-. El ejército africano es profesional, bien pertrechado, con mejor artillería y apoyado por la aviación alemana e italiana. Están entrenados... Plagado incluso de mercenarios marroquíes... ¿Qué resistencia le pueden oponer unas milicias de voluntarios, sin disciplina ni formación militar?

-Entonces... usted cree que Madrid...

-Yo no creo nada, Carlos –le interrumpió el médico-. Yo no tengo ni idea. Pero don Higinio asegura que la guerra será dura y larga, ya te lo he

dicho. Que los mandos republicanos acabarán imponiendo la cordura en sus tropas y conseguirán, con la ayuda de los rusos, organizar por fin un sólido ejército que les haga frente... Lo que no sabe es si conseguirán hacerlo a tiempo de salvar Madrid... Los de derechas están convencidos que no, que la ciudad caerá en breve. De hecho, están intentando allanar el camino desde dentro... "La quinta columna" les llama Queipo en esas disertaciones de radio que hace desde Sevilla. Se apostan en ventanas y azoteas y disparan a la gente en la calle. Hay quien dice que son una invención de las autoridades para justificar las continuas detenciones nocturnas, pero yo sé de, al menos, tres casos de "pacos" reales...

- ¿"Pacos"? -Se extrañó Eulalia- ¿Qué es eso?... ¿Por qué "Pacos"?

-Es por el sonido de los disparos -le explicó el médico sonriendo-. "Pa... co"... así dicen que suenan... Flaco favor está haciéndoles ese jodido general a los derechistas de Madrid.

La visita fue corta y el médico y su esposa se despidieron pronto de ellos, sin aceptar el vaso de vino que ella les ofreció.

-¿Cómo me sacaron de allí, don Antonio?- le preguntó cuando anunciaron que se marchaban.

-Es una larga historia, Carlos... -le respondió sonriendo-. Ya tendremos tiempo de disfrutarla cuando podamos tomarnos un chatito de vino.

-¿Y cuándo será eso? Me encuentro bien y estoy deseando poder salir a la calle...

-Calculo que en una semana más o menos, estarás ya bien, chaval -le dijo cuándo se despedían en la puerta-. Entonces volveré a buscarte para poder dejar tranquila a esta buena mujer.

Cuando el doctor y Lidia se marcharon dejaron a los jóvenes en silencio, rodeados de infaustos presagios. El miedo había aparecido en sus vidas por primera vez. Ya no era ese miedo latente a que pudieran sorprenderlo. Era ahora un miedo real y cercano e inevitable. El miedo de la guerra que se acercaba. Una cosa eran las batallas en la Sierra, los disparos entre dos bandos armados y otra, muy distinta, era la destrucción y el caos. El bombardeo sobre aquella loca y maravillosa ciudad y la masacre corriendo por sus calles, haciendo que la muerte campara libremente por ellas. Carlos recordó entonces el estruendo de la artillería en el asalto al cuartel y se estremeció ¡La guerra en Madrid!

-No quiero que te vayas -le pidió entonces ella, rompiendo aquel espeso silencio.

Absorto en sus aciagos pensamientos, no se había dado cuenta de que la mujer lloraba. Los ojos le brillaban más que nunca y todo su cuerpo se estremecía al son de sus sordos sollozos. Le sonrió y la estrechó en un fuerte abrazo, besándole aquel pelo que siempre olía a jabón. Ella era lo único limpio que quedaba a su alrededor.

-Tengo que hacerlo, Lali –le susurró-. Don Antonio tiene razón, no debo exponerte más de lo necesario. Me moriría de dolor si te pasara algo...

-Me da igual lo que me pase –insistió ella, con su voz entrecortada por el llanto-. No quiero perderte. No quiero volver y que ya no estés. No podría soportar más esta casa vacía. No encontrar tu sonrisa cuando entro y quedarme sin todos esos besos que me das... No, Carlos, no te vayas ¡Por Dios!

-No me perderás, tonta –intentó tranquilizarla-. Vendré a verte siempre que pueda. Ya no podrás librarte de mí... Pero hemos de ser cautos. Hemos tenido suerte hasta ahora ¡Mucha suerte! No la tentemos más de lo necesario...

Le alzó la barbilla y le acarició el rostro empapado. La besó despacio, con dulzura, y ella se ciñó a él con toda la fuerza de sus delgados brazos. Comiéndose el dolor, la levantó en su abrazo y la llevó hasta la escueta cama, donde se amaron hasta que el sueño acabó rindiendo sus deseos y sus miedos.

La noche del veintisiete escucharon las primeras bombas. Estaban jugando a las cartas, a punto de ir a dormir, cuando la primera de ellas atronó la noche de Madrid. Eulalia lo miró aterrada, buscando en sus ojos alguna explicación que la tranquilizara. Pero el sevillano estaba tan sobresaltado como ella. Se limitó a tomar las manos que le tendió sobre la pequeña mesa.

No les había dado tiempo aun a reaccionar cuando una nueva explosión los hizo volver a estremecerse. Espaciadamente, le siguieron varios más, ni siquiera los contaron. Se abrazaron junto a la puerta, sin atreverse a salir, esperando, temiendo que alguna pudiera caer sobre ellos.

-Ya están aquí, Carlos –gimió ella-. Ya han llegado.

-No, no lo creo –rechazó el sevillano, intentando inútilmente tranquilizarla-. Nos habrían avisado... Se habrían escuchado disparos... Deben ser los aviones. Los bombardeos a que se refirió don Antonio.

-¿Qué nos va a pasar, Carlos? –le preguntó entre sollozos ahogados en la camisa del joven.

-Nada. No nos pasará nada. No te preocupes. Los pararemos. Impediremos que entren.

- ¿Impediremos? –Eulalia lo miró ahora con ojos espantados- ¿Qué quieres decir?

-Voy a unirme a ellos, Eulalia –le dijo intentando sonreír-. Hasta ahora, esta no era mi guerra. No podía respaldar a quienes han querido matarme, pero no voy a permitir que esa gente entre en Madrid, porque tú estás aquí. Por toda la gente inocente que moriría si lo hicieran...

- ¡No, Carlos, tú no! –Le imploró la mujer abrazándose a él- Tú no puedes dejarme sola. No quiero que te maten...

-No lo harán. No te preocupes. Pero no puedo quedarme más tiempo al margen. Ya no.

Se quedaron abrazados, escuchando el revuelo que se había formado en la casa. Las voces nerviosas y atolondradas de los vecinos hablando con urgencia. Preguntándose unos a otros qué estaba pasando.

No hubo más explosiones y, poco a poco, la ciudad fue volviendo a recobrar el silencio y el sueño. También ellos acabaron por tumbarse en la cama, donde Eulalia volvió a abrazarse a él, como intentando evitar que se marchara. Pero no conseguían conciliar el sueño.

- ¿Cuándo te irás? –le preguntó, hablando por primera vez desde que él le anunció su decisión y ella comprendió que no podría hacerle cambiar de parecer. En su fuero interno sabía que su marcha era inevitable y también necesaria.

-Dentro de dos días –le respondió con la mirada clavada en el techo-. Cuando venga don Antonio...

Volvieron a guardar silencio. Desde que el médico se marchó, cinco días antes, ella había estado intentando convencerle de que se quedara, asegurándole que estaba dispuesta a afrontar cualquier riesgo con tal de tenerlo a su lado. Pero él se mostraba inflexible. No iba a arriesgarla más de lo estrictamente necesario.

-Tengo que irme, Eulalia –le decía una y otra vez-. Quedarnos aquí no es solución. Tengo que salir y buscar la forma de poder huir de Madrid. Cuando lo tenga todo preparado, volveré a por ti.

Había asumido su marcha. Pero solo su marcha temporal. Estaba dispuesta a esperar lo que hiciera falta para poder estar con él para siempre. Sin embargo, ahora era distinto. Él no se marchaba para preparar su huida. Se marchaba para luchar en el frente. Y para morir en

él. Estaba convencida que no volvería a verlo que, quizás, ni siquiera pudiera enterarse de su muerte. Un soldado anónimo. Sin familia. Nadie se preocuparía por buscarla a ella para hacérselo saber.

Se habían amado apasionadamente aquellos pocos días. Azuzados por la angustia de su próxima separación. Excitados por la agonía de que pudiera ser definitiva, pasaban el día besándose y abrazándose. Acariciándose, mirándose, procurando guardar la memoria de sus cuerpos, de sus ojos, para siempre.

El viernes amaneció luminoso, radiante y caluroso, ignorante de la tragedia que se había cernido sobre la ciudad unas horas antes y Carlos pasó la mañana esperando, ansiosamente, el regreso de Lali para que le ofreciera noticias.

La mujer llegó pronto, completamente exaltada. Había sido, efectivamente, un avión el causante del bombardeo y había arrojado su carga sobre el Ministerio de la Guerra y sobre la Estación del Norte, provocando grandes destrozos y la muerte de un hombre además de varios heridos. Había atacado primero los aeropuertos de Getafe y Cuatro Vientos y acosado a las tropas desplegadas en la sierra. Después había volado sobre Madrid. La ciudad estaba histérica y la gente ya aseguraba que los moros estaban a las puertas. En la fábrica, las compañeras habían estado relatando las atrocidades que les hacían a los civiles cuando entraban en los pueblos y ciudades que encontraban a su paso, sobre todo si oponían resistencia. Especialmente a las mujeres. Contaban que no solo las violaban, sino que les hacían todo tipo de salvajadas sexuales. Ella estaba aterrada y, aunque él se negó a creerlas, no se atrevió a tranquilizarla. Ya empezaba a no dejarse sorprender por nada de lo que pudiera suceder en aquella odiosa guerra.

En el parte de esa misma tarde ya se empezaron a difundir las instrucciones a la población de cómo actuar en caso de bombardeo. Se les conminaba a encerrarse en los sótanos o a refugiarse en las bocas del metro y a no encender las luces de las viviendas, advirtiéndoles que las calles permanecerían a oscuras para ocultarse a los asesinos del aire.

Aquello acabó por desanimarlos por completo. Si ya en la propia radio, tan triunfalista hasta entonces, se difundían aquellas advertencias, era evidente que no se sentían capaces de evitar más bombardeos, de plantar cara y parar la ofensiva de los golpistas. Se asumía que Madrid iba a sufrir. Y Carlos empezó a desear ansiosamente que don Antonio fuera a buscarlo. Quería participar ya, ayudar a defender la ciudad. Proteger a Lali. Pero no se atrevía a desobedecer sus instrucciones. Sabía que, cada vez que había actuado por su cuenta, había provocado una catástrofe.

La mañana del sábado, Eulalia salió a buscar alimentos. Los suministros escaseaban en las tiendas y los sindicatos habían montado almacenes

para atender a sus afiliados. Ella también pertenecía a la UGT, pero, a veces, ni aun así conseguía obtener provisiones. Don Ulpiano había seguido visitándolos en ocasiones, llevando, poco a poco, hasta el piso casi todas las pertenencias de Carlos, por lo que el joven contaba con el dinero que había ocultado en sus botas y, gracias a ello, podían adquirir pan, queso y leche a los especuladores. También le había llevado sus novelas y algunas otras que le había pedido que comprara a doña Pepita. Hacía ya varios días que el maestro no aparecía por la casa. Supuso que no quería exponerse a los francotiradores que había mencionado don Antonio.

Quedó esperándola, sentado en la mecedora, leyendo un ejemplar de "Historia de dos Ciudades" de Dickens, pero apenas podía concentrarse en la lectura. Se cumplía el plazo que don Antonio les había dado y aguardaba a que, de un momento a otro, se presentara a buscarlo. En su mochila tenía un escueto equipaje ya preparado para la ocasión.

Escuchó, de pronto, una detonación que lo hizo incorporarse apresuradamente de la mecedora. No había sido como los de aquella noche, pero había sonado cerca. Con disimulo, escudriñó por la ventanilla, aunque no distinguió nada en los alrededores. Al cabo de unos minutos, volvió a su mecedora y a la lectura.

La inopinada llamada a la puerta lo sobresaltó. Era una llamada urgente, pero suave. Pensó que se trataría, por fin, de don Antonio, pero entonces cayó en la cuenta que todo el pasillo estaba lleno de alteradas voces que la abstracción en sus pensamientos le había estado silenciando. El miedo empezó a apoderarse de todo su cuerpo y, tras un momento, se dirigió a la habitación dispuesto a huir por la ventana. Prefería caer desde allí, antes de quedar de nuevo en manos de aquella gente.

La llamada volvió a repetirse y comprendió que los suaves e insistentes golpes eran demasiado distintos a los que atronaron su puerta aquella noche. Esos rufianes habrían derribado la débil hoja de madera o la habrían aporreado lanzando insultos y amenazas. Un mal presagio lo invadió entonces y, lentamente, se acercó a la puerta para abrirla. Descubrió tras ella a una mujer que lo miraba compungida. Varios rostros curiosos se asomaban tras ella. Solo dijo una palabra. Y aquellas cuatro letras le reventaron el corazón.

-Lali... -dijo, torciendo ligeramente la cabeza a la vez que dos gruesos lagrimones comenzaban a correr por sus mejillas.

Carlos la miró un instante sorprendido. Después, salió de la casita haciendo que ella se apartara y miró a todos los que la rodeaban, buscándola entre ellos a lo largo de todo el pasillo. Pero Lali no estaba allí. Empezó a bajar por la escalera, muy despacio, mirando a cuantos se cruzaban con él. Pronunciaba su nombre cada poco, con una leve

entonación interrogativa, pero nadie le respondía. Algunos se limitaban a bajar la mirada. Otros se la sostenían con un doloroso brillo en sus ojos.

Llegó a la calle del Sombrerete como sonámbulo, musitando su nombre una y otra vez. Nadie tuvo que indicarle el camino. Había gente que subía corriendo desde Lavapiés. Cuando llegó hasta allí, la mañana se había llenado de gritos y urgencias que antes no había escuchado. Veía ahora a hombres que cargaban con personas ensangrentadas y otros que le empujaban al pasar corriendo a su lado. Él los imitó. Corrió tras ellos, sintiendo como el corazón galopaba en su pecho y un dolor insondable le atenazaba el vientre y la mente.

Llegó por fin. A los pies de un edificio destrozado, un nutrido grupo de personas se afanaba alrededor de varios cuerpos yacentes. Cruzó entre ellos, musitando su nombre como una lastimosa letanía. La descubrió un poco apartada, sola. Ignorada por todos. Tendida sobre el cálido adoquinado de la calle. Deseó irse de allí, correr, huir, no enfrentarse con aquello. Sin embargo, se acercó lentamente, sintiendo como sus ojos ardían y parecían estallar. Se agachó a su lado y, muy suavemente, acarició su rostro para volverlo hacia él. Todo su mundo se hundió cuando se miró en aquellos grandes ojos sin vida. Gritó su nombre con toda la fuerza de sus pulmones y se abrazó a ella, negando una y otra vez su muerte. La levantó entre sus brazos, acunándola con infinito cariño.

- ¿Por qué ella? –Gritó al cielo- ¡Maldito, maldito seas! ¿Por qué no yo? ¿Por qué ella y no yo? ¡Llévame a mí, hijo de puta!

Después lloró desconsoladamente, abrazando aquel desmadejado cuerpo que tanto había amado. La mecía entre sollozos y angustiosos quejidos. La gente a su alrededor quedó pendiente de la escena, incapaces de intervenir. Solo una mujer, una anciana casi, se acercó y le apoyó suavemente la mano en el hombro, pero ni siquiera lo notó. Siguió allí, llorando y quejándose, ajeno a cuanto ocurría.

Dos milicianos se le acercaron al cabo del tiempo y le aferraron el brazo.

-Vamos, camarada, tenemos que hacernos cargo de ella para despejar la calle –le dijo uno de los hombres-. Tenemos que cargarla en el camión para llevarla al cementerio.

La mirada de Carlos hizo que el hombre le soltara el brazo y diera un paso atrás. Había tal cúmulo de odio en sus enrojecidos ojos que ambos se retiraron a pesar de las armas que portaban aparatosamente en la cintura. Ni siquiera les respondió. Miró el vetusto camión donde habían cargado al resto de víctimas y, tomando el cuerpo de Lali entre sus brazos, se alzó con ella. Obviando a los milicianos, comenzó a caminar

hacia la casa. Nadie intentó detenerlo.

Recorrió todo el camino ciñéndola a su cuerpo y mirando su cerúleo rostro, completamente roto por el dolor. La gente se iba apartando a su paso, contemplándolos en respetuoso y doloroso silencio. Algunos vecinos rozaban con cariño el brazo de Lali que colgaba laxo desde su cuerpo. Otros palmeaban la espalda del joven con suavidad, pretendiendo insuflarle ánimos.

La colocó cariñosamente sobre la cama y se tumbó a su lado, colocando el brazo bajo su cabeza para hacerla descansar sobre su pecho, igual que habían hecho tantas otras noches saciados ya de amor. Estuvo durante horas allí, sintiendo como el cuerpo de aquella encantadora mujer iba cediendo a la rigidez y al frío. Robándole minutos de amor a la muerte, cruel y desalmada.

Había anochecido cuando la misma mujer que le anunció el desastre, se plantó en el umbral de la habitación, mirándolo consternada.

-Tenemos que prepararla para que se la lleven –le dijo suavemente, con la voz nasal que provoca el llanto-. No podemos dejar que entierren así a nuestra pobre Eulalia...

La miró unos instantes y, después, asintió levemente con la cabeza. Se incorporó y miró por última vez aquel frágil cuerpo. Lo vio ahora, por primera vez, roto y ensangrentado, semidesnudo, con la ropa hecha jirones. Lali se había ido para siempre. Ella ya no estaba allí. Tomó el equipaje que había estado esperando la llegada del médico y salió de la habitación. Se paró un momento y sacó las fotografías de la mujer y la de sus padres de sus marcos y las guardó entre las páginas de una de sus manidas novelillas de amor, guardándola en su mochila después de besarla, intentando descubrir en ella algún girón del olor de sus manos. Acarició suavemente durante unos momentos el respaldo de la mecedora y salió de la casa sin volver ya la vista atrás.

Carlos se arrastró como una sombra más por las grises calles de la ciudad, derramando girones de amor sobre la ignorante calzada, esparciendo silenciosos lamentos de dolor por cada uno de los rincones que contemplaron su lastimoso deambular sin rumbo.

Capítulo 7

MIRADORES

VII

Caminó sin destino durante horas, obviando cuanto le rodeaba, ignorando los pocos coches que patrullaban la noche y a la gente que se iba cruzando en su abúlico deambular y que miraban, turbados, su ensangrentada camisa blanca. Con el paso del tiempo las calles se fueron quedando vacías salvo por su trágica y errática figura.

Tomó conciencia de su situación sin motivo, inopinadamente. Se paró de repente en mitad de una calle y miró a su alrededor. En la oscuridad le fue imposible reconocer donde se encontraba y comenzó a caminar de nuevo, intentando, ahora, orientarse buscando el nombre de alguna de las calles que recorría.

Le parecieron horas el tiempo que tardó en llegar a la calle del Piamonte. La idea de alistarse había surgido como un repentino rayo, abriéndose paso entre sus embotados pensamientos. Alistarse y luchar contra aquella gente... Aquellos canallas que la habían destrozado. En el silencio de la noche los odió de una forma desmesurada, sintiendo que todo lo demás sobraba. Solo odio y una bestial necesidad de venganza. Ni siquiera el profundo dolor de su mandíbula evitaba que apretase los dientes con fiereza mientras caminaba sin rumbo.

Solo necesitaba un arma y que lo llevaran al frente. Por eso acabó dirigiéndose a la "Casa del Pueblo" donde, aquella noche, habían estado presentando sus respetos al cuerpo yacente del capitán Marqués.

No había amanecido aún, cuando llegó a su destino. Había un grupo de hombres fumando en la puerta, charlando quedamente. Lo miraron interesados, pero él obvió su presencia allí y entró sin hablar por el enorme portalón abierto.

Nadie encontró tras el pequeño mostrador de la entrada, ni se veía luz alguna que lo orientara. Tampoco se escuchaba el menor ruido en el interior del antiguo palacio. Dudó dirigirse al grupo de la calle, pero su

apatía finalmente le llevó a sentarse en una de las sillas que había en el espacioso recibidor para limitarse a esperar. De repente, se sintió terriblemente cansado, apoyó la cabeza sobre la pared y cerró los ojos. Se quedó dormido, abrazando la mochila, sin darse siquiera cuenta.

Lo despertó el ruido de voces que lo rodeaban. Las fundas colocadas sobre las lámparas hacían que una tenue claridad inundara ahora la estancia y un buen número de hombres entraban y salían de ella sin que ninguno pareciera reparar en él, salvo un par de sujetos que lo miraban interesados mientras fumaban apoyados en la pared, frente a él. Iban poderosamente armados, con unos correaes cruzados en el pecho, pistolas colgando de los cintos y los fusiles al hombro.

-¿Es tuya toda esa sangre? –Le preguntó uno de ellos al advertir que los miraba- ¿O has estado en una carnicería?

-No, no es mía –le respondió sin ganas. Se había mirado la camisa con estupor. Hasta entonces no había siquiera reparado en ello-. ¿Conocen ustedes a Rogelio Martín?

-¿A Rogelio? –Se sorprendieron los dos hombres- ¡Claro que lo conocemos! ¿Quién le busca?

-Yo... yo soy conocido suyo –respondió titubeante-. ¿Saben dónde podría encontrarlo? Preciso hablar con él...

-Tiene que estar al llegar –le informó el más joven-. Salimos en un rato de cacería...

-Estupendo... gracias –les respondió con una mueca que intentaba hacer pasar por una sonrisa. Un momento después, añadió-. ¿Saben dónde están los lavabos?

Uno de los hombres se limitó a señalar con un dedo el interior del edificio. Carlos, se lo agradeció con una inclinación de cabeza y, levantándose con dificultad, se encaminó por el pasillo.

Para poder encontrarlos tuvo que volver a preguntar a uno de los hombres con los que se cruzó. Era un pestilente cuarto pintado completamente de blanco, con una letrina y un par de lavabos. Se dirigió a una alta pileta que descubrió en una de las esquinas y, después de quitarse la camisa, introdujo la cabeza en el cubo metálico que reposaba bajo el grifo. El agua no estaba muy fría, pero bastó para reconfortarlo. Después de visitar asqueado aquel apestoso agujero, se vistió con la camisa azul que sacó de la mochila. Tras dudar unos segundos, se decidió a guardar la manchada camisa blanca en ella. También cambió sus pantalones por los de lona que

compró cuando planeó su alocada huida de Madrid y se calzó las botas.

Se encontró con Rogelio al salir, pero el hombre no pareció reconocerlo.

-Don Rogelio -le llamó, cuando ya se marchaba hacia el interior del edificio. El socialista se volvió de inmediato-. Me alegra ver que sigue con vida...

-¿Barbas? -le respondió al fin, sorprendido, tras mirarlo durante unos instantes en los que estuvo examinando su rostro. Carlos asintió sonriendo levemente- ¡Joder, barbas...! ¿Qué te ha pasado?

-Me afeité -le respondió, acentuando algo la sonrisa.

-Eso ya lo veo, cojones -le respondió el otro, sin desvelar que le agradara verlo-. En la cara...

-Un mal encuentro... -se limitó a responder.

-No viniste... -le reprochó ahora obviando su respuesta- Pensé que habías desertado o que te habías escondido... o que te habían matado. Esteban me aseguró que no sabía dónde estabas.

-En el hospital, don Rogelio, estaba en el hospital -le informó-. Además de malo, el encuentro fue duro...

-Ya veo... -el hombre lo escrutaba y parecía sopesar lo que había de verdad en sus palabras.

-Tarde, pero he venido. Quiero alistarme... -le anunció-. Quiero volver al frente...

-Tarde, sí... un mes tarde -le recordó Rogelio-. De todas formas, nos vendrás bien ¿Estás armado?

-Tengo una navaja en la mochila...

-Pues debes ser el único fulano de Madrid que no tiene pistola... -le replicó sin aceptar la broma-. Anda, ven conmigo, a ver si encontramos algo. Salimos ya mismo.

Carlos asintió y se aprestó a seguir al miliciano. Ni siquiera se interesó por su destino. Le era indiferente.

Lo condujo al primer piso. Un buen número de hombres se movían por el edificio. Cuando se cruzaban, casi todos saludaban a Rogelio, pero a él no le dirigían ni siquiera una mirada. Le alegraba pasar por fin tan

desapercibido.

Entraron en una habitación donde varios hombres tecleaban unas máquinas de escribir con parsimonia.

-Dale tus datos a ese –Le ordenó el socialista señalando a uno de ellos. Sin que el hombre levantara la mirada del papel, Rogelio le conminó a atenderlo-. Alista a este rápido que me lo llevo...

Mientras le entregaba sus papeles al tipo de la máquina, que los tomó con desgana, observó cómo se encaraba con otro de los hombres.

-A ver Matías, necesito que me equipes al nuevo...

-No sé si voy a poder, Rogelio, me han ordenado que lleve mucho control sobre las armas...

-Me parece perfecto –le interrumpió-. Controla bien las que le das...

-Pero...

-Este se viene con nosotros para Ávila, no pretenderás que se limite a escupir a los fascistas... -volvió a interrumpirle con tono enojado-. ¡Para uno que tenemos que sabe disparar...!

El hombre, ahora sí, lo miró a él. Debía ser una novedad para ellos que hubiera alguien avezado en el manejo de las armas. El tipo se volvió después a Rogelio y, con desgana, dejó su sitio y salió de la habitación.

-Equipo completo –le gritó Rogelio cuando ya había desaparecido. Durante un momento miró a Carlos e incluso pareció sonreírle.

-¿Y el retrato? –Le preguntó el escribiente al cabo de unos minutos. Carlos lo miró evidenciando su ignorancia.

-Ya se lo hará luego –intervino Rogelio acercándose a la mesa-. No tenemos ahora tiempo de retratitos...

-Pero, hay que ponerlo...

-Ya se lo pondré yo, cojones –le espetó ahora airadamente. El otro lo miró durante un segundo y decidió que no le merecía la pena discutir con él.

Acabó entregándole una tarjeta blanca doblada por la mitad, con sus datos y con una soflama sobre sus obligaciones como combatiente, recordándole que pertenecía a una "raza de héroes que luchaba, una vez más, por la independencia de su país". Se entretuvo ojeándolo y pudo

enterarse que pertenecía al batallón "Asturias".

Apareció por fin Matías seguido de un joven que apenas podía abarcar su cargamento. El hombre pareció mirar a Rogelio con resentimiento, pero este lo ignoró por completo.

-Un fusil nuevo –empezó a enumerar, mirándolos y anotando en un libro de tapas negras-. Una pistola. Un corraje. Una caja de munición del nueve y otra del siete. Una cantimplora y una manta...

-Manta, tengo –le interrumpió Carlos, haciendo que todos lo miraran un tanto sorprendidos.

-Eres un tipo raro, sevillano –exclamó Rogelio un momento después-. Eres el primer fulano que veo que desprecia algo que el gobierno le regala...

-Es que ya tengo una manta... -razonó el joven sonriendo levemente.

-Pues la coges y punto –sentenció el socialista-. Así tienes dos, cojones... ¡Venga, vamos ya, joder!

Salió de la habitación con rapidez, sin esperarlo. El sevillano cogió como pudo todo su arsenal y se apresuró a seguirlo. El hombre solo se paró a la salida del edificio para recoger su propio fusil de manos de un joven que le esperaba nervioso.

-Creo que ya estamos todos, Rogelio –le informó sin que el otro le respondiera.

Había cinco camiones estacionados en la puerta esperándolos con el motor encendido. Las bateas estaban llenas de milicianos expectantes y un tanto adormilados. Empezaba a amanecer y la mañana despertaba fresca. Rogelio se detuvo ante uno de los vehículos, soltó sus cosas y esperó a que Carlos llegara hasta él.

-Este es el nuestro, barbas. Deja ahí tus cosas y sube delante conmigo –le dijo un segundo antes de darle la espalda y subirse a la cabina.

Obedeció sus órdenes mientras el resto de los hombres lo miraban con curiosidad, aunque ninguno se ofreció a ayudarlo a pesar de las evidentes dificultades que le ofrecían sus pertrechos. El jovencito pareció mirarlo con rencor mientras subía y se acomodaba entre los otros.

-¿Carlos? ¿Eres tú? –la pregunta lo detuvo cuando se dirigía a la cabina. Se detuvo y tardó unos segundos en volverse. Esteban lo miraba desde la batea con una gran sonrisa en el rostro. Esta vez no pudo evitar devolvérsela. Iba a ir a su encuentro cuando el camión empezó ya a

moverse y se vio obligado a subir apresuradamente a la cabina.

-No me dijo que Esteban también venía –reprochó al socialista en cuanto se acomodó a su lado.

-¿Ahora tengo que darte el parte a ti? –le respondió de mala gana. El sevillano, tras mirarlo brevemente, optó por guardar silencio.

Rogelio tardó un buen puñado de minutos en volver a hablar. Salían ya de la ciudad cuando lo hizo.

-No te entiendo, sevillano –le dijo con la vista fija en la carretera-. No me extrañó que desaparecieras... Sabía que no querías guerra. Es más, suponía que estabas más con esa gente que con nosotros. Apareces ahora y aseguras que quieres ir al frente... te montas y ni siquiera me preguntas dónde vamos. Creo que ya es momento de que me cuentes qué coño te ha pasado... ¿no crees?

Carlos se tomó su tiempo en responder. Cuando se decidió, también dejó su mirada fija en la estrecha carretera que recorrían.

-Ya le dije que tuve un mal encuentro –le recordó-. Me sacaron de la pensión por la noche acusándome de fascista y de traidor...

El socialista se volvió hacia él entonces, sorprendido, pero no lo interrumpió.

-Salí mal parado de allí –siguió el joven-. Una amiga me alojó en su casa y se desveló en cuidarme. Supongo que me salvó la vida... Ayer, esos hijos de puta soltaron una bomba sobre una panadería... ella estaba allí... La reventaron.

Ya no pudo seguir. Ni Rogelio, ni el conductor, lo miraron. Tampoco abrieron la boca. Carlos se comió el llanto en silencio amparado en el de ellos. No volvió a hablar hasta que consiguió serenarse.

-¿Dónde vamos? –se decidió a preguntar entonces.

Ahora sí, Rogelio se volvió a mirarlo durante un instante. Después, dejó escapar un leve amago de carcajada.

-Vamos a Miradores, un pueblo de Ávila –le respondió-. Se había mantenido de nuestro lado, pero lo han tomado los fascistas y coparon allí a un grupo de los nuestros. Mangada los mandó a explorar para localizar al enemigo y esos cabrones los emboscaron en el pueblo. El coronel no puede distraer a sus hombres y por eso nos manda a nosotros, para sacar de allí a los camaradas y para que jodamos a esos putos traidores... esa es

la fiesta a la que te has apuntado, sevillano ¿te gusta?

-Tiene un loable propósito –le respondió-. Hay que ayudar al prójimo y la legítima defensa nos ampara.

Lo volvió a mirar unos instantes y después rio de buena gana. El conductor lo imitó de inmediato. Carlos se limitó a sonreír levemente.

-Eres raro, sevillano –le dijo-. Tienes cuajo, camarada. Pero tus bromas te pueden pasar factura alguna vez... hay gente que no tiene sentido del humor.

-Bien que lo sé, don Rogelio...

Contemplaron entonces en silencio como el paisaje iba tomando color al paso del renqueante camión, deslizándose por una estrecha carretera sembrada de baches.

-¿Cómo va la guerra? –volvió a preguntar después de dejar pasar un buen rato. Su pregunta sorprendió al socialista que volvió la vista hacia él para comprobar que no intentaba gastar ninguna broma.

-Ya veo que esa pobre desgraciada te tuvo mal informado...

-No era ella –le respondió-. Escuchábamos todos los partes que se ofrecían...

-Sí, no ofrecen mucha información... -le respondió comprensivo-. Va mal, sevillano. Va mal. Esa gente tiene la ayuda de los italianos y de los alemanes, que les suministran hombres y armas... todo tipo de armas ¡Y aviones! Si los putos rusos no empiezan a tomarse esto en serio, lo pasaremos muy mal.

-¿Han ganado muchas ciudades? – se interesó.

-Demasiadas –fue su lacónica respuesta antes de volver a su pesado silencio.

Carlos volvió a sumirse en el mutismo, observando el paisaje que le ofrecía el tortuoso discurrir del camión.

-¿Falta mucho? –se atrevió a preguntar al cabo de un buen rato de aburrido silencio.

Fue el conductor quién respondió.

-Con estos cacharros, nos quedará poco menos de una hora –dijo-.

Andará a unos cien kilómetros de Madrid...

-Es un pueblo de veraneo burgués –le informó Rogelio-. Debieron preverlo. No sé quién coño estaba al mando ni qué pasó, pero estoy seguro que alguien la ha cagado.

La caravana de camiones se arrastraba con desesperante lentitud sierra arriba, atravesando algunos pintorescos pueblos, silenciosos y desiertos. Supuso que aquella gente se escondía cada vez que escuchaba que algún vehículo se acercaba, ignorantes de su ideología y temerosos de sus intenciones.

No podía evitar que el viaje le recordara a aquel otro que le había llevado a enfrentarse con los demonios de la guerra, pero era ahora mucho más silencioso. Supuso que aquellos días de guerra ya transcurridos habían ido acabando con la euforia miliciana.

Miradores apareció por fin ante sus ojos. Enmarcada por una alta sierra, su espigada torre sobresalía airosamente por encima de las demás edificaciones. No se escuchaban disparos. No se oía nada. El pueblo estaba sepultado por un espeluznante silencio y supuso que habían llegado tarde.

Rogelio ordenó parar a unas pocas decenas de metros del pueblo y se bajó del camión. Todos los demás lo imitaron y se quedaron contemplando los edificios que escoltaban la desierta calle en que desembocaba la carretera que les había llevado hasta allí. Eran casas de piedra, de dos plantas, cubiertas de tejas a dos aguas. Todas las ventanas aparecían cerradas. Varios hombres fueron apostándose junto al líder socialista. Carlos, cauto, optó por desplazarse un par de metros. No tardó en tener al herrero a su lado. Ni siquiera se saludaron. La tensión del grupo era evidente.

-No me gusta –Oyó que decía el jefe socialista-. Tiene mala pinta esto...

Ninguno le respondió, guardando un cómplice silencio.

-¿Qué opináis vosotros? –les preguntó sin volverse a mirarlos.

-No sé, Rogelio... -respondió uno de los hombres-. No tiene sentido que haya tanto silencio... Los nuestros deberían haber salido a recibirnos o habernos hecho alguna señal... ¿No estarán todos muertos, verdad?

-¡Hijos de puta fascistas! –Maldijo otro de ellos escupiendo al suelo.

-Pero ¿por qué hay tanto silencio? –insistió otro miliciano. El tipo era enorme y parecía tan fuerte como un toro. El fusil en sus manos parecía

una miniatura.

-Huele a trampa –Decidió al fin Rogelio y los demás se volvieron hacia él-. Creo que nos están esperando.

Los otros siguieron mirándolo unos instantes y, poco a poco, fueron volviéndose hacia el pueblo, aparentando haber comprendido lo que les había insinuado.

-Sí, es posible que nos estén esperando –admitió uno de ellos, de camisa blanca desabrochada que dejaba a la vista un pecho tremendamente velludo-. Que estén ahí callados como putas para que entremos confiados y acribillarnos entre dos fuegos... Sí es posible, sí...

-Pero ¿por qué todo está tan en silencio? –volvió a preguntar el grande-. Debería haber una batalla aquí...

-Si no hay enemigos, no puede haberla... -le respondió Rogelio-. Deben haber acabado con todos.

Cómo si hubieran elegido el momento, unos disparos se escucharon en el interior del pueblo poniendo en alerta a los milicianos.

-¡Entremos a sangre y fuego, joder! –Propuso uno de los hombres- Somos casi doscientos, acabaremos con ellos...

No obtuvo respuesta. Supuso que nadie estaba dispuesto a ser el primero. Le había sorprendido la bravata del hombre. No había tantos milicianos por la mañana. Empezó a observar a su alrededor y comprobó cómo, efectivamente, otros camiones se habían ido uniendo a la caravana y un numeroso tropel de hombres los rodeaban. Iba a formarse una buena escaramuza en aquel pueblo.

-Si entramos a las bravas, caeremos muchos antes de darnos cuenta siquiera –razonó Rogelio-. Además, no tenemos ni idea de dónde están.

-Iremos hacia el pueblo parapetados tras los camiones –decidió finalmente, tras meditar unos instantes.

Esperó a que alguien pusiera alguna objeción, pero sus hombres permanecieron en silencio.

-¡Ya lo habéis oído! –Les gritó entonces el socialista- Pongamos los camiones en fila, como si fuera un muro de hierro y caminaremos tras ellos. Asomad la cabeza solo lo imprescindible...

-¡Joder, Rogelio, nos volarán la cabeza, coño! –protestó el conductor que

los había llevado hasta allí.

-¡Los camiones marcha atrás! –Ordenó Rogelio, después de mirarlo unos instantes-. Llevadlos lo más pegados posible y todos caminaremos detrás ¿Conformes?

Nadie respondió. Los hombres se limitaron a ponerse en movimiento. Los conductores obedecieron de inmediato y empezaron a maniobrar los vehículos. Había al menos doce camiones y pronto formaron un enorme frente de metal que empezó a acercarse hacia el pueblo. Todos comenzaron a caminar con cautela tras ellos. Carlos se apresuró a recoger sus armas. Se ajustó a la cintura la pistola, terció el fusil en el pecho y metió toda la munición en sus bolsillos.

Capítulo 8

LA TRAMPA

VIII

-¿Cuando me contarás qué haces aquí? -le preguntó Esteban en voz baja, mientras caminaban hacia el pueblo. Se había apresurado a ponerse junto a él, pero el silencio que guardaban sus compañeros les había hecho permanecer callados.

-Después, Esteban, después -le respondió-. Ahora, vamos a centrarnos en seguir vivos... que me temo que no va ser fácil.

Solo obtuvo un mudo asentimiento de su amigo que siguió caminando a su lado, con el cuello involuntariamente encogido.

Todo se precipitó cuando se aproximaban a las primeras casas. Aparecieron soldados en las ventanas y una furiosa salva de disparos los recibió, haciendo que los hombres se apresuraran a parapetarse aún más tras los camiones.

-¡Tirad cojones! -gritó Rogelio a sus hombres, agachando la cabeza-
¡Disparad a esos cabrones!

Carlos tampoco pudo evitar agacharse, asustado por los disparos y las balas que silbaban a su alrededor.

Estaba aterrado y aferraba el fusil con ambas manos sobre su pecho. Un hombre que caminaba a su izquierda, lanzó un sorpresivo y ronco grito antes de caer hacia atrás. Quedó tendido a sus pies. Un negro orificio se había abierto en mitad de su frente. Comprobó que había otros tres tumbados en el suelo, un poco más allá. Esteban y él intercambiaron una fugaz y temerosa mirada antes de agacharse tras su parapeto metálico.

-¡La cabeza fría, joder! -Masculló entre dientes, encogido sobre su miedo, pero incapaz de reaccionar. Esteban estaba acurrucado a su lado, casi debajo del camión. Tardó aún unos minutos en serenarse. Había varios hombres respondiendo el fuego con bravura, pero la mayoría seguían

cobijados. Quiso pensar que los rebeldes estarían también asustados y no se atreverían a apuntar. Se decidió por fin y salió un instante de su parapeto para localizar al enemigo. Memorizó la ubicación de uno de ellos. Estaba disparando desde una ventana justo frente a él. Un poco a la derecha. Se arrodilló, quitó la bayoneta y empezó a sacar el cañón del fusil muy lentamente por el lateral del camión. Le bastó con asomar media cara, solo su ojo derecho. La mirilla se situó sobre la cabeza del hombre y apretó el gatillo con suavidad. No esperó a ver el resultado del disparo. Sabía que lo había matado, pero no quería verlo.

-¡Disparad, joder! –escuchó vociferar de nuevo a Rogelio a unos metros de él.

-En ello estoy... -musitó sin prestarle atención, comprobando como Esteban se había decidido también a intervenir y lo imitaba, sacando el fusil cada poco y disparando contra los edificios.

Había localizado ahora a un militar que disparaba desde la segunda planta, casi encima de la ventana que ya había dejado vacía. Repitió la operación. Esta vez no esperó a poder apuntar a la cabeza. En cuanto tuvo su pecho marcado, apretó el gatillo y volvió a guarecerse.

Le estaban causando bajas al enemigo, pero también ellos caían. Ahora eran ya una decena los cuerpos desparramados tras los camiones. El intercambio de muertos había empezado. Sobrecogía verlos allí tumbados, mientras sus cuerpos se desangraban. Algunos seguían vivos, quejándose lastimosamente... y llorando. Ver llorar a los hombres mientras se morían lo impresionó sobremanera.

Tumbó a otro soldado. Estaba al lado del anterior y no le ofreció dificultad enfocararlo con su mirilla mortal.

Cuando se asomaba para buscar un nuevo objetivo, una bala golpeó la chapa del camión, justo al lado de su cabeza. Se retiró de inmediato, sintiendo un sudor frío invadir todo su cuerpo, helado por la sombra de la muerte que le había rozado por vez primera. Un incontrolable temblor se había apoderado de él y se sentía incapaz de moverse siquiera. Miró a un jovencillo acurrucado a sus pies y deseó tumbarse a su lado.

Los hombres seguían cayendo a su alrededor y ya le parecieron incontables. Si no hubiera sido por los camiones, ahora todos estarían muertos. En cualquier caso, acabarían estándolo si continuaban allí.

Los gritos de Rogelio animando a su gente, era lo único que rompía el continuo tableteo de los disparos. Ninguna otra voz se escuchaba, salvo alguna anónima maldición.

La bomba cayó de repente a unos metros a la derecha. Era de lata y de color marrón. El tiempo pareció detenerse mientras la veía caer. Se dejó caer por puro instinto arrastrando a Esteban con él y se cubrió la cabeza con los brazos. La detonación fue ensordecedora y no se atrevió a moverse durante algunos minutos.

Sintiéndose milagrosamente vivo, se atrevió por fin a mirar a su alrededor. Se había llevado con ella a varios de sus compañeros y había dejado una hondonada en la tierra seca y caliente. Se sintió furioso de repente. La imagen de Eulalia, rota y ensangrentada, volvió a plasmarse en su mente. Volvió a asomar la cabeza, temiendo que siguieran esperándolo, pero ningún disparo lo recibió esta vez. Vislumbró a un fulano que aparecía fugazmente en una de las ventanas, disparaba y volvía a desaparecer. Se aprestó a esperarlo. Salió por el mismo sitio y con la misma intención unos segundos después. Fue su última aparición. Apretó el gatillo en cuando lo hizo y el casco voló de su cabeza cuando la bala lo hizo saltar hacia atrás.

No supo cuánto duró aquella escaramuza. No paró de arrastrarse por el suelo, cambiando continuamente de posición. Tampoco pudo llevar el número de hombres que había abatido, pero fueron muchos. Ni siquiera notó que el fragor de los disparos hubiera disminuido cuando comprobó cómo varios soldados corrían ya calle arriba. Habían abandonado las ventanas y huían al interior del pueblo. Los milicianos comenzaron a dispararles con saña y acabaron con las carreras de varios de ellos.

-¡A las casas! ¡A las casas! –Aullaba Rogelio ahora, haciendo grandes aspavientos con su brazo para que los hombres avanzaran.

Se alegró ver que Esteban también continuaba con vida. Se había desentendido de él, limitándose a buscar objetivos a los que disparar y matar, sin que ninguna otra cosa le importara. Se incorporó todavía con precaución y atisbó para asegurarse que no quedaba ningún enemigo apostado. Se entretuvo en levantar también al jovencillo, que seguía enroscado a su lado y lo hizo caminar con rapidez delante de él. En el último momento volvió la vista atrás. Lamentó comprobar que dejaban muchos hombres caídos al pie de los camiones. Buena parte de los que, aquella mañana, se habían bajado de ellos ajenos al breve destino que los aguardaba. Unos milicianos se afanaban con los cuerpos.

Los hombres de Rogelio se desperdigaban con rapidez por las primeras casas del pueblo desde donde les llegaron algunos disparos más. Supuso que eran los soldados que no habían tenido tiempo de retroceder. Algunos milicianos aparecieron escoltando grupos de civiles asustados. Solo niños y mujeres.

-¿Qué hacemos con ellos, Rogelio? –Le preguntó uno de sus hombres señalando a la familia que había hecho salir de uno de los portales-

Quedaban dos soldados en su casa.

El socialista se dirigió hacia ellos. Después de observarlos un instante, se encaró con una mujer de mediana edad que resguardaba a un par de crías entre sus faldas.

-¿Qué ha pasado aquí, mujer? -Le preguntó- ¿Dónde están los hombres?

-Muertos... -le respondió ella sin dudar.

-¿Muertos? -se sorprendió-. ¿Todos?

-Menos los que están presos -le aseguró-. Cuando lo de África, casi todos nos pusimos con el gobierno, pero hace ya unos días que vinieron los falangistas en camiones desde Ávila para tomar el pueblo. La gente no quería problemas y nos metimos en las casas. Tampoco los guardias hicieron nada. Solo algunos jóvenes les plantaron cara... ¡esos locos! Eran pocos y acabaron con ellos en unas horas. Había aquí muchos señoritos... en los hoteles de la sierra. Cuando llegaron los falangistas, bajaron y se hicieron los dueños del pueblo. Fueron casa por casa sacando a los hombres. El cura les iba dando referencias de todos. A unos se los llevaban y a otros, a los de derecha, los dejaban en paz. Pero eran los menos. Usaron el Ayuntamiento de cárcel para los nuestros. Algunos siguen allí... a los que no han ido matando.

-¿Y tu marido?

-Allí lo tienen desde entonces -le respondió la mujer-. No me han querido escuchar...

-Ayer vinieron aquí unos milicianos -La interrumpió Rogelio.

-Los vuestros también están allí, en la plaza -le informó, señalando el interior del pueblo por donde sobresalía la torre-. Los infelices no se lo esperaban. Dicen que bajaron de los camiones y, cuando más confiados estaban, los tirotearon desde todas partes. Algunos pudieron meterse en una de las casas y allí resistieron lo que pudieron...

-¿Siguen vivos entonces? -le urgió esperanzado.

-Es posible -le aseguró-. Esta noche no se han escuchado disparos... hasta hace un rato.

Rogelio miró a sus hombres desolado. Todos guardaban silencio pendientes del relato de la mujer.

-¿Cuántos fascistas hay? -le preguntó ahora, después de asentir

agradeciendo la información.

-No lo sé... -respondió la mujer-. Muchos. Después de los falangistas llegaron camiones con soldados. Cuando voy a preguntar por Eusebio, los veo pasear como si fueran los amos, con sus pistolas y sus correajes. No sé cuántos hay, pero demasiados para este pueblo.

-Vete en paz, mujer -le dijo por fin-. Ahora iremos a liberar a tu hombre.

Miró a su alrededor. Todos los milicianos estaban pendientes de él. Algunos seguían reteniendo a las mujeres y los críos que habían sacado de sus casas.

-¡Dejad que se vayan, joder! -les gritó malhumorado-. Ellos no son enemigos. Bastante mal lo habrán pasado ya.

Los milicianos empezaron a dejarlos en libertad y la gente volvía de inmediato al interior de sus viviendas.

-Se acabó la fiesta -les advirtió-. Ahora vamos a esa plaza de los cojones a buscar a los nuestros y a conocer a esos gallitos fascistas.

Los milicianos celebraron su decisión con satisfacción y comenzaron a animarse unos a otros. Uno de ellos se le acercó. Llevaba las manos llenas de sangre.

-Rogelio ¿qué hacemos con los heridos? -le preguntó.

-¿Cuántos hay? -se interesó de inmediato.

-Solo siete están vivos... pero no creo que sean más de dos los que puedan salvarse -respondió el otro.

-¿Y muertos? -le preguntó con miedo, temiendo su respuesta- ¿Han caído muchos?

-Dejé de contarlos... -le respondió con pesar.

-Elige una casa y quédate con ellos -le ordenó al cabo de unos momentos en que se volvió a mirar el nutrido montón de cuerpos que se veía tras los camiones-. Pero cuando les hayas hecho las curas a esos desgraciados, te vienes con nosotros... Coge los hombres que necesites.

El hombre asintió y se volvió al grupo que permanecía con los heridos. Carlos lo miró hacer. No lo había visto antes. Era un hombre bajito y delgado e iba en mangas de camisa. Su expresión delataba que todo aquello le venía muy grande. Le alegró comprobar que elegía a Esteban para que lo ayudara, lo cual no dejó de sorprender al herrero, que,

finalmente, se decidió a seguirle. Después de verlo marchar, se acercó a Rogelio con timidez.

-Sigues vivo, sevillano -le felicitó cuándo lo vio llegar.

-¿Es médico? -le preguntó a su vez, obviando responderle-. No lo había visto antes...

-Practicante -le respondió-. El practicante de mi barrio. Es al único sanitario que conseguí convencer para que nos acompañara. Tiene orden de quedarse detrás mientras haya tiros... es demasiado valioso.

Carlos asintió. Había tomado una sabia decisión.

-Don Rogelio... - le dijo cuándo el otro ya se iba- Según esa mujer, los tipos llevan tiempo siendo dueños del pueblo. Supongo que ya lo habrá pensado, pero esa gente podría estar emboscada en cualquiera de esas casas... Haríamos bien guardándonos la espalda... No avanzar hasta tenerla asegurada.

-Vamos a avanzar casa por casa -Ordenó Rogelio después de mirarlo unos instantes-. Quince hombres por cada lado de la calle, registrándolas. A los civiles, los dejáis estar. Si encontráis alguien armado, me lo sacáis, para interrogarlo. No lo matéis salvo que os ataque. Los demás, por el centro de la calle conmigo. Quiero un camión delante y otro cerrando la marcha.

No tardaron en organizarse. El camión de cabecera seguía avanzando marcha atrás. Ascendían por la empinada calle al mismo ritmo que lo hacían los milicianos que se encargaban de registrar las casas, sin moverse hasta que no salían de ellas. El final de la vía se aproximaba y, aunque no desembocaba en la plaza, la torre se iba agrandando ante ellos.

Rogelio iba en cabeza, detrás del camión, junto al miliciano corpulento, que se había colgado el fusil a la espalda y que cargaba ahora con una enorme maza. Supuso que debía haberla encontrado en alguna de las casas, porque antes no la portaba. Mirándola en sus manos, sintió pena por aquel que se cruzara en su camino.

Pasaron por encima de los soldados que habían abatido cuando se retiraban, registrándolos y quitándoles las armas. Uno de ellos seguía vivo y se había arrastrado hasta las casas para apoyar su espalda en ellas. Cuando se acercaron a él, estaba exánime y ni siquiera abrió los ojos cuando Rogelio lo intentó interrogar. Uno de los milicianos iba a darle el tiro de gracia, pero el socialista se lo impidió poniendo la mano en el cañón del fusil y negando con la cabeza. El hombre no se resignó a perder la ocasión y le cortó el cuello con la enorme navaja que sacó del bolsillo.

Carlos miró con asco aquel absurdo e inútil gesto de crueldad.

Aparecieron cuando se acababa la calle y los milicianos todavía seguían saliendo de las casas sin novedad, informando a Rogelio con la mirada.

No llegó a saber si estaban allí esperando o si habían ido a recibirlos. Nadie había reparado en ellos. Se hicieron visibles de repente, escupiendo fuego con una voracidad diabólica. Apenas le dio tiempo a vislumbrarlos antes de arrojar al suelo y reptar hacia el camión. Comprendió que se trataba de una ametralladora por el tableteo continuo de sus disparos. Se vio pronto rodeado de los cuerpos de los hombres que habían sido más lentos que él.

El griterío casi ocultaba el clamor de las armas. Un miliciano cayó de repente sobre él. Era tan corpulento que lo inmovilizó bajo su peso. Intentó zafarse de él, sintiendo como la sangre lo bañaba. Tenía el mono azul completamente empapado. Sopesó quedarse allí tumbado, fingiéndose muerto, pero acabó desechándolo y consiguió apartar el cuerpo de aquel desgraciado para arrastrarse bajo el camión, sorteando a los milicianos que seguían parapetándose tras él. Vio desde allí como sus compañeros se batían valientemente desde las casas, pero aquella maldita ametralladora no cesaba de escupir fuego, barriendo la calle, las paredes y las ventanas.

Estaba casi al final del camión, a la altura de las ruedas traseras, muy quieto. En ocasiones, las balas golpeaban tan cerca, que la tierra que levantaban le azotaba el rostro. Sintió como el miedo le paralizaba. Había llegado hasta allí vomitando odio. Dispuesto a morir matando, pero sentirla tan cerca le había congelado el ánimo. El mortal tableteo no cesaba, provocando un sonido aterrador. Los cuerpos de muchos milicianos quedaron tendidos en la tierra, que se iba tiñendo de sangre. Sabía que si quería salir vivo de allí, tenía que hacer algo. Y se aferraba ahora a la vida con auténtica desesperación. Procuró serenarse y se decidió a abrir los ojos por fin, descubriendo la cercana mirada sin vida de un hombre clavada en él. Tendrían que recargar. En algún momento tendrían que hacerlo.

Y se calló. Fueron unos pocos segundos, pero el infame tableteo cesó. Sabía dónde estaban. Los había visto aparecer. Rodó sobre sí mismo y salió de su refugio solo un instante. El preciso para vislumbrar la escena y grabarla en sus retinas antes de girar de nuevo bajo el camión. Ahora solo tendría que esperar.

Permaneció entonces con los ojos cerrados, atento tan solo a la cadencia de los disparos, esperando que cesaran de nuevo. Rodó entonces otra vez sobre la izquierda y enfocó con su fusil el balconcillo donde los había visto recargar. Estaban allí, como antes, en la misma posición, afanados sobre la ametralladora. Gastó el peine entero en cinco angustiosos disparos e

introdujo uno nuevo. Pero ya no fue necesario que volviera a abrir fuego. Sus compañeros estaban ahora acribillando con saña aquella maldita fachada.

Se levantó con precaución, sin fiarse del fuego amigo. Se quedó mirando absorto como seguían machacando aquella casa, donde nadie había ya con vida. Incluso arrojaron por la ventana una de aquellas pequeñas bombas enlatadas a las que llamaban "Castillo". La vio estallar dentro de la habitación, obligándolo a cubrirse rápidamente el rostro. Cuando el humo y el polvo se asentaron, la ametralladora estaba en el suelo, enredada entre los cuatro cuerpos uniformados.

Un fuerte golpe en la espalda, lo sacó de su abstracción.

-¡Lo has hecho, joder, lo has hecho! –al volverse vio el rostro exultante de Rogelio. El hombre ahora le apretaba el hombro con fuerza- ¡Maldita sea sevillano, te cargaste a esos hijos de puta!

Se vio zamarreado y abrazado por los milicianos que aparecieron después del socialista. El fulano de la maza, lo tomó por la cintura y lo alzó como si fuera un pelele. Un grupo de sonrientes y sudorosos rostros lo miraban desde abajo. Ahora, solo se escuchaban risas a su alrededor, pero él ni tan siquiera sonreía. Todavía estaba aturdido.

Rogelio comenzó a gritar a sus hombres para que cesaran en sus griteríos y proclamas. No le fue fácil imponerse.

Cuando consiguió zafarse del coro de hombres que no cesaban de palmearle la espalda, contempló con pesar que un buen número de cuerpos volvían a quedar tendidos, rodeando el camión. El practicante subía ya a la carrera seguido de sus hombres. Poco iba a poder hacer por la mayoría de aquellos infelices. Ignoraba que munición escupía aquella maldita ametralladora, pero había hecho estragos en los milicianos que había alcanzado. Vio como Esteban le buscaba angustiado entre los que permanecían en pie y le dirigió una mueca de alivio cuando sus miradas se cruzaron.

Estaban en la encrucijada de dos calles y Rogelio, dándoles la espalda, se había plantado justo en medio, volviéndose a derecha e izquierda, mientras todos lo miraban expectantes.

-Esos hijos de puta, no nos la van a jugar otra vez –masculló, volviéndose por fin hacia ellos-. Huertas, vete a por otro camión y emboca por esta calle. Si nos tienen preparada otra, esta vez los cogemos entre dos fuegos...

El tipo de la maza asintió obediente y comenzó a trotar calle abajo,

seguido por varios de sus hombres.

-¿Funciona el camión? –le preguntó ahora al conductor, al que descubrió pegado a la puerta de la cabina. Era el mismo que lo había llevado hasta allí y le congratuló verlo con vida.

-Todavía funciona –le confirmó-. Es duro... tiene muchos agujeros, pero sigue en pie, como nosotros.

-Pues ponte aquí y prepárate para recular cuando aparezcan esos –le ordenó y el hombre se apresuró a subir al vehículo. Carlos no pudo evitar pensar que Rogelio aprendía bien aunque fuera a base de muertos.

Observó cómo algunos milicianos se habían apresurado en hacerse con aquella diabólica ametralladora y se afanaban ahora en hacerla funcionar. Supuso que aquella maldita bomba la habría dejado inservible.

Cuando el tal Huertas y sus hombres aparecieron, los dos camiones comenzaron a recorrer lentamente la calle. Los exploradores no encontraron a nadie emboscado en ninguna de las casas y, por fin, con la retaguardia asegurada, empezaron a dirigirse hacia la plaza.

Caminaban en absoluta tensión, temiendo que, en cualquier momento, se abriera de nuevo alguna de aquellas ventanas y comenzaran a tirotearlos. Pero llegaron a la plaza sin novedad, con todas las casas aseguradas.

Una ráfaga sonó de repente a sus espaldas, haciendo que todos los hombres se lanzaran al suelo.

-Ya funciona, Rogelio –gritó uno de los hombres que se habían quedado intentando reparar la ametralladora de los sublevados.

-¡Maldita sea toda tu estirpe! ¡Nos vais a matar de un susto, joder!–Exclamó Rogelio, apenas unos metros delante del sevillano, haciendo que todos se relajaran y que, incluso, alguno se riera- ¡Traedla aquí, rápido!

Los tres hombres se apresuraron en cargar con el pesado trasto hasta el camión de vanguardia y, ayudados por sus compañeros, la subieron a la batea. Los tres quedaron a su cuidado, agazapados tras ella, mientras el vehículo retomaba la marcha.

La plaza estaba vacía. Era rectangular y más grande de lo que había imaginado. Al fondo, la iglesia, de sólida piedra gris, alzaba su campanario muy por encima del resto de casas, recortándose, airosa, sobre el límpido azul del cielo.

No había rastro, ni de soldados, ni de civiles, ni de milicianos. Atisbaban junto al camión, recorriendo toda la plaza. Rogelio se volvió perplejo hacia ellos.

-No hay nadie –les aseguró-. Esa mujer dijo que había muchos soldados, pero aquí no queda nadie...

-Hemos tumbado ya a muchos –le advirtió uno de sus hombres.

-No más de los que ellos nos han matado –le rebatió el socialista-. Y aquella mujer dijo que había muchos soldados y muchos fascistas con ellos...

-Igual, se han ido –insistió el otro.

No le dio tiempo a contestar. Sonaron dos disparos casi al unísono, secos y estruendosos, que le robaron la posibilidad de hacerlo, obligándolos a agacharse de inmediato. Uno de los milicianos había saltado hacia atrás, golpeado por un puño invisible. En ese momento, Carlos recordó lo que le dijo el doctor de los supuestos francotiradores que había en las calles de Madrid “los pacos” y tuvo que reconocer que era apropiado... Parecía que una voz ronca les hubiera gritado aquel nombre. Retrocedieron con rapidez unos hacia la calle, otros a refugiarse tras el camión. Tras unos segundos de absoluto silencio, empezaron a escucharse los quejidos y lamentaciones que provenían de la bodega del vehículo hacia la que todos se volvieron.

-Lo han herido en el pecho, Rogelio –explicó uno de los hombres desde allí-. No sé de donde ha venido el tiro, pero le ha reventado el pecho...

-¡Disparad, joder! –Les ordenó, oculto tras el camión-. ¡Disparad contra todo lo que se menee!

Sin embargo, ningún disparo se escuchó. No sabía si era porque no se atrevían a sacar la cabeza o porque nada había que se meneara.

Carlos y la mayoría de los milicianos miraban, impotentes, desde la estrecha calle que los había llevado hasta allí, a su compañero herido, que había quedado tumbado y desamparado en el suelo de la plaza. El hombre miraba aturdido la sangre que le empapaba el vientre.

-¿Qué hacemos con Juanillo, Rogelio?- volvieron a preguntar los de la ametralladora- Se nos está desangrando...

-¡No podemos hacer nada, joder! –les anunció, desesperado.

Inopinadamente, el practicante intentó trepar a la bodega, pero Rogelio lo detuvo en el último momento, tirando de él de nuevo hacia el precario

refugio del camión.

-¡Taponadle la herida! –Fue lo único que pudo gritarles el hombre, apresado por los fuertes brazos del socialista- ¡Taponadle la herida con alguna tela limpia y apretadla con fuerza...!

Estaba alabando el buen juicio de su jefe, que había salvado, sin duda, la vida del sanitario, cuando comprobó sobresaltado que Esteban se adelantaba hacia la plaza y se dirigía hacia el herido.

No pudo hacer nada por detenerlo y se desesperó al verlo caer un instante antes de que un nuevo disparo rompiera el silencio de la plaza, girando sobre sí mismo en una tremenda voltereta. Corrió hacia la esquina apartando a los milicianos que contemplaban la escena. El pobre Esteban se encontraba tendido delante del camión, a un par de metros de él, aferrándose la pierna, indefenso. Un poco más allá, en el centro de la entrada de la plaza, había un pequeño banquillo hecho de ladrillos.

-¡Arrástrate hasta el banco, Esteban! –le urgió Carlos ansioso- Hasta el banco... ¡Rápido!

Disparó a ciegas para distraer la atención del enemigo y darle tiempo a que buscara refugio. Esteban lo miró sorprendido durante unos instantes y, comprendiendo al fin lo que le ordenaba, se revolvió sobre el suelo buscando el amparo de aquel escueto parapeto. El disparo sonó cuando casi lo había conseguido, hiriéndole de nuevo en la pierna que todavía quedaba al descubierto. Su grito de dolor le revolvió el estómago.

Todos habían estado mirando la escena angustiados de impotencia. Nadie se decidía a hacer nada. Carlos sabía que el tirador estaba, ahora, enfocando aquella esquina, a la espera de que algún otro saliera en su ayuda. Él mismo lo había hecho en la sierra, cuando aquella maldita guerra comenzó.

En un instante contempló todas las posibilidades que tenía de ayudar a su amigo, pero ninguna era válida. Ni siquiera sabían dónde estaba el tirador, por lo que de nada serviría que dispararan para darle cobertura. Y, si estaba en alto, tampoco serviría que reptara bajo el camión para llegar hasta él. De hecho, le ofrecería un blanco fácil, arrastrándose por el suelo.

-Carlos... no me quiero morir, amigo –le gritó el herrero, volviendo hacia él sus ojos suplicantes-. Así, no...

-No te vas a morir, Esteban... hoy, no.

Había un silencio absoluto entre los milicianos, pendientes todos de él. Ni siquiera la voz de Rogelio se escuchaba. Sabía que solo tenía una

posibilidad. Solo existía una solución. Estaba seguro que el fulano estaría en el campanario, dominándolo todo. Allí se habría subido él.

Sacó la bayoneta de la funda del correa y comenzó a clavarla en la esquina de la encalada pared, a la altura de sus ojos, hasta practicar en ella una pequeña hendidura. Sentía que todos habían delegado la responsabilidad en él, pero no le importó. Tenía que salvar a su amigo. Al menos, tenía que intentarlo.

Sacó de la mochila su camisa blanca y desgarró una de las mangas. Lio con ella el cañón de su fusil y empezó a asomarlo por la abertura de la pared, muy lentamente, girando él mismo hasta que su ojo derecho empezó a ver la plaza a través de la mirilla. Estaba esperando que, de un momento a otro, un disparo acabara con su vida, pero no se producía. Elevó el arma con parsimonia, flexionando sus rodillas, recorriendo con ella la pared del campanario. Allí estaban. Eran tres y cubrían toda la plaza con sus armas. Estaban confiada y desafiantemente al descubierto. El murete solo les cubría hasta la cintura. Le sorprendió descubrir que uno de ellos vestía de riguroso negro y supuso que sería una sotana. Se detuvo en él.

Un instante después de apretar el gatillo, lo vio saltar de costado, volteando por encima del pretil. Con la sotana revoloteando tras él, durante los escasos instantes que duró su caída, simuló un cuervo herido que se precipitara hasta el suelo.

Los otros no hicieron nada por ocultarse. Fue tan inesperada su intervención que se quedaron absortos mirando cómo su compañero desaparecía. Uno de ellos se apresuró incluso a inclinarse para mirar cómo se estrellaba contra los adoquines de la plaza. No llegó a acompañarlo, porque, esta vez, el impacto de la bala hizo que saltara hacia atrás y cayera en el interior del campanario. El tercero tardó solo unos segundos en reaccionar. Después de ver caer a su compañero, se volvió hacia la plaza encarándose el fusil para buscar quién lo había eliminado. Pero era ya tarde, la tercera bala del "máuser" de Carlos se le clavó en el pecho, arrojándolo también al interior del campanario.

Los milicianos estaban a ciegas. Lo veían disparar, pero ignoraban el resultado. Solo cuando lo vieron salir a la plaza y correr hacia su amigo, comprendieron que lo había logrado y pudieron desprenderse de la tensión y comenzar a maldecir a los enemigos.

Duró poco su alegría. La corta carrera de Carlos desencadenó una auténtica cadena de disparos, pero la lluvia de balas llegó cuando ya se había arrojado sobre su amigo, amparándolo con su propio cuerpo. El pequeño banco que los protegía comenzó a saltar en pedazos, convertido

en blanco de decenas de fusiles.

-¡Vamos a por ellos, compañeros! –escuchó tronar la voz de Rogelio.

Acto seguido, muchos de los milicianos se lanzaron a la plaza tras él y comenzaron a disparar contra las ventanas y balcones, que aparecían ahora colmatadas de soldados. La airosa y súbita aparición de sus compañeros, hizo que, no pocos de los emboscados, regresaran al interior de las viviendas.

Carlos intentaba desesperadamente taponar las heridas por las que se desparramaba la vida de su amigo, pero sus torpes intentos eran vanos y la sangre seguía manando con furia. Se decidió a sacarlo de allí para dejarlo en manos del pequeño practicante que, sin duda, constituía su única posibilidad.

Lo hizo por debajo del camión, desde el cual, ahora, los otros dos milicianos disparaban rabiosamente sobre la plaza. El tableteo de la ametralladora era ciertamente sobrecogedor.

Se hicieron cargo de Esteban de inmediato, pero el joven herrero se aferraba a su mano y a sus ojos con desesperación.

-Dile a mis padres... a Soledad que... –empezó a mascullar antes que el sevillano lo cortara enfadado.

-¡Calla, ya, joder! –Le espetó- Ya te he dicho que hoy no te vas a morir... ¿Por qué coño has hecho eso? ¿Estás loco?

-Ese hombre se moría, Carlos –le respondió mirándolo con ojos tristes-. Tenía que ayudarlo...

-Maldito loco... -masculló deshaciéndose de su mano y buscando a Rogelio, que estaba disparando rabioso, cubriéndose en el lateral del camión. Se dirigió a él de inmediato.

-Tenemos que sacarlo de aquí... -le rogó, apretándole el hombro-. O se desangrará... Deje que me lleve al practicante y a los heridos en un camión...

El hombre se volvió hacia él sorprendido. Pareció que iba a responderle enojado, pero se contuvo en el último momento y apretó los labios. Miró al sanitario, que se afanaba sobre el herrero y sobre otro miliciano que también había caído. El primero de los heridos aún continuaba tirado en la plaza, sobre la que había ya varios cuerpos más.

-Él no puede irse hasta que esto acabe... -le respondió finalmente,

volviendo a encarar la plaza-. Y tú tampoco...

Carlos lo contempló hacer, sin atreverse a insistir, sabiendo que no lo convencería. Sería dejar sin aquel exiguo amparo a todos los que fueran heridos tras su marcha.

-¡Pues acabemos con esto de una puta vez! –Exclamó furioso.

Caminó apresuradamente hasta el otro extremo del camión y subió a la cabina. Estaba vacía y llena de cristales. Se apostó tras la puerta y asomó el cañón de su fusil por el hueco de la ventanilla, buscando presuroso algún blanco que se ofreciera a la voracidad asesina que se había despertado en su interior. Si para sacar de allí a su amigo, tenía que acabar con todo el ejército de los sublevados, lo haría, matándolos de uno en uno si fuera preciso. Aquella gente ya le había robado a Eulalia. No iba a permitir que le arrebataran también a Esteban.

Disparó con precisión cargador tras cargador y falló en muy pocas ocasiones. Tres veces sintió que la muerte lo rondaba, pero las tres balas se empotraron en la carrocería del camión sin alcanzarlo. Solo una de ellas dejó escapar una esquirla que le hirió la frente. Sintió la sangre arrastrarse por su rostro, pero se limitaba a limpiarla con brusquedad solo cuando amenazaba con entorpecer su visión.

Veía caer a los soldados uno tras otro delante de la mirilla de su máuser, sin sentir ni un amago de piedad, sin demorarse ni un segundo en pensar en ninguno de aquellos desgraciados.

-¡Se han rendido! –Escuchó exclamar de repente a uno de los milicianos-
¡Han sacado un trapo blanco!

Pasó la mirada por la plaza y descubrió como, efectivamente, una especie de sucia sábana colgaba desde una de las ventanas. Los que quedaban con vida detrás del camión y apostados en la calle, comenzaron a salir y descubrió a Rogelio caminando hacia las casas rodeado de sus hombres. El tipo enorme estaba con él y seguía aferrando la maza. Se decidió a bajar del camión.

Estaban apareciendo ya los soldados vencidos. También algunos civiles. Un par de ellos vestidos incluso con la vistosa camisa azul de la Falange. Los sacaban de las casas a empujones y los reunieron en el centro de la plaza. El recuerdo del cuartel le asaltó de inmediato. No podía permitir que se repitiera. Una cosa era disparar dentro de una refriega y otra, muy distinta, contemplar los asesinatos que ya estaba presintiendo.

-Venga, coño, vamos a fusilar a estos hijos putas –escuchó que decía uno

de los milicianos, apuntando con su fusil a los soldados.

-¡Bien hecho, sevillano! –le felicitó Rogelio cuando vio que se dirigía a la carrera hacia él- Pediré una medalla para ti...

-Son prisioneros de guerra, Rogelio –le dijo, obviando su felicitación-. No podéis matarlos...

-¿Y eso por qué? –le espetó-. ¿Sabes a cuantos de los nuestros se han cargado?

-A muchos –admitió-. Más o menos a los mismos que nosotros hemos matado... Esto es una guerra, Rogelio, ni ellos ni nosotros somos asesinos, somos soldados. La Convención de Ginebra, dice que...

-¡Los cojones la Convención de Ginebra! –Gritó- Estos hijos de puta, nos han acribillado... ¿ya no te acuerdas como dejaron a tu amigo herido como carnaza?

-Podíamos ser nosotros... -le recordó Carlos.

-¡Pero no lo somos, joder! –le replicó furioso.

Rogelio le sostuvo la mirada apretando los puños. Carlos también lo hizo, desafiante.

-¡Malditos sean todos los abogados! –Gruñó- Registradlos bien y que se sienten ahí mismo... ¡Pero no le toquéis un puto pelo, coño! Vamos a demostrarle a este que nosotros somos legales...

-¿Vas a dejar que se vayan? –le espetó el miliciano de la maza.

-Que se vayan, no, joder... son prisioneros.

-Pues verás que hago yo con tus prisioneros... -le dijo dirigiéndose a los soldados que los miraban aterrados.

-Como toques a uno solo de ellos, te reviento la cabeza, Huertas –le advirtió Rogelio apuntándole con su pistola-. He dicho que son prisioneros.

El otro se volvió incrédulo y miró el arma sorprendido.

-No tienes cojones... -le desafió.

-No quieras saberlo...

Se tantearon durante unos segundos ante la atónita mirada de sus compañeros.

-Esta gentuza quería matarme, Rogelio –le recordó el de la maza-. Y a ti...

-Y nosotros queríamos regalarles bombones ¿no? –le replicó su jefe.

-Quédate con tus putos prisioneros –se rindió finalmente-. Acabarás arrepintiéndote, no lo olvides.

Le dio la espalda y se alejó caminando pesadamente.

-Venga ¿no me habéis oído? –Arenegó a los milicianos que vigilaban a los prisioneros-. Registradlos bien y vigiladlos y que alguien vaya a buscar los camiones... ¡quiero irme de aquí, ya, joder!

-Gracias –le dijo Carlos mientras los hombres, con mala gana, se afanaban con los soldados-. Mal enemigo se ha echado por mi culpa...

-No es mala persona –le aseguró-. Se le pasará...

Le dio la espalda y se dirigió hacia un edificio cercano a la iglesia. Una bandera nacional ondeaba en su balcón y supuso que era el Ayuntamiento. Él se volvió en busca de Esteban. Lo que allí pasara ya no era de su incumbencia.

Lo encontró con el pantalón rasgado y la pierna aparatosamente vendada. Una especie de pañuelo ensangrentado la comprimía fuertemente por encima de la herida del muslo. Seguía pálido y asustado.

-¿Ves? Te dije que hoy no ibas a morir –le dijo, mostrándole una alegre sonrisa, mientras se agachaba a su lado.

-El día es largo todavía –le respondió el herrero, devolviéndole una de infinita tristeza.

-¡No seas aciago, Esteban, joder! –le replicó. Vio al practicante cerca, atendiendo a otro de los heridos- Doctor, este desgraciado piensa que se va a morir...

El hombre se volvió sorprendido hacia ellos y pasó la mirada de uno a otro.

-Morir... de momento, no, pero la pierna... –le manifestó con seriedad-. Ha perdido mucha sangre. Le he tenido que hacer un torniquete, pero si no lo operan rápido...

Le volvió la espalda, dejándolo en un silencio lleno de estupor. Se sentó junto a su amigo, digiriendo la advertencia, con una sonrisa falsa en los labios.

-No te pasará nada, Esteban –le dijo al fin, pretendiendo aparentar convencimiento-. En cuanto lleguemos a Madrid, buscaremos al doctor Cano y...

Miraba a su alrededor con desesperación, buscando algo que le salvara del desastre. Sus ojos se quedaron fijos finalmente en un "Hispano Suiza" negro estacionado cerca del Ayuntamiento, entre dos furgones militares.

-Pues habrá que hacer correr a ese- masculló, mientras se levantaba a toda prisa, dejando a su amigo mirándole aturdido.

Era un automóvil potente. Su hermano le había asegurado que los nuevos modelos podían alcanzar los 180 Km a la hora. Tenía varios impactos de bala en la carrocería, pero ninguna había afectado ni al motor, ni a las ruedas. Estaba abierto y, afortunadamente, tenía las llaves puestas. Supuso que su dueño estaría más que convencido que nadie osaría robarlo. Lo puso en marcha y el motor rugió con potencia. Se encaminó rápidamente hasta donde se encontraba su amigo, estacionándolo a su lado.

-Nos vamos a Madrid, Esteban... - le informó sonriendo ante el gesto de estupor del herrero.

Una sorpresiva descarga lo interrumpió. Se volvió a tiempo de ver a los prisioneros caer al suelo en un confuso montón. Rogelio estaba entre sus hombres, con la pistola en la mano, mirándolos morir. Al cabo de un momento, se volvió y se dirigió a los camiones que empezaban a llegar a la plaza. Aturdido, intentó salirle al paso. Le espetó agriamente antes de que lo hiciera.

-Entra en el puto Ayuntamiento y verás lo que hicieron a sus prisioneros –le dijo-. Están todos muertos... ¡la mayoría con un tiro en la nuca!

No supo qué responderle. Sería absurdo reprocharle nada. Tampoco le apetecía.

-Me llevo a Esteban en ese coche –se limitó a informarle-. El practicante dice que, en el camión, se desangrará antes de llegar a Madrid.

Rogelio lo miró un instante, para fijarse después en el ostentoso coche negro.

-¡Subid a los camiones! –Gritó a sus hombres tras darle la espalda-

Primero los heridos. Después, los muertos ¡Nos vamos de aquí ya!

-Pero, Rogelio, hemos tomado el pueblo –se quejó uno de los hombres-. Si nos vamos, esa gente volverá...

-¡Pues que se lo queden, joder! –le respondió-. Veníamos a salvar a los nuestros y hemos fracasado. Si el Gobierno quiere el pueblo, que venga Mangada con los suyos a defenderlo. Nosotros ya hemos dejado bastante sangre aquí... Si nos quedamos, acabaremos todos muertos.

Los milicianos se miraron entre ellos desconcertados. Carlos apreció que quedaban en pie muchos menos de los que habían llegado al pueblo unas pocas horas antes. Aquel rescate le había costado caro al gobierno... y a los sublevados. Se dirigió hacia el practicante, que se afanaba ahora sobre uno de los heridos.

-Me lo llevo a Madrid en el coche- le informó-. ¿Se viene usted?

-No, yo no puedo- Rechazó el hombre tras mirar un momento el vehículo-. Pero sí que puedes llevarte alguno más al que le vendrá bien llegar cuanto antes a un hospital. Has tenido una buena idea, muchacho...

Hasta cuatro heridos más subieron al espacioso vehículo y el practicante encomendó a uno de sus hombres que subiera con ellos para atenderlos durante el viaje.

-Ya puedes correr... - le dijo, apoyando un momento la mano sobre la puerta del coche-. ¡Todo lo que puedas!

Capítulo 9

EL MILICIANO

IX

Pasó todo el viaje angustiado, haciendo correr aquel coche cuanto le fue posible sin que peligrara su seguridad. Era imprescindible llegar cuanto antes a Madrid, pero el más mínimo incidente en el viaje, sería un auténtico desastre para aquellos hombres.

Se había asegurado que el depósito estaba bien repleto. No sabía a quién pertenecería aquel automóvil, pero tenía que ser alguien importante y con mucho dinero. No eran nada baratos.

Estaba deseando llegar a Madrid para llevarlo al Hospital de la Princesa y poner a su amigo en manos del doctor Cano, en el que confiaba ciegamente. Ya se las apañaría para llegar hasta él... y si no estaba, correría a sacarlo de su casa. Aquel testarudo herrero le había salvado la vida y no iba a permitir que él la perdiera.

El joven que el practicante había hecho subir al coche se afanaba en atender a los heridos y no dejaba de apremiarle para que se diera prisa. El pequeño sanitario le había encomendado que mantuviera las heridas bien taponadas y que les diera toda el agua que pudiera. Esteban, sentado a su lado, dejó de hablar muy pronto, cayendo en una especie de espeso sopor que él intentaba disipar hablándole continua e inútilmente.

Cuando llevaban un buen trecho recorrido, el improvisado enfermero se recostó un momento contra la puerta y se refrescó con una de las cantimploras. El calor era sofocante en el interior del coche a pesar de las ventanillas abiertas.

-Dicen que eres de Sevilla... -le planteó, sin esperar su respuesta- ¿Dónde aprendiste a disparar así?

-Matando pájaros -le respondió escuetamente, sin perder su

concentración en la estrecha carretera que iban devorando.

-Eso que hiciste... lo de meter el fusil por la pared... ¿Cómo se te ocurrió? Y tapar el cañón con la camisa... ¡Joder, sí que estuviste bien!

-No sé... improvisé.

-Pues sí que tienes buenas ocurrencias, sevillano –le felicitó, sonriéndole-. Cuando te vi esta mañana allí, dormido en la silla, con la camisa llena de sangre, pensé que serías un camorrista que se había cargado a alguien de un navajazo... ¡hasta estuve a punto de protestar cuando vi que venías con nosotros...!

Se volvió un segundo para mirarlo, reconociéndolo al fin como uno de los dos tipos que vio al despertarse. Se limitó a asentir levemente con la cabeza.

-¿Cómo está tu amigo? –insistió en su conversación.

-Dormido e inquieto –le respondió.

-Son feas sus heridas- le confirmó-. Pero lo sacaremos de esta...

El hombre dio por terminada la conversación y volvió a centrarse en los heridos. El traqueteo del camino y el sol calentando con fuerza el coche, provocaron la aparición de una espesa modorra que, a pesar de la tensión vivida, amenazaba con envolverlo. Se esforzaba en despejarse para poder seguir pendiente de la carretera, pero el cansancio empezaba a vencerlo. El hombre pareció darse cuenta y le ofreció un cigarrillo encendido que Carlos aceptó agradecido.

Cuando llegaron a Madrid, eran ya casi las cinco de la tarde y la ciudad estaba desierta. Ajenos a la tragedia que acababan de vivir, todos parecían haber querido huir de la calurosa tarde de aquel domingo que casi despedía el mes.

Su compañero lo condujo diligentemente hasta el hospital por un laberinto de calles, afortunadamente casi desiertas. El rostro de Esteban estaba lívido cuando llegaron por fin al hospital y esperó con impaciencia que se hicieran cargo de su amigo, preguntando a todos los sanitarios por el doctor Cano, pero ninguno pareció prestarle atención. Intentó acompañarlo cuando lo condujeron al interior del edificio, pero un par de tipos se lo impidieron de malos modos, dejándolo en la boca de un pasillo atestado de gente, observando ansiosamente como desaparecía por una de las puertas.

Siguió preguntando a todos por el médico, pero seguían ignorándolo. Los numerosos heridos que seguían trayéndole los tenían a todos ocupados.

Solo una enfermera, finalmente, sin detener la marcha, le confirmó que el doctor Cano estaba en el hospital. Deseó fervientemente que hubiera reconocido a Esteban y que se hubiera hecho cargo de él.

Llegó por fin el practicante con el resto de los heridos de aquella refriega. Intentó saludarlo, pero el hombre penetró en el edificio obviándolo por completo, atento solo a sus pacientes. Esperaba que aquella hora larga que había robado al destino, hubiera servido para salvar a su amigo. Sin nada más que poder hacer, se sentó en el suelo y, apoyando su espalda contra la pared, cerró los ojos, dejándose llevar por el sueño.

Un golpe en su pierna le despertó sobresaltado y confuso. Una joven enfermera se alzaba frente a él. Había mucha menos gente en el hospital y empezaba a oscurecer. Había estado durmiendo durante horas, ignorado por todos.

-Y a ti ¿qué te pasa?- le espetó, con fingida severidad.

-Nada... me he quedado traspuesto un momento, lo siento...

-Pues la sangre de esa herida te ha ensuciado toda la cara- le advirtió ella-. ¿No te duele?

-No es nada... un arañazo.

-¿Un arañazo? Te lo habrá hecho un tigre...- le respondió- Anda, ven, vamos a curarte...

-No es necesario, de verdad, no se moleste...

-No es una molestia, es mi trabajo- le replicó-. Tu entenderás de fusiles, pero de heridas entiendo yo. Vamos, soldado, sígueme.

Tras mirar un momento como se alejaba por el pasillo, se incorporó y la siguió dócilmente hasta entrar en una de las blancas salas de la derecha, donde la joven, tras limpiarle el rostro con una gran gasa mojada, comenzó a examinarle la herida.

-¡Vaya con el arañazo!- exclamó suavemente- ¿Ha sido un cristal?

-No le sé, la verdad... algo que una bala hizo saltar. No tenía tiempo de comprobar qué fue.

-Ya... pues voy a tener que desinfectarla y a coserte un poco. Te va a doler...

-Lo supongo, no se preocupe.

- ¿De dónde eres?- le preguntó, mientras empezaba a trajar con los botes y el instrumental de uno de los armarios- ¿También vienes huyendo de Extremadura?

-No, yo vengo de una escaramuza en un pueblo de Ávila- le aclaró-. Soy de Sevilla...

-Anda, andaluz, como mi madre... Pues aguanta, ahora, sevillano- le advirtió, antes de empezar a limpiar la herida con una gasa con alcohol. El punzante dolor le hizo cerrar los ojos, pero casi le reconfortó. Cosió con rapidez y destreza la herida y acabó rodeándole la cabeza con una venda.

-No te la toques hasta dentro de un par de días- le ordenó-. Si todavía andas por aquí, ven a buscarme para que te la quite y compruebe que no hay infección...

-¿Por quién pregunto, si todavía estoy por aquí dentro de dos días?- le preguntó, cuando salía ya por la puerta.

-Pregunta por la hija de la andaluza- le respondió, volviendo la cabeza y dejando escapar una coqueta risilla, que le arrancó un amago de sonrisa.

Se dirigió entonces a una mujer que se encontraba tras un mostrador, en la enorme sala de entrada del hospital. Con desgana le informó que ella no había visto todavía salir al doctor Cano. Como no le prestó mayor atención, se escurrió por el mismo pasillo que había engullido a su amigo unas horas antes y deambuló por allí, asomándose a cada habitación. Pudo comprobar que la gente con la que se cruzaba lo miraba con recelo. Pensó que no era para menos, con su cabeza vendada, la pistola al cinto y el fusil al hombro.

Se encontró de repente con el menudo practicante, saliendo de uno de los pasillos. Esta vez no lo esquivó y lo acompañó hasta la habitación en que se encontraba Esteban, tranquilizándolo sobre su estado.

-Llegasteis a tiempo- le felicitó-. Al menos para intentar salvarle la vida... la pierna, todavía es pronto para saberlo, pero, en cualquier caso, ha tenido suerte. Es de los pocos que han conseguido llegar vivos. Si hubiéramos tenido más coches de esos... En fin, lamentablemente hemos perdido hoy muchos hombres.

Se marchó dejándolo en el umbral de una habitación, donde cuatro camas se hacinaban casi pegadas unas a las otras. El herrero estaba tumbado en una de ellas, dormido y tremendamente pálido. Solo el leve movimiento

de su pecho hacía ver que seguía vivo.

Se quedó a los pies de la cama, mirándolo intranquilo. No se percató que don Antonio Cano entraba en la habitación y se colocaba a su lado en silencio.

-¿Qué haces tú aquí, paisano? -le preguntó casi en un susurro- Casi no te reconozco disfrazado de miliciano...

-Yo lo traje -le informó, después de sonreírle brevemente-. Lo hirieron en un pueblo de Ávila...

-En Miradores... lo conozco bien- le respondió evidenciando que estaba bien informado de lo sucedido-. Antes era un pueblo muy agradable... no sabía que tú anduvieras también por allí...

-Me llegó la hora de dar la cara... ¿Cómo está él, don Antonio?- le preguntó después de volver a fijar la mirada en su amigo.

-Le ha ido de poco, Carlos-le dijo con pesar-. Llegó en las últimas... Ahora tendremos que esperar.

Volvió a mirarlo otra vez, sorprendido e incapaz de articular palabra. Estaba convencido que, una vez en el hospital, el peligro habría acabado para él.

-¿Pero se salvará, no?- Le preguntó con un hilo de voz.

-Espero que sí... - Le respondió, con la vista fija en el exánime herrero-. Pero ya te digo que tendremos que esperar. El torniquete que le hicieron le salvó la vida, pero mantuvo la pierna mucho tiempo sin riego...

-¿La perderá? -se atrevió a preguntar un momento después.

-Es posible que pueda surgir gangrena... también es posible que tenga algún trombo circulando por ahí y que vaya a alojarse al corazón, a los pulmones... o al cerebro.

El médico, apiadándose de su gesto de pesar, le cubrió un momento los hombros con el brazo y le golpeó suavemente la espalda.

-Ambos hicimos lo que pudimos, Carlos -le consoló-. Ahora, vámonos a descansar. Esteban es fuerte y aguantará bien. Y Lali tiene que estar angustiada sin saber de ti...

-Lali murió ayer por la mañana, don Antonio -le informó lacónicamente-.

Una bomba la destrozó en la cola de la panadería.

El médico se separó de él, escrutándole el rostro con aterrada incredulidad.

-No puede ser... -se quejó-. No puede ser Carlos...

-¡Dios mío! -Exclamó sinceramente compungido ante la muda confirmación que el crispado rostro del joven le ofreció- ¡Que crueldad tan innecesaria! Pobre mujer...

Permanecieron en silencio y con la mirada perdida durante un buen rato hasta que uno de los heridos empezó a quejarse lastimosamente. Esteban permanecía tan quieto y pálido como un cadáver.

-Vámonos, muchacho -le pidió el médico, tomándole del brazo-, tomemos un café... Yo ya no me tengo en pie y tendremos que avisar a la familia del pobre Esteban.

Cruzaron el hospital en un pesaroso silencio. El frescor de la noche madrileña les ofreció una agradable bienvenida. Ahora todo estaba tranquilo, a oscuras y en silencio. Los madrileños debían estar escondidos ante el temor de un nuevo bombardeo nocturno.

Lo condujo hasta un pequeño bar poco alejado del hospital. Algunos sanitarios charlaban quedamente a la luz de unas pocas velas.

-Cuéntame, Carlos -le pidió suavemente, después que les sirvieran un par de cafés-. Desahógate, chaval...

Lo miró un momento con ojos que empezaban a brillar y, después, clavando su mirada en el suelo de aquella tasca, recordó las horas que le habían destrozado la vida y el alma.

Don Antonio lo escuchó en silencio, completamente hundido por la muerte de aquella valerosa mujer. Dejó pasar un momento antes de interesarse por su estado.

-Estoy bien, don Antonio -le respondió abatido-. Físicamente, al menos...

-Lo de la frente es nuevo... -le indicó, procurando sonreír-. ¿Quién te vendó?

- Una enfermera que se empeñó en curarme, la verdad es que, creo que ni me dolía- le respondió-. Es un recuerdo de lo de esta mañana. Supongo que sería una esquirla de alguna bala...

-Y lo demás ¿te duele? ¿El brazo? ¿La mandíbula?...

-Todo dejó de dolerme cuando la vi en el suelo, don Antonio...

-Ya... -dijo comprensivo, regalándole otro momento de silencio-. Bueno, mejor será que nos vayamos, se hace tarde... a ver si nos va a pillar ahora un bombardeo.

-Vaya usted, don Antonio- le pidió-. Yo voy a volver donde Esteban. Pasaré la noche velándole...

-¿Estás seguro?- le preguntó el médico- Debes estar reventado, muchacho...

-Créame, es lo único que me apetece. Quedarme al lado de mi amigo.

-De acuerdo entonces, me llegaré yo a avisar a su familia- aceptó el médico, tras pagar los cafés-. Pero ten cuidado, Carlos.

-No se preocupe, don Antonio -le respondió, golpeando el fusil- Ahora soy miliciano y tengo licencia para matar. Ya no tengo miedo de nadie.

El médico sonrió con pesar un momento antes de darle la espalda para alejarse calle abajo.

-¿Sabes que te digo, paisano? -Le espetó, dándose la vuelta de repente- Que me alegra irme solo. Conociéndote, si te vinieras conmigo, seguro que nos caía alguna bomba...

Se quedó un rato mirándole marchar, con una leve sonrisa en los labios, preguntándose si su amigo le había llamado "gafe" a propósito. Decidió que, en cualquier caso, no le faltaba razón y, negando levemente con la cabeza, se encaminó hacia el hospital.

Nadie se dirigió a él mientras atravesaba el, ahora, desierto edificio. Esteban estaba tan inánime como antes y tras contemplarlo un buen rato, despojándose de sus armas, se sentó en el suelo, sobre sus mantas. Se durmió un instante después de apoyar la espalda contra la pared.

Volvió a despertarse tras sentir un golpe en su pierna. Tardó unos segundos en reconocer a la enfermera que lo miraba divertida.

-¿No tienes casa, soldado?- le preguntó- ¿O es que te gusta dormir en el suelo de los hospitales?

-¿Y usted solo sabe despertar a patadas? ¿O es que le gusta martirizar a

los soldados heridos?

La mujer comenzó a reír quedamente mientras se inclinaba sobre Esteban para tomarle la temperatura y refrescarle el rostro con un paño húmedo.

-Me has descubierto- le dijo, sin mirarlo-. ¡Me encanta torturarlos!

-¿Tiene fiebre?- le preguntó cuando vio que retiraba el termómetro.

-Sí, pero no es muy alta... está dentro de lo previsto- le respondió-. ¿Es amigo tuyo?

-Un gran amigo, sí...

-Pues no ayudarás a tu amigo durmiendo en el suelo- le informó-. Puedes irte a casa y dejarlo en nuestras manos.

-Prefiero quedarme aquí, gracias...

-Empiezo a pensar que, realmente, no tienes donde ir- decidió la joven, después de mirarlo un tanto sorprendida-. Cómo quieras, pero no los molestes... Y avísame si alguno se queja.

Salió de la habitación sin esperar respuesta, cerrando la puerta tras ella. Se disponía a volver a sentarse en sus mantas, cuando descubrió que el herrero lo miraba en silencio.

-Joder, Esteban, me has asustado- exclamó-. Creí que dormías...

-Gracias- balbuceó en un leve susurro el herrero-. Al final sí que me salvaste...

-¡Claro! Ya te lo dije- le respondió aparentando sonreír.

El joven volvió a cerrar los ojos, tras dejar escapar un pequeño suspiro.

-Esteban... espera- le dijo poniendo la mano en su hombro-. No te duermas otra vez, hombre... dime antes cómo puñetas me sacaste de allí... nadie acaba de contármelo.

-No fui yo... Carlos- le respondió, sin abrir los ojos-. Yo solo lo acompañé...

-¿Quién fue entonces? ¿Don Higinio?

-No, no...- rechazó con voz débil-. Fue él... un hombre increíble. Don

Melchor Rodríguez, se llama. Es anarquista... uno de los jefes.

-¿Melchor Rodríguez?- se sorprendió- ¿De qué lo conoces tú?

-Yo, no, Carlos, Manolito me llevó hasta él- le aclaró-. Ahora, déjame, amigo... Tengo sueño.

No lo quiso presionar más y lo miró mientras se dormía. Después, recostándose de nuevo contra la pared, se dejó llevar también por el sueño.

-Melchor Rodríguez...- musitó antes de hacerlo.